

AFRODITA

Amor

en

Construcción



Lidia Pecero Claro

AFRODITA
Amor en construcción

Lidia Pecero Claro

Título: Afrodita. Amor en construcción.

Libro 4 de la Serie Dioses.

©Copyright

Del texto 2023 Lidia Pecero Claro.

Del diseño de cubierta y maquetación

2023 Lidia Pecero Claro

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio con indiferencia de su clase sin permiso por escrito de su autora.

Ninguna parte de esta obra podrá ser distribuida ni reproducida a través de ningún medio sin permiso de la titular del Copyright.



SINOPSIS

Un rayo iluminó el cielo y cayó a un par de metros de nosotros, provocando una nube de chispas anaranjadas que giraba, envolviéndonos como un tornado.

—A partir de ahora, Afrodita, y durante un mes, serás humana y vivirás en las mismas condiciones que ellos. ¡Te arrebató la divinidad! Vivirás con la apariencia de mujer que mostrabas antes, con unos años menos de los que aparentabas, y deberás desenvolverte por ti misma en la ciudad en la que te voy a dejar. Te prohíbo que hables de lo sucedido con ninguno de los otros dioses.

—¿Por qué haces esto? —pregunté temblando, una sensación que jamás había experimentado.

—Cambiaste tu apariencia sin avisarme. Este es tu castigo; treinta días siendo mortal. ¡Sea! — Su voz atronó y elevó las manos.

El viento sopló con la fuerza de un vendaval durante unos segundos, su risa se mezclaba con mis miedos y de pronto..., todo terminó

¿Cuáles serán los planes que tiene Zeus para la Diosa en esos 30 días?

Un dulce romance horneado a fuego lento. Una mujer divina, una Diosa de lo más humana. Afrodita.



PRÓLOGO

AFRODITA

Las voces de los humanos sonaban como un rumor lejano que intentaba acallar, sin éxito, ingiriendo una copa tras otra de champán.

Poseidón había sido de lo más generoso; entre él y Coral le habían montado una celebración de matrimonio por todo lo alto al conquistador que era el amiguito de la Diosa.

Hasta el tal Jaime había decidido sentar la cabeza. Las esperanzas que había depositado en la libertad del corazón del ser humano, se diluían con esta boda. Ares le reía las gracias a una niña pija en un rincón oscuro del salón mientras yo les aguantaba la borrachera a dos chicos, que lo único que tenían desarrollados eran los bíceps y los abdominales.

Eros se acercó a mí, con un plato de pastel de chocolate y naranja recubierto por un fondant de “no sé qué”, que a todos le había fascinado al degustarlo. Sin embargo, a pesar del éxito general del dulce, me dieron ganas de vomitar, debido al ambiente empalagoso que se respiraba en el lugar, y que no solamente era a causa de la tarta de seis pisos, adornada con unas vistosas flores azuladas y amarillas. Los pensamientos nunca se habían encontrado entre mis flores favoritas; me parecían gotas de colorida nostalgia. Yo era menos de pensar en todo y en todos, y más de actuar. El amor, la pasión, la piedad, la compasión y la empatía se demuestran mediante acciones, no pueden quedarse solamente en buenas intenciones. Si hay una flor que represente la belleza y la sensualidad, esa es, sin duda, la rosa. ¡Aquellas ofrendas que llenaban los templos de

rosas y mirto! Recuerdo unas festividades en la isla de Chipre, que lograban henchir de orgullo mi corazón. Los ricos inciensos y las flores siempre han ocupado el primer lugar entre mis preferencias a la hora de rendirme culto. ¡Lástima que en estos tiempos casi se hayan olvidado de la Diosa!

Mis ojos recorrieron la sala y se detuvieron en Zeus, quien conversaba con Candela mientras me miraba de hito en hito. Se le notaba impaciente por decirme algo respecto a mi cambio de apariencia. Las normas del Olimpo decían que debíamos pasarle a Zeus la información de nuestras transformaciones, solo que yo solía pasarme por debajo de mis tacones de doce centímetros, cada obligación que se suponía que debía cumplir.

—¿Tarta, madre? —me ofreció Eros acercándome el platito a la nariz.

—No puedo con más dulce por hoy. Si sigo aquí cinco minutos más, me muero de un empacho.

—Oh, venga... Todos parecen estar pasándolo bien. Las parejas son felices y mi carga de energía está al máximo. —Sonrió, llevándose a la boca una cucharada del relleno de crema de almendras y naranja que chupeteó con ganas.

—¿Todos? Que sepas que yo no estoy nada feliz. —Levanté los brazos, protestando, tal vez, a un volumen demasiado alto.

—¿Qué te sucede? —preguntó mirándome intrigado sin sacarse la puñetera cucharilla de la boca.

—¿Qué no me pasa, Eros! Míralos. Son todo sonrisitas, todo amor, todo perfección, todo simpleza, porque eso es el maldito amor: ¡la más soberana estupidez humana!

—¡Madre! ¡Sabes que no has pensado lo que acaba de salir de tu boca! —gritó con cara de circunstancias.

—¿Qué? —lo enfrenté con fiereza.

—Creo que necesitas que te dé el aire. Vamos, te acompaño fuera. La brisa del mar te hará bien, yo la encuentro muy relajante y...

—¿Sabes qué me haría bien? ¡Me haría dichosa el hecho de perderos a todos de vista! Déjame tranquila, por favor, me encuentro mal. Hoy me siento algo débil, pero no sé de dónde procede el mal que me aqueja.

Acorté el camino atravesando por la pista de baile y salí hacia la orilla del mar. Me daba rabia tener que darle la razón a Eros, pero me conocía mejor que yo misma. El sonido de las olas que venían a morir en la orilla, me relajaba, conseguía que se me olvidasen el tiempo y el resto del mundo.

Me senté en la arena, dejando que la espuma de las olas vistiera mis pies desnudos. Pasé mi mano sobre mi pecho y cerré los ojos.

—¡Sea! —susurré.

Mi mono de cuero se cambió por un ligero vestido de un color blanco inocente; lo que yo no era, y levanté los ojos al cielo estrellado, perdiéndome en su inmensidad.

Podía estar en cualquier lugar del planeta, sin embargo, en esa noche, solo deseaba poder escapar de mí y de aquella sensación que me angustiaba, pero que no sabía de dónde procedía ni qué era lo que me auguraba.

Una sombra alargada se proyectó a mi lado sobre la arena mojada. No tenía necesidad de mirarlo, de sobra sabía que era Zeus.

—¿Qué te ocurre? —preguntó sentándose sin haber sido invitado.

—¿A mí? Nada.

—Te conozco. Os conozco —rectificó—. Sé lo que te sucede, pero me gustaría que me lo contaras tú —sonrió, ¡y en la maldita hora que miré su sonrisa!

—Deseo que me parta un rayo. —Él soltó una carcajada que no hizo por reprimir.

—¡Puedes reírte de mí tranquilamente, no te cortes! Yo aquí, abriéndote mi pensamiento, y vas tú y te mofas de lo que te cuento...

—No es eso, Afrodita. Es que eres peculiar hasta para decirme que te sientes mal.

—¡Yo nunca me siento mal! No sé de dónde te sacas esas historias. —Hice por levantarme, y él me sujetó por la muñeca.

—No te vayas. Hablemos con confianza, cuéntame.

Reí de manera exagerada: Zeus ejerciendo de *coach* sentimental.

—¿Con confianza? Tú no hablas nunca, tú no escuchas. ¡Tú solo castigas!

Él me miró con rayos refulgiendo en sus ojos celestes, y sonrisa burlona.

—A ambos nos afecta el contacto con humanos.

—Pareces un cura dando consejitos espirituales a los que acuden a confesarse. Cambia el chip, que ese rol no te va para nada.

Zeus rio con ganas, acariciando mis dedos con los suyos, capaces de crear vida. Mi interior experimentó un cosquilleo que nada tenía que ver, por cierto, con el que siento entre mis muslos cuando estoy en plena maratón de sexo, y lo miré desconcertada. Aún no sabía lo que pretendía con esa charla, y tanto marear la perdiz, me estaba poniendo realmente nerviosa.

—¿Así que no te gusta que hablemos?

—No me gusta porque no sé a dónde quieres llegar con la conversación.

—A que tú te conozcas. Yo sé lo que sientes y a lo que le temes. Pero tú, Afrodita, ¿lo sabes tú?

—Paso. No estoy de humor para soportar ser la cobaya de tus prácticas de psicología. Conmigo no te funcionará lo de analizarme en tu diván.

Me levanté e hice el intento de irme hacia el interior del restaurante para buscar a Ares, pero él me impidió avanzar. Una pared invisible no me permitía moverme del lugar.

—Siempre huyes: de los demás, de mí, de ti... ¿No crees que es hora de que te detengas a escucharte?

—¿No tienes a nadie más al que joder esta noche con el psicoanálisis? Esta versión tuya, humanizada, me cansa y me aburre bastante, la verdad. Me pone más ver al Zeus cañero y castigador —solté, intentando sonar hiriente para que me dejase autocompadecerme en paz.

Él se puso de pie y se me acercó.

—¿Así que te gusta más el Zeus cruel? ¡Pues prepárate! —me advirtió mirándome fijamente, como hacía con los humanos cuando buceaba en su interior.

—Me das penita, Zeus, ahórrate estas chorradas. Lo que te sucede, es que los humanos te han tocado la fibra y estás sensiblón.

Un rayo iluminó el cielo y cayó a un par de metros de nosotros, provocando una nube de chispas anaranjadas que giraba, envolviéndonos como un tornado.

—A partir de ahora, Afrodita, y durante un mes, serás humana y vivirás en las mismas condiciones que ellos. ¡Te arrebató la divinidad! Vivirás con la apariencia de mujer que mostrabas antes, con unos años menos de los que aparentabas, y deberás desenvolverte por ti misma en la ciudad en la que te voy a dejar. Te prohíbo que hables de lo sucedido con ninguno de los otros dioses.

—¿Por qué haces esto? —pregunté temblando, una sensación que jamás había experimentado.

—Cambiaste tu apariencia sin avisarme. Este es tu castigo; treinta días siendo mortal. ¡Sea! —Su voz atronó y elevó las manos.

El viento sopló con la fuerza de un vendaval durante unos segundos, su risa se mezclaba con mis miedos y de pronto..., todo terminó.



Capítulo 1

ZEUS

—¿Qué pasó? —me preguntó Hades nada más regresar al salón del banquete de bodas.

Me limité a encogerme de hombros, y él me miró enarcando una ceja, poniendo de manifiesto que no era suficiente la respuesta que le acababa de ofrecer.

—¿Qué? —sonreí abiertamente.

Él se abrochó la chaqueta negra de su traje de marca y consultó el reloj por segunda vez desde que volví.

—Los demás no se han dado cuenta, pero vi caer un rayo. Tu rayo, para ser más específicos. Alguien ha terminado chamuscado hoy, y quiero saber quién es.

—He estado charlando con alguien en un tono de lo más amigable, no ha sucedido nada de lo que supones.

Hades me miró furioso, cogiéndome de malas formas por la botonadura de mi camisa blanca.

—No me van tus jueguecitos, ¿entiendes? ¡A mí, me hablas claro! —rugió apretando su puño.

Comencé a toser por la asfixia que me producía su tenaza invisible en mi cuello, aunque, por suerte para mí, apareció Coral, que venía con dos copas de champán.

—¿Qué está pasando aquí? —Nos interrumpió, pareciendo rezar porque no estuviera

ocurriendo lo que había pensado que sucedía.

—Nada, Diosa. Te dejo con tu cuñado favorito. —Hades se relajó y me soltó, frotándose las manos de manera nerviosa.

—Los dos sois mis cuñados favoritos —sonrió ella contagiándole la sonrisa—. Por cierto, Candela te buscaba, acaba de salir a tomar un poco el fresco—. Señaló una de las puertas que permitían acceder a la playa.

Me ofreció una de las copas y me miró de forma traviesa.

—¿Qué? —pregunté de mal humor.

—Hades ha estado a punto de convertirte en un huésped más del Tártaro —rio—. Dime qué has hecho, cuñado, y quiero la verdad.

—Que hace un rato... A ver, que Hades...

—Que tu hermano vio algo que no debería haber visto, ¿cierto? —aseguró sin un ápice de duda en su tono de voz.

—Tus dones de adivinación están comenzando a incomodarme, Coral.

—No soy adivina. Eros me comentó que su madre estaba rara, y salí a buscarla a la playa, aunque solo encontré el rastro de tu rayo sobre la arena. A mí también me incomoda que evadas mis preguntas. —Me examinó con sus ojos ámbar comenzando a adquirir matices turquesa.

—No me preguntaste nada, estás afirmando que algo pasó desde que te acercaste.

—¡Oh, ya veo! El Dios del Rayo se pone en plan borde conmigo. ¿Te apetece dar un paseíto por la orilla del mar? Te prometo que lo pasaremos bien. ¿Sabes? Me apetece jugar a hacer olas. —Se mordió el labio con un deje de traviesa maldad digna de una Diosa.

—Afrodita incumplió una de las normas básicas del Olimpo y fue castigada —respondí solemne.

—¿Qué has hecho? No puedo creer que tú...

La sujeté por los hombros para que me mirase y se relajara.

—No hice nada. Solo está viviendo una nueva experiencia que le durará un mes.

—¿Quién dices que está disfrutando de ese viaje? —nos interrumpió Eros, al que ya se le veía ebrio de efluvios de amor.

—Tu madre. Fue a unas jornadas de meditación. Volverá más relajada —soltó Coral sin pensárselo mucho.

—¡Genial! ¿Dónde hay que apuntarse para eso? —se interesó quitándose la corbata roja que llevaba.

—Ya no hay plazas. Pero no te preocupes, que te inscribo sin falta cuando organicen la

segunda edición, —respondí sonriendo por la nula picardía que mostraba.

—Creo que os dejo, me marcho. Voy a darme una vuelta, a ver qué tal está el ambiente en el Hedonistic de Los Ángeles. Hace rato hablé con Nissos y me dijo que tienen unas novedosas actuaciones esta noche. ¿Pasaréis por ahí después?

—Márchate y disfruta. Luego te veo, Eros —me despedí de él, que se dio media vuelta buscando transportarse desde uno de los aseos.

—Cuñado, yo...

—Sé lo que piensas, Diosa. ¿Confías en mí?

Ella me abrazó, regalándome esa dosis de frescor que necesitaba, y me susurró al oído:

—Sé que lo hiciste por algo. Nos vemos en Sídney y me cuentas, ¿sí?

—Gracias —susurré emocionado por la confianza que tenía en mis intenciones y en mis acciones.

Dejé que los invitados terminaran la fiesta en paz y me transporté al Olimpo. Tenía que trazar los planes para sacar el máximo provecho de la nueva vida de Afrodita durante su estancia en Madrid.



Capítulo 2

AFRODITA

Un timbrazo metálico e infernal me despertó cuando aún no había salido el sol. Un momento... ¿Me desperté? ¡Si yo no duermo! Sobresaltada, me incorporé en mitad de la penumbra y comencé a agitar mis manos para que la habitación se iluminase. Al ver que no lo conseguía, tanteé la pared hasta dar con un interruptor.

Me arrepentí al instante, al ver de frente una estantería llena de muñecas flacas y tetonas que se supone que son el reflejo de la mujer real.

—¡Por Zeus y todas sus centellas! ¿Con qué clase de brujo terminé anoche que no logra recordar cómo he llegado hasta ahí? —susurré—. ¡Zeus!

Repasé con la mirada cada detalle de ese cuarto.

Junto a una pequeña ventana con la persiana bajada, por cuyas ranuras se colaban los primeros rayos solares, había un gran estante de color rosa, anclado a la pared, en el que tenían algunas novelas con las cubiertas de llamativos colores. La cama, de un inmaculado color blanco, estaba vestida con unas finas sábanas blancas con flores menudas de color rosado. Un pequeño escritorio de los mismos colores, que más parecía ser un coqueto tocador, al estar coronado por un bonito espejo ovalado de marco de esmalte marfil...

Definitivamente, no tenía ni idea de qué lugar era ese, pero estaba segura de que aquella estancia no era ninguna de las que había en el Olimpo.

Me acerqué al espejo y contemplé la imagen que me devolvía. De no haber sido inmortal, me hubiese muerto del susto al ver mi reflejo. Aparentaba tener *veintipocos* años y mi pelo poseía unos rizos que yo no solía lucir.

Dos manchas oscuras se habían instalado bajo mis ojos azules, y, aunque mi figura era hermosa, como siempre, mi melena no relucía, ni mis pupilas mostraban mis acostumbradas chispas de encanto.

¿Y esta prenda horrorosa? Llevaba puesto un pijama de abuela en color blanco con un estampado floral de lavanda. Pasé mi mano frente a mi rostro, necesitaba recuperar mi aspecto glamuroso. Cerré los ojos y susurré:

—¡Sea!

Me volví a contemplar, pero nada había cambiado.

—¿Qué está pasando aquí? ¡Zeus! —lo llamé furiosa.

Caminé hacia la puerta y abrí de malas formas, encontrándome de frente con un mortal, dueño de un gran bigote oscuro, que me miraba pareciendo sobresaltado.

—Pensé que no te habría sonado el despertador, Afrodita. Vamos, arréglate, que tenemos mucha faena. Matías no ha podido ir para el primer horneado, y hoy tendremos que movernos para tener el pan listo lo antes posible.

Lo miré sin comprender ni media palabra de las que salían de su boca. No sabía dónde estaba, ni a qué lugar se suponía que tenía que ir con él.

—Buenos días, preciosa. Ven a la cocina y te tomas algo antes de irte. No salgas sin beberte al menos un cafecito con leche.

Una voz de mujer, que parecía dirigirse a mí, salía de una de las estancias que estaban en un estrecho pasillo, atravesando una sala igual de modesta.

Pareciendo hechizada, caminé hacia allí, y una mortal, con el pelo corto y teñido de un llamativo color fucsia, en contraste con unos ojos tremendamente celestes, me recibió con una taza en la mano.

—Yo... esto... —balbuceé sin comprender lo que estaba viviendo.

—No te preocupes. Zeus ya nos explicó que te diste un golpe y que te estás recuperando de un pequeño problema de pérdida de memoria.

Sonrió con calidez, sentándose en una de las tres sillas que había junto a una mesa cuadrada de un dulce color caramelo.

—¿Zeus? —susurré.

—Sí, tu tío. Es buen amigo de Alejandra, que a su vez es compañera de Celia. ¿La recuerdas? —aguardó esperanzada con sus ojos muy abiertos.

—Bueno, algunos historiadores dicen que Zeus es mi padre, y otros, que yo vengo a ser algo así como hija de su abuelo y que nací de los genitales que... —me detuve, al ver que la mujer me miraba con cara de estar delante de una demente.

—No te preocupes, cariño. Él ya nos informó de que no debíamos darle importancia si comentabas alguna cosilla que nos extrañara —sonrió invitándome a sentarme a su lado.

Vi un par de paquetes de bizcochos y unas roscas, con azúcar por encima, que estaban en la mesa. Cogí la taza que me había ofrecido y le di un pequeño sorbo al café.

—¿Cuándo se supone que vine? —pregunté.

—Llevas con nosotros unos días. Y puedes estar muy tranquila, cariño, que no me importa tener que repetir esta conversación más veces. No quiero que te estreses ni nada de eso, ¿eh? Le prometimos a tu tío que te cuidaríamos bien.

—Señora, ¡no sabe con quién está hablando! —Me puse en pie, revelándome ante el tono infantiloides que usaba para conmigo.

—Siéntate y come algo, venga, que así no tendrás fuerza ni para salir a la calle. Te pareces a Celia, no coméis nada. —Tiró de mi mano y me sentó de golpe, de nuevo a su lado.

Había visto muchas veces esa forma de hablar de las madres a los niños pequeños en los parques. ¡*Mmmm*, los parques! Esos lugares ideales para ligar con padres solteros. Recordaba a Saúl, el último con el que entablé un minuto de conversación para quedar una noche, en la que acabamos follando sin descanso hasta el amanecer.

Una sensación de quemazón rara subió por mi cuerpo hasta concentrarse en mis mejillas. Me levanté y me fui de nuevo al cuarto para mirarme al espejo.

Mi reflejo me mostraba la imagen de mi rostro ruborizado. ¿En serio? Eso lo había visto en las mortales tras un intenso momento de vergüenza o pasión, pero... ¿yo?

La madre de Celia dio un par de golpecitos en la puerta sin atreverse a entrar, a pesar de que estaba abierta.

—¿Te sientes mal, Afrodita? ¿Quieres que vayamos al centro de salud?

La manía de estos mortales de dirigirse así a mí, de tú a tú, sin brindarme ni un mínimo de pleitesía, me estaba empezando a molestar bastante.

—Necesito quitarme esto. —Agarré el borde de la camiseta del pijama vulgar que llevaba puesto, y ella solo me miró sonriendo.

—Ahí, en el armario —Señaló un pequeño mueble blanco de dos puertas—, tienes la ropa que Zeus trajo en tus dos maletas. Tu neceser está en el baño. Si lo deseas, te ayudo a trenzarte el pelo para que estés más cómoda con la redecilla de la panadería.

Me abstuve de preguntar. Tragué el nudo que tenía en la garganta y me miré al espejo,

dispuesta a demostrarle a Zeus que podría soportar cualquier castigo que me impusiera.

—Ni pienses que te llamaré para pedirte que me devuelvas mis dones. ¡Las Diosas no suplicamos! ¿Me oyes? —juré en un susurro que la mortal no entendió.

Ella salió, cerró despacio la puerta, y yo reaccioné pasando de nuevo la mano frente a mi rostro. ¡No cambió nada! ¡Nada sucedía! Enfurecida por estar quién sabe dónde y sin mis poderes, fui directa al armario en busca de algo que ponerme.

Vaqueros, un par de faldas, dos vestidos y muchas camisetas básicas sin ninguna gracia era lo que el Dios del Rayo había elegido para mí.

—¡Oh, Zeus! Vete preparando para el momento en el que recupere mi poder. ¡No sabes la que voy a liar en cuanto llegue al Olimpo! —Le lancé la advertencia ardiendo de furia.

Me vestí con unos vaqueros celestes, con una simple camiseta blanca de manga corta y unas deportivas del mismo color, y, cuando estaba en el aseo poniéndome unas gotas de un perfume cualquiera que Zeus había elegido para mí, me sobresaltó de nuevo la voz del humano.

—¡Vamos, niña! No tengo duendecillos panaderos que me horneen la masa si no lo hago yo. ¿Te queda mucho? ¡Esta juventud nunca tiene prisa! —refunfuñó él solo al otro lado de la puerta.

Cerré los ojos, cogí aire, me eché un último vistazo y decidí salir de la situación con la mayor dignidad posible.

—Bueno, preciosa, que te vaya muy bien en tu primer día. Nos dijo Zeus que aprendías rápido. Tú, tranquila, que no tiene mucha ciencia, solo hay que ponerle cariño —me dijo agarrándome la cara con sus dos manos para apretar sus labios contra mi pómulo, en lo que resultó ser un sonoro beso.

Apreté los puños, por no darle un empujón que la dejase clavada en la pared de enfrente, y seguí al esposo, que ya estaba abriendo el portal para salir a la calle.

La mañana estaba fresca. Helios comenzaba a iluminar el día, no así a calentarlo. La piel se me erizó y mi vello se puso de punta. Jamás había experimentado aquella sensación; me pasé las manos de forma automática sobre los brazos para darme calor.

—Sube, anda —me ofreció el mortal, abriéndome la puerta de una furgoneta blanca con una cesta de pan rotulada en uno de los laterales. “El Bocado”, se leía en las letras marrones de sinuosas curvas.

¡Demonios! Me las vas a pagar, Zeus. Aún no sé cómo lo voy a hacer, pero me suplicarás de rodillas que te perdone.



Capítulo 3

ZEUS

Sentado cómodamente en uno de los mullidos sillones del salón del Olimpo, giraba unos hielos en mi vaso de ron. Podía ver a Afrodita, con las manos manchadas de harina y mirando a Julián, el padre de Celia, mientras trataba de entender cómo debía hacerle los tres cortes a la barra de pan con chía.

Resoplaba y se quejaba, provocando que el mortal se riera con su actitud de niña consentida, a la vez que le hablaba con cariño. Había elegido bien, seguro que acababan entendiéndose y lograba lo que me había propuesto.

—Voy a hacerte un panecillo que será un éxito de ventas, ya verás, ya —le aseguraba sonriente con una bola de masa en la mano.

—En panadería está todo inventado. La cuestión es introducir pequeñas modificaciones en algunos de los ingredientes añadidos que se ponen de moda. La gente cada vez pide más cosas raras, cuando lo mejor del mundo es un buen pan tradicional.

—Sinceramente, prefiero las tortillas. Tuve un amante en México que poseía un puesto callejero de comida tradicional y era una delicia todo lo que me hacía con sus manos.

Julián carraspeó incómodo dándole la espalda a la Diosa.

—Venga, céntrate en eso que ibas a preparar —le aconsejó en tono paternal.

Afroditia comenzó a darle forma de corazón a aquella esfera de harina, sal, agua y levadura.

—Después, le voy a poner unas semillas de calabaza por encima. Es una obra de arte, ¿no crees? —Se lo mostró ruborizada.

—Es muy bonito. Dale forma a algunos más, a ver si es verdad que nos hacen ricos —concedió, y salió a la tienda para atender a un par de clientes que habían entrado.

Por herencia de Cronos, siempre he poseído el don de jugar con los tiempos, por lo que me fue fácil dejar en ese cuarto a Afroditia y grabar en sus mentes ciertos hechos y conversaciones que no habían sucedido en realidad, de modo que vieran su presencia allí como un hecho de lo más natural. El matrimonio andaba necesitado de recibir un ingreso extra, a la vez que buscaban un empleado para la tahona artesanal, así que yo le pagaría el hospedaje de “mi sobrina” en su casa durante un mes, a la vez que ella trabajaría en la panadería hasta que yo terminase unas gestiones que debía hacer en Madrid, para que pudiéramos regresar a casa.

Ni una pregunta, ni una traba. Me sorprende la capacidad del ser humano para asimilar lo que sucede o cree ver y escuchar, sin cuestionarse siquiera la veracidad de lo que va almacenando en la mente. Por esa regla de tres, las personas son fácilmente manipulables e influenciables, y hay algunos que se aprovechan de ello para enviarlos a pelear en ciertos campos de batalla de guerras que no les corresponde. Hades me achaca el que yo consienta ciertas cosas, pero es que sin que los mortales forjen su propio criterio de la realidad y las circunstancias, por mucho que yo desee, no puedo intervenir en sus destinos cada segundo de cada día de los años de sus vidas. Tan fácil es detenerse a cuestionar... Tragar sin masticar suele producir pésimas digestiones; lo mismo ocurre en otros aspectos de la vida. Ver, oír y acatar sin poner según qué puntos en cuarentena, augura futuros desastrosos que la humanidad repite sin hacer nada por evitar.

—¡Padre! No encuentro a Afroditia. La estoy buscando desde ayer y no sé dónde está. —Me sobresaltó la voz de Atenea a mi espalda.

—Olvídate de ella durante unas semanas. Tiene algo importante que hacer. Le encomendé una tarea que solo ella puede llevar a cabo. Ven, Atenea, siéntate a mi lado un momento, necesito comentarte un tema y que me ilumines con tu sabiduría. —Dejé el vaso sobre una mesita baja de cristal y forja, labrada en los talleres de Hefesto, y le ofrecí mi mano para que ocupara el sillón que había frente al mío.

—¿Qué te sucede, padre? ¿Estás bien? Te noto algo disperso últimamente. —Me miró con sus ojos dorados cargados de preocupación.

—Estás preciosa con este vestido —sonreí admirando su figura realzada en esa prenda de falda plisada en color blanco y corsé áureo como su mirada, que hacían juego a su vez con el tono de su reluciente melena.

—Hera me lo regaló y me dijo que...

—¿Hera? ¿Dónde la viste? ¿Acaso has bajado con ella a la dimensión de los mortales? —Me levanté exaltado.

—No, tranquilo. Estuvo por aquí recogiendo algunas cosas de los armarios de sus aposentos.
—Mi hija se levantó y tomó mi mano entre las suyas.

—¿Te gustaría bajar? Hace tiempo que no sales del Olimpo. Si lo deseas, mañana podemos ir a Sídney —ofrecí intentando cumplirle algún capricho.

—No es necesario, padre.

—Acompáñame y te muestro el hotel. Déjame presumir de ti ante el mundo.

—¿Qué me pongo? —dio un saltito de emoción.

—Con cualquier cosa estarás hermosa, hija, porque la inteligencia y la sabiduría son los más poderosos atributos de los que alguien puede enorgullecerse. El poder tiene esa belleza atrayente, Atenea.

—Me alegro de que nuestras diferencias se hayan quedado en el pasado. Ares no...

Puse mi dedo índice en sus labios rosados y ella sonrió.

—Entendí que no querías mi reino. Que tu espíritu batallador no se alzaría contra mí. Me costó trabajo no prestar oídos a aquella profecía, pero tu lealtad a lo largo de los tiempos me está demostrando tu fidelidad.

—Tengo suficiente con mis áreas de influencia, padre. No creo que pudiese desempeñar mi labor más los cometidos que tú tienes. Jamás querría ser Zeus —rio abiertamente y su alegría me transmitió un pequeño rayo de esperanza que deseé que la Diosa le regalara a la humanidad.

—¿Con qué apariencia me presento ante ellos cuando bajemos, padre?

—Abre una pequeña ventana y observa. Elige el vestuario acorde al lugar al que vamos y a nuestra posición como supuestos humanos para no desentonar. Ah, tus ojos me encantan, pero apaga un poco su color: no es normal tener iris y pupilas de oro.

Pasó su mano por mi mejilla, y asentí con la cabeza ante la petición de un abrazo que me hacía en silencio.

—¿Me acabas de leer la mente? —se enfurruñó de manera teatral.

—No lo puedo evitar. Sois libros abiertos para mí.

Me rodeó con sus brazos y se apretó contra mi pecho. Un destello dorado refulgió en el salón y Atenea desapareció, haciéndome sentir su cariño, y tras regalarme un poco de su capacidad de entendimiento y de su fuerza.

Salí al exterior, bajé la escalinata blanca de la entrada principal y me senté en uno de los

escalones de la parte superior. Apenas unos segundos después, Ares se materializó a mi lado.

—Creo que necesitas un poco de movimiento. No sé si ponerme a organizar alguna de las mías para hacerte un favor y que te distraigas interviniendo, aunque sea para que me llames a una junta urgente —rio socarrón mientras se alborotaba los rizos negros de su cabello.

—No lo harás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Se agachó sin mirarme y se sentó a mi lado.

—Porque, si es algo que sucede sin que deba ocurrir, te electrocutaría sobre la moto.

—Bah, tú ya no estás para enfrentamientos, eso era en tus buenos tiempos. La humanidad te está volviendo un blandengue, empezando por esas dos que están con los tíos.

—¿De verdad lo crees, hijo? —Lo miré, con la potencia del rayo centelleando en mis ojos, que perdieron el color celeste para mostrar en ellos miles de galaxias.

—Venga, joder. ¡Tampoco te vengas tan arriba! —Se levantó sin dudar para alejarse de mí— Me voy, que tengo una cita importante. ¿Adivinas con quién? En la boda de esos mortales conocí a una cantante de un grupo de rock que...

Me puse de pie y me acerqué a él intrigado.

—¿No hablaste allí con Áine?

—¿Áine? —respondió preguntándome pareciendo no recordarla.

—Sí, la mujer de cabello rojo, la antigua compañera de Coral. Ya sabes, la que tiene el nombre de la Reina de las Hadas.

—Oh, esa..., no. No me interesa. —Se encogió de hombros.

—Perfecto.

—¿Qué es lo perfecto? No te entiendo. Me lo has dicho sonriendo. ¿Qué tramas? —Pegó su rostro al mío, intentando leerme, como yo hacía con ellos.

—Eso no funciona conmigo. Lo sabes, ¿verdad? —No pude ocultar mi sonrisa al verlo esforzarse.

—No es justo —protestó haciendo que yo diera un paso atrás sin poder contener las carcajadas.

—¡Hay tantas cosas que no son justas en la vida, Ares! Esto tan solo es una minucia.

—Bla, bla, bla. —Hacía gestitos raros con las manos— Me quieres distraer con tu filosofía barata para que olvide qué es aquello que te parecía perfecto.

—No me conoces en absoluto, hijo. Y para que veas que no pretendo hacer que tu mente navegue por otros rumbos, te diré que me entusiasmó la idea de que no te guste esa humana, porque voy a bajar una de estas noches a encontrarme con ella.

—¿Cómo dijiste? —Frunció el entrecejo, enfadado. Cosa que no entendí, ya que él había dicho que la chica no le gustaba.

—Puedo subir el volumen de mi voz, pero no te lo puedo decir más claro. Haré que Áine me espere en el Too Much, el local tipo cervecería germana de Preciados, y lo más seguro es que terminemos unidos, sudando y satisfechos en la cama de su coqueto pisito del centro.

Sus ojos negros se encendieron, pareciendo querer incendiarme, y se me acercó señalándome con el índice, como si no supiera bien si debía o no reprocharme algo.

—¿Me lo dices así? —Su voz atronó en el Olimpo, produciendo un eco que se repitió en tres ocasiones, cada vez más fuerte.

—¿Cómo quieres que te lo diga, hijo? Si lo deseas, puedo hacer unos frescos nuevos para el techo del salón que detallen las distintas etapas por las que paso durante el coito, pero no creo que te interese conocerme hasta ese nivel de intimidad —bromeé sin inmutarme.

—¡Que te follen, padre! —gritó mientras se daba la vuelta poniéndose el casco para subirse a su Harley. Arrancó la moto y, antes de perderse entre dimensiones, se despidió sacándome el dedo corazón a la par que me dedicaba su mejor sonrisa de chulería.

—Prefiero ser yo el que joda, pero vamos, que no me cierro a nada. Hay experiencias que hay que disfrutar al menos una vez durante nuestra existencia.

Una llamarada de color rojo salió del tubo de escape, y Ares se perdió entre las nubes.



Capítulo 4

AFRODITA

—¡Maldita sea esta vida, insulsa y trabajosa, de humana! —Me estaba acordando de Zeus y del resto de habitantes del Olimpo mientras me soplaba el dedo sin saber bien qué hacer.

Julían no reprimió una carcajada y se acercó a mí con todo su temple, me lo llevó debajo del chorro de agua fría, en el lavabo del pequeño aseo de la tienda, y después de secármelo, me extendió una especie de ungüento mágico que pareció acallar los latidos que esa parte de mi cuerpo había comenzado a emitir por su cuenta.

—Ha sido horroroso. Menos mal que aún existen héroes fuera de las historietas de los tiempos de La Odisea —resoplé aliviada al sentir que aquel ardor extraño cesaba.

—Ha sido una pequeña quemadura, pero debes tener cuidado. ¿Qué pensarán de mí como jefe si mi empleada se me rostiza el primer día de trabajo?

Su nariz se arrugó de forma graciosa, y sin saber por qué, mis labios se curvaron en una sonrisa que acompañaba su simpático gesto.

—¿Te ha ocurrido eso alguna vez? Digo, ¿alguien se metió en ese cacharro que parece ser peor que una de las cámaras de torturas de Hades? —pregunté en mi total ignorancia de muchas de las acciones de los mortales, que, a veces, actuaban como auténticos suicidas.

—No, ¡ni Dios lo quiera, niña! —Encogió sus hombros con cara de asco.

—¡Hola! ¡Julián! —Se escuchó la voz de un hombre que llamaba desde la tienda.

Salí, junto con el que se decía mi jefe, tampoco era cuestión de arruinarle la ilusión tan pronto al humano, y mis ojos se detuvieron en la espalda de un chico vestido con una camiseta de color negro, un pantalón azul con multitud de bolsillos y un cinturón con herramientas que se ajustaba sobre su cadera abrazando su poderosa cintura.

El mortal elegía unos fiambres a través del cristal de la puerta del frigorífico rojo que había al fondo. Abrió la puerta, y la mirada se me desvió hacia sus bíceps, marcados y potentes, aunque no en exceso, para, acto seguido, bajar a la curva que formó su culo al agacharse para coger la bandeja que había elegido, además de un par de latas de refresco.

—El koala dice que lo más sano para vosotros es tomar agua. No pongo en duda muchas cosas de las que dice. Bueno, algunas sí... —me callé al oírle el bufido de fastidio al portentoso mortal.

—Julián, ponme dos bollos de los de siempre, que nos traen en un rato el hormigón y no podemos... —Se giró, me miró y...

¡Por Zeus y por todos los polvitos mágicos de mi hijo Eros! La boca se me abrió de una forma que pensé que acabaría por no poder volver a cerrarla, al ver a semejante prodigio de mortal frente a mí. Era todo: era su piel tostada, su torso fibrado, su cabello oscuro alborotado, el sudor que bajaba por su cuello, dándole un reflejo especial de luz que le aportaba el toque divino a aquella escultura humana.

—¿Adonis? —susurré.

Pero él se acercó al mostrador y le dejó un billete de diez euros a mi jefe, que metía un par de panecillos medianos en una bolsita de papel marrón con el logo de la tienda.

Lo volví a repasar con la mirada, desde la cabeza a la punta de sus botas, sin ningún disimulo. Él sonrió, pero no fue a mí. Cogió el cambio, que guardó en la pequeña cartera marrón que sacó de uno de los bolsillos inferiores de su pantalón, y se marchó tras despedirse de Julián.

Corrí al aseo y me miré al espejo. La culpa debía de ser de esta estúpida redecilla blanca que recogía mi cabello y que me daba un aspecto simplón. ¿Desde cuándo un humano me ignoraba? Yo, acostumbrada a sentirme admirada y deseada, y ese, ese... hombre acababa de pasar olímpicamente de mí. Furiosa, lancé una patada contra la base del lavabo, produciéndome de nuevo una sensación desagradable en el pie.

—Trae el cesto, Afrodita, vamos a poner en los estantes los panes que acaban de salir del horno —pidió Julián al pasar por mi lado.

—¿Quién es ese? —Fui a su lado y señalé al vidrio del escaparate, desde el que se veía la obra del bloque que estaban construyendo enfrente.

—Es Airam. Él y sus chicos llevan ahí un tiempo. Suelen venir a coger algo para comer a media mañana. Casi todos los días se queda a comer en la obra con Pedrín.

Me importaba un pimiento el nombre del otro que Julián acababa de mencionar, pero él... Airam. Hasta el nombre era distinto y hermoso. Me hacía pensar en islas vírgenes y en la brisa marina que te despeinaba mientras gritabas a pleno pulmón gozando de la libertad.

—¡Afrodita, la canasta, mujer! —Me sacó de mi ensoñación para traerme de vuelta a este momento en el que no deseaba estar.

—Estaba pensando en calas desiertas y en cómo se vería él sentado a mi lado en uno de mis Ferrari.

—Al paso que vas, no conseguirás comprarte ni un coche del desguace. Anda, acércame el cesto y déjate de fantasías.

Curioso... Ese obrero se acababa de convertir en mi nueva fantasía, y no iba a parar hasta ser yo la mujer que protagonizase las suyas.

Cuando el mortal me informó de que la jornada había finalizado, salí delante de él y aguardé a que bajase las rejas que protegían la puerta y el escaparate.

—¡Chicos! Nos vemos mañana. —Alzó la mano, despidiéndose de los trabajadores que aún quedaban en la obra.

—¡Hasta mañana, Julián! —gritó el obrero de mis deseos subido en un andamio.

Mis dientes rechinaron del coraje y miré a mi jefe, que caminaba a mi lado hacia la furgoneta que nos llevaría de vuelta a casa.

—¡Mortal! ¡Eh, Julián! ¿Soy invisible? —pregunté, más que quemada porque aquel niño maleducado se veía empeñado en ignorar mi presencia.

—¿Cómo dices, Afrodita? —Se encogió de hombros, extrañado.

—Ese humano parece no verme. —Señalé la obra.

Julián se echó a reír, mirándome con cierta ternura.

—Airam es un muchacho serio. Él va a trabajar, es todo lo contrario que Pedrín, que mira a toda mujer que pasa por delante de ellos.

—Así que Pedrín es un canalla conquistador... —sonreí con maldad mascullando el nombre del compañero mujeriego del objeto de mi pasión más encendida y reciente.

—No le pongas mucho asunto a lo que él te diga. Usa las mismas palabras con todas las chicas. —Me guiñó el ojo con complicidad, como si estuviera compartiendo un gran secreto.

—Al menos, me serviría para echar un polvo —susurré.

—¿Cómo dijiste? —Se volvió a mirarme sorprendido.

—Que conmigo morderá el polvo. No se me conquista tan fácilmente. —Sonreí. Aunque, siendo del todo sincera, no me atraía ni para eso el tal Pedrín.

Ya en la casa de los humanos en la que Zeus me había dejado, la mortal nos esperaba con algo para merendar en la mesa de la cocina. De nuevo, las rosquillas blancas, café y pan para untarle queso de una tarrina ovalada de color gris.

Cogí la taza con el café y me dirigí a la habitación, donde me puse a darle vueltas a la particular situación en la que me encontraba. No podía contradecir a Zeus si no quería que ese tormento se alargase en el tiempo, o incluso se tornara permanente, pero necesitaba salir de allí. No podía materializar mi espejo ni transportarme de un lugar a otro con el pensamiento. Mis manos comenzaron a temblar, y observé mi imagen en el reflejo de la hoja de la ventana del cuarto. Corrí hacia el aseo y pude comprobar que, en mis párpados inferiores, se habían instalado un par de manchas violeta y mi frente se perlaba con el sudor.

Llamé a la mortal, pero no parecía oírme a causa de las risas que compartía con su esposo en la sala.

Fui hasta allí caminando despacio, con la sensación de que el suelo me daba vueltas, y de que mis piernas parecían estar dejando de sostenerme. Ella, asustada al verme en ese estado, se levantó del sillón y me acompañó a la cocina. La vi trastear por los armarios y se giró con un sándwich, servido en un platito blanco, y un vaso de leche en las manos.

—¿Desde cuándo no comes, cariño? —se preocupó mirándome atentamente hasta que le di el primer bocado a la comida.

—No seas absurda, no necesito comer —respondí volteando los ojos al tener que explicar algo que era evidente en los dioses.

—Ah, ¿no? Entonces será que te mantienes con el aire. —Sonrió.

—Tampoco necesito aire. —Bebí un sorbo del vaso que me había ofrecido.

Al tragarlo, me resultó áspero e insípido.

—Es bebida de avena. En esta casa estamos reduciendo la toma de lácteos.

—¡Joder! ¿Esta mierda es lo que le echa el koala al café? No me extraña que siempre esté de mal humor si toma esto —dije entre dientes, y ella rio.

—¿Quién es ese?

—Poseidón. Ante el mundo de esta época, resulto ser su sobrina, pero realmente...

—¿Poseidón? —preguntó curiosa.

—Sí. Ya sabes, el Dios de los Océanos y todo el rollo que le sigue. Podría decirse que también es mi tío.

—No te preocupes, preciosa. Ya nos dijo Zeus que el golpe en la cabeza podría hacer que te pusieras a hablar en plan mitológico. —Se compadeció de mí pasándome su mano por el pelo.

—En ningún momento pedí ser tocada. Retira tu mano de mí. —La miré de reojo. Ella suspiró y se dio media vuelta para centrarse en sacar ingredientes del frigorífico con los que ponerse a preparar la cena.

—Vigilaré que no te saltes ninguna comida. Esta noche te prepararé un caldito y una tortilla, ya verás que te sienta bien.



Capítulo 5

ZEUS

Por ese día ya estaba cansado de observar a Afrodita en la que sería su nueva vida durante esas casi cuatro semanas. Me transporté a la ciudadela inca de Machu Picchu y me senté en una de las piedras que había formado parte de un muro de entrada a un templo que conocí en todo su esplendor seis siglos atrás.

Me gustaba aparecerme en lugares como ese; sitios con una energía especial e intensas vibraciones que los turistas no se detenían a sentir. Cámara en mano, todos iban de un lado a otro, escuchando a los guías. Contemplando, a través de los objetivos de sus cámaras, aquello que deberían estar mirando con sus propios ojos para almacenar las imágenes en sus cerebros, y no en tarjetas SD.

Estuve un rato siendo testigo de lo absurdo de sus conductas. Algunos de ellos habían hecho miles de kilómetros y habían ahorrado durante años el dinero suficiente para pagar el viaje a este lugar, y en vez de disfrutar de las sensaciones, solo estaban preocupados por conseguir una toma perfecta para subir a sus redes sociales. Etiquetas del estilo de “el mejor viaje”, “el viaje de mi vida”, “el viaje de mis sueños”, acompañarían a las instantáneas en las cuadrículas de los perfiles de internet. Si en realidad hubiera sido el sueño realizado de muchos, no hubieran tenido tiempo ni de tomar una fotografía, porque estarían embebidos en lo que sus retinas procesaban y en lo grandioso que expresa la piel erizada ante la visión de algo grandioso y único.

Alcé mi mano derecha y susurré:

—¡Sea!

Negros nubarrones comenzaron a correr por el cielo, haciendo sonar el agua antes de que cayera. Los turistas se marcharon con prisa, acobardados por no tener un arca para el diluvio que suponían que se acercaba, y un relámpago cayó sobre unas piedras que conformaban las ruinas de lo que había sido una modesta vivienda de un trabajador agrícola de la época incaica.

A mi lado, se materializó Nissos, que puso su mano sobre mi hombro y sonrió abiertamente, mirándome divertido.

—¿Tenemos tarde de fuegos artificiales? Parece ser que el gran Zeus está juguetón. —Cabeceó aguantando la risa.

—¿Te cuento un secreto, hijo? No caerá ni gota. Me apetecía estar solo.

—Oh, ya veo. Es mejor ser directo que tener que buscar una excusa para decirle a alguien que se pierda. No te molesto.

Me levanté y lo detuve, ofreciéndole asiento a mi lado en otra de las rocas.

—¿A qué viniste? —Lo miré de soslayo mientras él sacaba una pequeña petaca plateada de la que bebía un trago breve tras quitarle el tapón de manera ceremoniosa.

—Hace tiempo que no te veo por mis locales. Además, no siento a Afrodita.

—Por lo que me cuentas, aprecio una sincera preocupación por mi bienestar —sonreí anticipándome a su respuesta.

—No, en serio. Lo de la Diosa es secundario. Vine porque me preocupaba que tú...

—Afrodita cumple con sus nuevas funciones.

Nissos se incorporó de un salto y se colocó delante de mí escrutándome con incredulidad.

—¿Cuáles son esas nuevas ocupaciones?

—¿Desde cuándo es que Zeus debe darle explicaciones a Dionisio? —Arqué la ceja esperando su contestación.

Él bajó la cabeza dejando fija la vista en el suelo.

—Entiende que me preocupe. Eros está solo y no puede hacer todo el trabajo. En mis locales se nota esa falta de deseo sexual, de chispa, de la belleza de lo carnal y...

—Yo bajaré a echarle una mano a Eros. Tal vez mañana nos veamos en unos de tus Hedonistic. ¡Sea! —Levanté mi dedo índice hacia el cielo.

—¿Y ahora? ¿También me asignarás nuevas funciones a mí? —me preguntó con cierto temor en su mirada tornasolada.

—Al contrario, Nissos. He cambiado de opinión y te regalaré uno de los mayores placeres naturales, sé que esto te pondrá de buen humor.

Una lluvia fina comenzó a caer, mojando la tierra y dándole aún más vida al verdor natural que nos rodeaba. Nissos, Dios del placer y los disfrutes, gozaba entre carcajadas del olor a humedad y del frescor del agua que parecía bajar de los cielos sin prisas, tomándose su tiempo para danzar en el aire mientras descendía para cumplir su valiosa misión purificadora.

Sentado a la mesa del gran salón principal del Olimpo, disfrutaba con Eros de una conversación animada, junto con una refrescante macedonia tropical con mango y papaya, que si bien no necesitaba ingerir, sí que era una especie de recompensa que me complacía otorgarme a mí mismo en esa mañana. Él era el único que había aparecido por allí en el inicio del nuevo día. Una y otra vez me repetía de forma machacona la falta que le hacía la presencia de su madre a la hora de crear atracciones entre humanos.

—El físico es en lo que primero se fijan, y lo sabes.

—No debería ser así. El amor basado en la simple apariencia, que tarde o temprano se marchita, es algo banal —rebatí.

—Por favor... A ver si ahora me vas a venir con argumentos de trovador medieval y vas a hacerme aquí todo un alegato al cariño eterno y al gesto caballeroso del beso en la mano. —Arrugó la nariz al probar el primer trozo del kiwi de su macedonia—. De verdad, no sé cómo puedes tomar estas cosas...

—Son sanas y apetecibles. —Pinché un trozo de papaya con el tenedor y se lo ofrecí.

—No, gracias. La papaya solo me gusta cuando la como bajo las palmeras de alguna playa caribeña y en buena compañía.

—¡Sea! —decreté divertido, cogiendo mi plato y mis cubiertos para trasladarnos a ambos a las orillas de una playa de arena blanca y aguas transparentes en Cozumel, cuyo esplendor no se apreciaba en su plenitud a esas horas, al ser de noche, pero sí que poseía el inconfundible encanto mágico del romanticismo de los paisajes bañados por la luz de la luna.

—¿Me has traído hasta aquí para que pruebe tu papaya? —Eros subió y bajó sus cejas de forma graciosa.

—No tengo papaya, pero si la tuviera, tú jamás te me acercarías, porque eres imbécil.

Su risa resonó produciendo un curioso eco en el vacío. Sus ojos chispeaban y parecía tener más energía que hacía un rato.

—¿Qué presientes? —pregunté movido por la curiosidad.

—Mira allí. ¿No es lo más sensual que has visto en los últimos tiempos? —Señaló con su

mano hacia la parte de la cala que estaba a mi espalda.



Capítulo 6

EROS

Zeus se dio la vuelta para mirar hacia el lugar que le indiqué; una parte de uno de los resorts que poseían su propia extensión de playa privada. Los humanos son atrevidos al adueñarse, a cambio de un puñado de papeles coloreados, de un recurso que pertenece a todos en general, y a Poseidón en particular.

Las llamas de una fogata rasgaban la negrura de las primeras horas de la madrugada. Un grupo de mortales tocaban con unos bongos una melodía repetitiva, que me recordaba a las notas de antiguas composiciones tribales, mientras cuatro humanas danzaban alrededor del fuego, ataviadas con escuetos biquinis de llamativos colores y pareos floreados que cubrían las atrayentes formas de sus caderas.

Observé a Zeus, caminaba como hipnotizado hacia el sitio en el que estaba teniendo lugar semejante derroche hormonal y artístico, y me fijé en el movimiento leve de su mano, que hizo que ambos vistiéramos únicamente con un pantalón amplio de color blanco, al igual que el resto de hombres que conformaban aquel grupo.

Pequeños *leds* caracoleaban, tronco arriba, en las palmeras del jardín, en el que, lejos de la orilla del mar, algunas parejas compartían risas, besos y cócteles, ajenos al sudor que bajaba bañando de erotismo los cuellos y los senos de aquellas mujeres, debido a su proximidad al fuego y a la entrega con la que realizaban sus ondulantes movimientos, como las olas marinas que te incitan a entrar hasta lo más profundo.

—¿Un ron? —le ofrecí a Zeus en un vaso que hice aparecer, decorado con una rodaja de naranja y azúcar moreno en el borde.

Lo cogió sin mirarme y sonreí complacido, dándole un sorbo a mi Margarita con lima.

El deseo que desprendía cada átomo de la anatomía del Dios del Rayo me hizo tener la necesidad de tomar distancia de forma profunda y urgente. El ron bajaba por su garganta a la misma velocidad que crecía su atracción por una de aquellas mortales, que reía mientras cogía la mano de otra de las chicas que danzaba junto a ella.

—Dicen que el amor es ciego. Desconocerás todo de ella. ¡Sea! —decreté en voz baja.

—¿Dijiste algo? —Quiso saber Zeus mirándome de reojo, ya que caminaba a mi lado.

—Me pido a la rubia y al hombre que está a la izquierda.

—¿Te los pides para qué, exactamente? Sarah está enamorada de Martin, solo les falta un empujoncito. No vayas a venir tú a hora a joder lo que apenas comienza —me advirtió volviéndose hacia mí.

—No te preocupes, saldrán de aquí como una pareja consolidada a partir de esta noche. ¿Y ella? La chica del cabello largo rizado que habla con la otra mortal de la flor en el pelo.

—Ella es Rosy. No aprecio nada en su interior acerca de ningún amor. Si ella te acepta...

—Me refiero a la otra. Creo que el ron se te está subiendo rápido —bromeé sin detener el paso.

—La otra mujer es... es... No lo sé —admitió extrañado.

—Eso no cuela. Seguramente, estás tramando algo para que pase la noche contigo.

—¡No bromeo, Eros! Te digo que no sé quién es. Y eso no puede ser, porque yo...

Dejó caer el vaso en la arena y nos acercamos al grupo de amigos, que nos recibió de forma agradable mientras Zeus no apartaba su mirada de la mortal de cabello oscuro y ondulado, y piel bronceada resaltada por un biquini de color blanco.

Por un momento, los ojos grises de ella se posaron en los de Zeus, provocando que esbozara una tímida sonrisa.

—Esta noche, tú para él, él para ti. ¡Sea! —decreté de nuevo y me di la vuelta para ir a presentarme al resto del grupo y, en especial, a Sarah y a Martin, que también esperaban la llegada del amor a sus vidas.

SELENE

Vi a lo lejos a dos atractivos chicos que se acercaban caminando por la playa. Uno, un poco más alto que el otro, con una sonrisa bonita, de la que pareciera que iban a escapar estrellas si abría la boca, y el otro, en cambio, serio, pero con algo especial que me hacía sentir calma con su forma de mirarme, y eso que hacía bastante que esa sensación no estaba presente en mi vida. Por ese motivo, desde el primer momento, me sentí a gusto en su presencia.

—Soy Zeus —se presentó ofreciéndome su mano, que estreché sin dudar.

—Un placer, Zeus. Tienes un nombre de lo más interesante. Yo soy Selene.

—El tuyo no lo es menos —respondió, a la vez que me repasaba con la mirada.

Un gesto que me incomodaría viniendo de otra persona, pero que en él me pareció como si buscara algo en mí que no entendía. Me analizaba pensativo, como si me conociera de algo, pero no recordase de qué.

A nuestro alrededor, un par de parejas bailaban pegados de manera ardiente y, sin esperarlo, sentí el brazo de Zeus rodeándome por la cintura para atraerme hacia su torso desnudo y ancho.

Un gemido se escapó de mis labios. Mi boca se negaba a pronunciar en voz alta cualquier cosa que pudiera hacer que ese hombre me soltara.

Nos movíamos de manera sensual, su cuerpo peligrosamente cercano al mío, su aliento tentador en mi cuello. Girábamos, nos separábamos y volvíamos a juntarnos al ritmo del compás que tocaban los bongos. Sus manos bajaron hasta mis caderas y sus dedos abrasaban mi piel, aun sobre la tela de flores rojas y blancas del pareo.

De pronto, detuvo el baile y quedamos abrazados frente a frente, corazón junto a corazón. No entendía qué clase de fuerza me unía con ese desconocido que había aparecido en mi vida tan solo unos minutos antes, pero mi cuerpo, traicionero, me preguntaba cómo sería tenerlo dentro.

Por un segundo, recuperé la cordura, y puse un poco de distancia entre nosotros.

—Zeus, yo...

Él silenció mis dudas, posando su índice en mis labios.

—Cierra los ojos —me pidió y obedecí sin plantearme nada más—. ¡Sea! —dijo, y no pasaron ni dos segundos, cuando un trueno rompió el cielo y comenzó a llover en la playa.

Todos corrieron hacia el interior del hotel, huyendo del chaparrón. El fuego se ahogó, y nosotros dos seguimos allí de pie, como si el tiempo no existiera más allá de su mirada y la mía. Como si aquel metro cuadrado de arena fuese el más potente imán que nos mantuviera anclados a una realidad cada vez más irreal.

Un rayo de color naranja cayó directamente al mar, pero no sentía miedo. Zeus era mi protección y mi atracción, Zeus... Estábamos empapados por la lluvia que caía furiosa, pero sus ojos, de un extraño color celeste, brillaban intensamente, a la vez que desprendían el calor de un sol de una mañana de julio.

—Bésame, Selene —pronunció sin siquiera mover los labios, y, sin embargo, sentí nítida su voz en alguna parte de mi mente donde los truenos sonaban de fondo.

No fue una orden, era un ruego, una petición tan necesitada, como deseoso estaba mi cuerpo de sentir su roce.

Subí mis manos por su pecho hacia su cuello, y allí, acariciando su nuca, atraje su rostro hacia el mío y mi boca se adueñó de la suya en un beso sin contemplaciones. Sentía temblar el mundo a nuestro alrededor. Algo parecido a un tsunami se formó en mi pecho y bajó a arrasarlo al centro de mi sexo.

Zeus abandonó mis labios y unió su frente a la mía.

—¿Dónde estabas, Selene? —preguntó cerrando los ojos.

—Esperándote, Zeus.

Cientos de centellas titilaban en sus pupilas cuando volvió a mirarme y, sin darme tiempo a reaccionar, me levantó del suelo, cogiéndome en sus brazos fuertes, y unió su boca a la mía con la misma desesperación con la que yo lo había besado antes.

No supe a dónde fuimos ni cómo llegamos. Nuestros cuerpos mojados rodaron sobre una enorme cama dorada con suaves sábanas blancas. Su cuerpo sobre el mío, su lengua saboreando cada milímetro de mi cuerpo, y la mía del suyo.

Jadeos, gemidos, la expresión de su rostro mientras cabalgaba sobre él, y de pronto... el cielo.

Flotar entre nubes de color rosa para caer, ligera como una pluma, de nuevo sobre el colchón. Abrí los ojos, molesta por la claridad que se colaba en la habitación, y busqué a Zeus con mi mano en la cama.

Estaba en mi cuarto, pero no recordaba cómo habíamos llegado ahí, ni había rastro de él más allá del cosquilleo que sentía mi piel, como si aún estuviera siendo acariciada.

Me levanté, desperezándome mientras entraba a la ducha y abrí el grifo de agua fresca. Necesitaba despejar mi mente y mis sentidos.

¿Por qué se había marchado sin despedirse de mí? Pensé que fue algo especial lo que tuvimos, al menos yo lo sentí así.

Ráfagas de momentos de pasión inundaban mi mente y despertaban mis ganas de volver a verlo, de tenerlo cerca.

Me secaba despacio con aquella toalla de algodón blanco, esponjosa y suave, sintiendo en

cada pasada el roce de sus caricias en la madrugada... Zeus. Pensar en él hizo que se me erizase la piel. Era recordar su nombre y mi cuerpo reaccionaba experimentando un extraño tipo de electricidad.

Me puse cómoda, con un amplio pantalón de color turquesa y un top de tirantes blancos, y salí en busca de mis compañeros, que a esa hora ya estarían desayunando en el lujoso restaurante central del resort. Esperé, regresé a la hora de la comida y a la hora de la cena. Hice tiempo alargando los postres, al confiar en que Zeus tendría que pasar por allí si era huésped del hotel, pero había desaparecido con idéntico misterio a la manera en la que se había acercado a mí la noche anterior.



Capítulo 7

ZEUS

—Un ron, por favor —le pedí al camarero del bar del hotel en Sídney.

—¡Cuñado! Te dejo estos documentos para que me los firmes. Me voy ya, que quedé con mi pescadito para ir a dar una vuelta e irnos a cenar.

—Ese apodo que usas con él, es más cursi que un almendro en flor. Yo procuraría cambiarlo.

—¿Eres consciente de que me la trae al paio lo que tú pienses de cómo yo llamo a mi marido?

Coral se me acercó con intención de darme dos besos. Instintivamente, no sé por qué, coloqué mi mano entre nosotros, impidiéndole que me tocara.

—Haré como que esto no acaba de suceder. —Alzó su ceja rubia mientras me miraba con recelo.

—Puedes hacer lo que quieras —solté sin la menor contemplación.

—Me marchó, y luego, que no se te ocurra venir a pedirme disculpas. Ya me está hartando bastante tu actitud.

—Puedes estar tranquila, no iré a hablar contigo para nada...

—Eres un estúpido, Zeus. Sabes que necesitarías cisternas de ron para sentir algún efecto en tu

organismo y, sin embargo, te sientas a beber cada vez que te sucede algo. Tú mismo. Siempre te pregunto qué te ocurre, pero hoy...

—Hoy, mi diosa va a ignorar a Zeus Storm, el hermano capullo y petulante de la familia, ya que ha quedado con el inteligente, amoroso e inimitable rey de la tabla de surf, y su orgulloso pescadito —terminó Poseidón la frase que ella había comenzado.

Ella lo abrazó y lo besó efusivamente cuando él se acercó a nosotros.

—¿Te parece cursi que use ese nombre en plan cariñoso contigo? —rozó su nariz con la de él en plan coqueto.

—Puedes llamarme como quieras, ninfa. Siempre que en tus ojos vea el amor que expresan cuando me miras.

—¿Nos vamos, mi dios? —le preguntó mirándome con desdén.

—Nos vamos, Coral. Y tú, hermano, acéptame un consejo: no ahogues tus problemas con el alcohol. Si hay alguno que te ves incapaz de superar, dirígete a la primera playa que veas, y yo te ahogaré con él. Como puedes ver, ofrezco soluciones rápidas y efectivas a tus pesares.

—Sí, ya veo que posees un alma de lo más caritativa —ironicé.

Ambos salieron, y cambié el ron por una taza de café.

Golpeé con mi puño sobre la barra de madera oscura, y el cielo comenzó a nublarse.

—Papá, te estaba buscando, pensé que estarías en tu despacho, pero pasamos por allí y...

La voz de Atenea me hablaba desde la entrada, y me giré en el taburete para mirarla.

—¿Qué haces aquí? —me dirigí directamente a Hera, que acompañaba a mi hija, cogiéndola del brazo como si fueran amigas y confidentes de toda la eternidad.

—Verás, papá, es que he quedado con Hera para salir mañana de compras por París —dijo con toda la naturalidad del mundo en voz alta mientras los humanos que tomaban algo a esas horas en el bar, la miraban con cara de “menuda pija repelente”.

Me acerqué a ella y le susurré al oído.

—Me parece perfecto que vayas de compras a la ciudad que desees, como si me pides que me lleve al modisto que sea al Olimpo, y eso que no necesitas que nadie te confeccione la ropa, pero... deberías medir las cosas que dices delante de los mortales.

—Veo que alguien tiene un humor de perros esta noche o, mejor dicho, un humor de gato mojado —se burló Hera conociendo perfectamente mi aversión por esos animales.

—No saben los organizadores de los premios de cine el chollo de presentadora que se están perdiendo contigo. Como humorista, no tienes parangón —respondí sin mirarla a la cara.

—La que debería estar molesta soy yo, Zeus, amor. Hace unos días, pasé a recoger unas

prendas por nuestros aposentos, y las puertas estaban selladas —dijo, como si me importara algo más que un soberano bledo cualquiera de las palabras que salían de su boca.

—¿Qué problema tienes con eso, Hera? —pregunté regalándole mi mejor sonrisa de indiferencia.

—Escuché ciertos sonidos dentro que me llevaron a pensar que podrías estar siéndome infiel. —Se mordió una de sus uñas rojas mientras clavaba en mí sus ojos de color violeta.

—¿Infel, dices? De verdad, que te sobra valor o te falta decencia. ¿Te recuerdo quién engañó a quién en El Algarve?

—¿Te recuerdo quién engañó a quién durante la Guerra de...?

—Por favor, ninguno somos santos, pero, además, tú no eres santo de mi devoción. No vuelvas a entrar en el Olimpo sin que yo sepa que estás allí. Te enviaré tus pertenencias al lugar que me digas.

Hera no pudo evitar soltar una sonora carcajada, mientras Atenea se marchaba a pedirle algo al barman.

—El roce con los humanos te está haciendo coger todas sus estúpidas costumbres. La peor de todas, la impaciencia. Uno no rompe una familia al primer tropiezo.

Pensé en Coral y en las veces que tropezaba con ella como lo hace un necio con la misma piedra.

Sin despedirme de ninguna de las dos, eché a correr hacia mi despacho para poder transportarme al lugar en el que ella estaría cenando con Poseidón.

Salí en el baño del restaurante al que solían ir; una hamburguesería tradicional. No sé qué recuerdos les traería aquel local para que siempre lo eligiesen como primera opción en sus salidas.

Busqué en las dos salas, pero no había ni rastro de ellos. Me transporté hacia la casa que compartían, en Bondi Beach y, al materializarme en el salón, me encontré a Poseidón, que trabajaba en su portátil sobre la mesa del comedor.

—Sabes que si mi ninfa te ve aparecer sin llamar a la puerta, se cabreará sobremanera —gruñó sin levantar la vista de la pantalla.

—Lo sé, pero necesito hablar de algo urgente con ella. ¿Dónde está?

—Salió. Hoy ella es la que realiza la ronda de vigilancia.

—Perfecto, me marcho entonces a...

—Si vuelves a enfurecer a mi diosa, me encargaré de que deje de ir a trabajar a tu maldito hotel. ¿Me oyes? —Me miró con sus ojos embravecidos mientras se oía el fuerte batir de las olas en la playa.

—Yo mismo me encargaré de alejarla de mí si le hace daño tenerme cerca.

Bajé a la orilla del mar. La noche estaba nublada como mi espíritu. Del agua emergió la diosa, con un bañador negro y un precioso brazalete celeste que refulgía en su antebrazo izquierdo.

Pasó a mi lado, evitando mirarme siquiera, y fui yo el que di un par de pasos tras ella para sujetarla del codo.

—Te dije que no vinieras a pedirme disculpas —masculló enfadada.

—Hace unas noches me llevé a una mortal al Olimpo.

Ella se giró y me contempló sin poder cerrar la boca debido a la sorpresa que le produjo mi confesión.

—¿Que tú qué?

—Estaba con Eros en Cozumel, vi a una mujer preciosa, perdí la cordura, porque otra explicación no tengo, y, cuando me vine a dar cuenta, me transportaba con ella hasta mi cama en el Olimpo.

El agua goteaba por el pelo de la Diosa. Pasé mi mano sobre ella para secarla y vestirla con ropa abrigada que la ayudara a entrar en calor, pensando en que podría estar sintiendo frío, ya que no era como nosotros.

—Tienes que enseñarme a hacer eso —Me guiñó un ojo.

Tomé su mano derecha entre las mías, y un pequeño destello áureo nos iluminó a ambos.

—Tu apariencia física no la puedes cambiar, tu cuerpo será el mismo siempre, pero, en lo referente al vestuario, podrás llevar el que diseñes en tu mente.

Entusiasmada, me dejó un beso sobre la mejilla, y se quedó extrañamente seria en apenas una décima de segundo.

—Con respecto a lo de esa chica... ¿Qué debo decirte? —susurró al fin.

—Que estoy loco, Coral.

Me pidió que me sentara a su lado en la arena, alejados del agua. Las nubes corrían dejando entrever algunas estrellas.

—Ciertas locuras son las que hacen que la vida valga la pena, Zeus.

—Ya, pero...

—Debió gustarte mucho para que hicieras eso —me sonrió con benevolencia.

—¿No vas a juzgarme? ¿No me vas a decir que llevo a una mortal a mi casa, y tú no volviste, o Candela jamás ha sido invitada?

La Diosa se encogió de hombros, con la vista perdida en el mar.

—¿No te has dado cuenta, cuñado?

—¿De qué? —La observé intrigado.

—Cuando discutimos, para acercarte de nuevo a mí, me vas concediendo deseos y me otorgas dones. Primero, me llevaste de visita a tu palacio, y ahora, me puedo cambiar como vosotros.

Me quedé pensativo y sonreí; Coral era la única que obtenía de mí hasta lo que no me pedía.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Quiero que veas que, como sigas sin saber controlar tu genio, al paso que vas, me acabaré adueñando del Olimpo, porque me lo irás regalando trozo a trozo.

—Tienes razón. —Bajé la cabeza, avergonzado.

—No tienes que obsequiarme nada. A ver, ya no me vas a quitar lo que me acabas de dar, me entiendes, ¿no? —Soltó una carcajada—. Tan solo tienes que evitar pagar tu mal humor con quien no debes.

—Pondré más de mi parte para aplicar tu consejo —Ella posó sus dedos sobre mi rodilla.

—Tiene que ser una mujer muy especial. Cuéntame, ¿qué sentiste?

—Obnubiló mis sentidos. Su tacto, su olor, su sabor...

—¿Y después? ¿Qué pasó al final?

—La llevé de vuelta a su hotel y desaparecí sin más.

—¿Crees que ella merecía que le hicieras eso después de haber pasado la noche juntos? —se indignó bastante con lo que le conté.

—Fue un rato. Sabes que jamás me quedo a... Me dio miedo la posibilidad de que hubiese desaparecido la magia, de que todo hubiera sido un hechizo de unas horas producto del fuego y el mar que nos unió.

—Dame mejores excusas, esas no me valen, Dios del Rayo.

—No hay más razones. —Levanté mis manos en señal de rendición.

—¡Oh, ya lo creo que las hay! Tienes miedo, pero es solo temor a dejarte llevar, pánico a que el amor te robe la máscara con las que te proteges. Pero ¿sabes?... No hay nada más hermoso en la vida que sentirse correspondido por la persona que amamos.

—Esa es otra. —Me levanté y caminé hacia su casa, con Coral a mi lado—. Creo que no es humana. No sé qué tipo de criatura es, porque no la reconocí cuando me acerqué a ella.

—¿Dijiste que Eros te acompañaba? —sonrió de manera enigmática elevando sus ojos hacia cielo estrellado.

—¿A qué viene eso?

—Deberías buscar de nuevo a esa chica y comprobar si vuelve a producirse el hechizo del que hablas. Puede ser una gran historia de...

—Ni se te ocurra terminar la frase. —La abracé y me desvanecí en medio de la oscuridad.



Capítulo 8

AFRODITA

—Paso de ti. Paso, sí —gruñí en voz baja, al ver al compañero de trabajo de Airam venir esa mañana a por pan y jamón para el almuerzo.

—Oye, guapa. Digo yo, que por aquí cerca no hay ningún bar y sería de agradecer que le comentaras a tu jefe la posibilidad de que pudieras prepararnos algo caliente para no perder tiempo a la hora de la comida.

—¿Quién te crees que eres para que yo...?

—Afrodita, mira, ya tengo aquí el pan para llevarlo al centro —me interrumpió mi jefe, poniendo una caja con más de treinta bollos en el mostrador de la tienda.

—Si fueras más amable conmigo, te podría llevar hasta allí en coche y te ahorrarías los veinte minutos de caminata —dijo el obrero sonriendo como si fuera el mismo diablo ofreciéndome un pacto.

—Mira que eres absurdo y contradictorio, humano. Primero, me pides que le diga a mi jefe que os prepare algo de comer a diario para no perder tiempo en ir y venir hasta el restaurante del pueblo, y ahora te ofreces a llevarme, porque si hago lo que estás pensando que querrías hacer conmigo, ya te sobraría hasta el tiempo... Una lástima. No estás mal, pero eres demasiado insignificante como para que una Diosa se fije en ti. —Me miró sin pestañear. Cogí la caja para marcharme a la residencia a hacer la entrega del pedido mientras mi jefe carraspeaba incómodo.

Salí sin mirar siquiera hacia los andamios de la obra. Cerré los ojos y levanté mi rostro hacia el sol, que calentaba la mañana a esas horas. Me recordó a otra muy parecida, en la que el olor a pan recién hecho y a café me sorprendieron en aquella casa en La Habana. Simón, uno de mis mejores amantes humanos, cantaba distraído, a la vez que movía su culo, al son de una salsa que tarareaba, mientras le daba vueltas a la manivela del molinillo de metal azul que usaba para moler los granos. ¿Qué habría sido de él? Si vivía, debería tener unos noventa años. Un suspiro salió del fondo de mi pecho al pensar en él y en el color de sus ojos, que eran oscuros e intensos como el café que preparaba para el desayuno.

Saque del bolsillo de mis vaqueros negros el plano que me hizo Julián en medio folio, y giré en la esquina a la derecha, tal y como me indicaba allí. A lo lejos, se veía el cartel del centro de día y residencia de mayores “El Amanecer”.

Llamé al telefonillo y me abrieron la puerta verde de la entrada. Le pregunté a un par de auxiliares para que me indicasen dónde debía dejar la caja, y me dieron instrucciones para llegar a la cocina.

Abrí una puerta de acceso al salón, que comunicaba con la cocina y la sala de televisión. Algunos humanos, de la edad que le suponía a aquel antiguo amante, estaban sentados a las coquetas mesas que varias chicas preparaban con manteles blancos para servirles esa primera comida de la jornada.

Respondí a los saludos que me hacían al pasar cerca de ellos y, por fin, entré en la cocina. Una humana llamada Julia, según la tarjetita que colgaba del bolsillo de su uniforme blanco, la recibió y me selló el ticket sin dejar de sonreír. Me dispuse a irme lo más rápido que pudiera para no perder el tiempo, pero un elegante señor, de cabello plateado y algo en su rostro que me resultaba familiar, aunque me era imposible el decir qué, captó mi atención por el interés que ponía en la lectura de un ejemplar de El Quijote.

Me acerqué, llamada por la bonita ilustración de la cubierta que me apetecía ver más de cerca, y el hombre levantó su mirada sobre el borde superior del libro.

—¿Has leído El Quijote? —preguntó bajito, como si se encontrase en una biblioteca.

—Bueno, yo conocí a Miguel de Cervantes cuando... Quiero decir que leí su obra en mi época de estudiante— me corregí al ver que él me miraba extrañado.

—A mi edad, me resulta más interesante que alguien de la tuya me diga que conoció a Cervantes. Al menos, no sentiría que soy el único que pierde de vez en cuando la cabeza —rio desprendiendo amabilidad.

—¿No le resultaría raro si yo le contara eso? —Me senté en una silla que había al lado de su sillón.

—Siempre he adorado a las personas creativas. Yo fui arquitecto...

—Usted es arquitecto. Uno no deja de ser lo que es, por más que pasen los años.

—Alfonso Caballero, es un placer conocerte. —Cerró el libro, lo dejó en el bolsillo lateral del sillón y me ofreció su mano.

—Yo soy Afrodita.

—No podía tener otro nombre alguien tan inteligente y hermosa.

—Alfonso, deja ya la conquista y ven a la mesa, que se enfría la tostada —nos interrumpió la voz de una de las auxiliares.

Nos levantamos, y lo vi caminar, con su pose elegante y recta, aunque le costase dar cada paso, ya que parecía sufrir de alguna dolencia en las piernas.

—Lucía, por favor, sírvele un café a Afrodita... —pidió a la chica mientras lo ayudaba a sentarse a la mesa.

—Alfonso, esto no es un restaurante. No puedo servirle nada a...

—No se preocupe, señor Caballero. No necesito tomar nada aún, creo que aguanto bien un par de horas más.

Recordé los mareos de hacía unos días, y desde entonces, tenía en cuenta aquello del tiempo a la hora de ingerir los nutrientes necesarios para mi vida como humana.

—Me gustaría invitarte a tomar un helado el próximo domingo de visitas. ¿Aceptarías? —preguntó cogiendo con su mano temblorosa la tostada que la chica le untó con mantequilla y mermelada.

—Claro que sí. Pero ahora tengo que marcharme, que Julián me va a regañar si tardo. Mañana nos vemos.

Él asintió y sonrió, aunque, por su mirada, pareció haberse ido muy lejos de los que estábamos allí y del momento presente.

Emprendí el camino de regreso a la panadería, sin poderme deshacer de la sensación de fragilidad de los seres humanos, que, durante su juventud, se creen capaces de revolver cielo y tierra, pero que, llegados a cierta edad, se ven igual de frágiles que cuando son niños. Necesitan mimos, cuidados y atención, lo mismo que al nacer. Sentí una punzada dolorosa en el centro del pecho al pensar en que para unos comienza la vida, pero que otros, en cambio, ya están en plena cuenta atrás. ¿Cómo sería vivir sabiendo que cada segundo que vives, es uno menos que te falta para morir?

Mi nariz comenzó a sentir un extraño picor y mis ojos se mostraron incapaces de retener unas lágrimas, que cayeron como dos gotas de lluvia sobre la acera.



Capítulo 9

EROS

La atracción que sintió Zeus por aquella mortal, fue tan intensa, que me sentí ebrio de la pasión que desprendían cada vez que se miraban. No todos los días se tiene la posibilidad de ver al “Dios de Dioses” de esa forma. Hacía más de un milenio que no experimentaba la energía amorosa que me hizo tener que retirarme de su lado la otra noche.

Pasé aletargado un par de días en mis aposentos del Olimpo, y ahora, vagaba por Atenas, aunque no sabía muy bien cuál era mi intención ni qué buscaba.

Me senté en una terraza cercana al puerto. La brisa fresca me despejaba y, oculto tras mis gafas de sol, observaba el ir y venir de viajeros que llegaban y salían en cruceros de la ciudad.

Mi mente retrocedió a los viejos tiempos de culto en los templos, del especial bullicio del Ágora y del trajín de los pescadores. A veces, echaba de menos aquellos días. Con la excusa del progreso, el ser humano había dejado escapar una parte importante del encanto de sus ciudades. Siempre me gustaron los pequeños mercados, las voces de los tenderos que pregonan sus mercancías, el olor de las especias. No sé cómo llegué hasta allí, pero cuando me vine a dar cuenta, estaba en Marrakech. Eran sus callejuelas las que miraba y sus olores los que aspiraba. Era el regateo de los compradores, intentando rebajar el precio de alimentos y antigüedades, lo que escuchaba de fondo mientras disfrutaba de aquel espectáculo desde lo alto de la muralla.

Caminé por callejas laberínticas hasta que llegué a una tetería: Un local pequeño, adornado con multitud de alfombras de llamativos colores, y plantas, que parecían descender del techo de

maderos y tabla como si formasen parte de un oasis. Aparté unos cojines azules, verdes y dorados de un pequeño banco y me senté.

—Buenas tardes, ¿qué desea tomar? —preguntó una mujer, a la que respondí sin mirar, ya que estaba centrado en masajear mi sien con los dedos, haciéndome pequeños movimientos circulares.

—Un té, por favor.

Entre una gran algarabía, entró un grupo de dos humanos con tres mujeres, que parecían ser turistas occidentales. Una de ellas lucía una melena rubia y larga, recogida en una trenza holgada, que me hizo recordar a los peinados medievales que una de mis amantes se adornaba con valiosas perlas.

Vestía un pantalón amplio del tono de la arena del desierto y una blusa sedosa de color blanco. En ella, se mezclaban el sol de su cabello, el azul del cielo de una mañana limpia de verano, que eran sus ojos, y la sensualidad del flotar de los velos durante las típicas danzas sugerentes, haciendo que me fuese imposible dejar de contemplarla.

Me tomé mi té con hierbabuena, embelesado en la bonita línea que dibujaban los labios de la humana cuando sonreía. No recuerdo en qué momento se levantaron y se marcharon. Solo sé que no estaban allí cuando logré levantar mi cabeza de la mesa.

Me levanté para ir a pagar, pero la señora me dijo que la mujer rubia me había invitado. Salí al exterior y eché a correr calle abajo, hasta desembocar en un cruce de callejas que llevaban a la Plaza de Jamaa el Fna, de la que ya llegaban hasta allí los olores de las distintas preparaciones de los puestos de comida, pero no logré encontrar a aquel grupo. Mi mortal parecía haber desaparecido. ¿O es que acaso todo formó parte de una visión?

A pesar de que no se había acercado a presentarse, me había invitado a lo que estaba tomando... Solo por ese simple gesto, quise encontrarla para darle las gracias y tener la posibilidad de admirarla de cerca. Ella fue, durante ese rato, un verdadero oasis en medio de mi desierto interior.

ZEUS

Unos mortales se afanaban en la renovación del interior del Hedonistic de Los Ángeles, cuando me aparecí por allí para ver a Nissos. Dos de ellos ultimaban la instalación de una pantalla gigante, en la que se proyectarían las actuaciones que tendrían lugar en el escenario del fondo, al que le estaban dando un nuevo aire más teatral.

—Oiga, no puede entrar. ¿No ha visto que el local está cerrado? —Trató de cortarme el paso uno de aquellos hombres, que cruzó por delante de mí con un rollo de cables de distintos colores

al hombro.

—Soy Zeus Storm, padre de Nissos. —Mi sonrisa se fue haciendo más grande a medida que veía la cara que ponía mientras analizaba mi aspecto frunciendo el ceño.

—Venga ya, no me venga con historias, que eso no hay quien se lo trague.

—Soy el padre de Nissos, Bobby. No te preocupes, que no hace falta que le digas a mi hijo que estoy aquí. Yo sé dónde está su despacho —susurré acercándome a su oído.

—Sin problema, señor. Puede entrar —respondió dócil.

Subí por la escalera metálica, que estaban pintando, hasta la planta superior, y caminé por el pasillo, en el que me encontré con mi hijo, que salía de su oficina.

—¿Tú por aquí a estas horas? —Fijó la vista en las agujas de su reloj.

—Nissos, acabo de pasar por el escenario y lo vi un tanto...

—Un pequeño guiño a mis orígenes, ya sabes; al teatro, a lo visual, al engaño de los sentidos. Realizaremos veladas diferentes esta temporada.

—Me iré al de Sídney entonces, necesito fiesta.

—Están todos cerrados, padre. Se abrirán a la par, en dos días, en todas las ciudades. Serán todos los clubs exactamente iguales.

—No sé a qué viene tanta historia. Podías haber hecho la reforma con una simple pasada de tu mano...

—Los humanos tienen la costumbre de comer a diario. Lo recuerdas, ¿verdad? Sería desconsiderado por mi parte el privarlos de un sueldo que necesitan y que yo no tengo ningún problema para poderles pagar.

—Tienes razón, hijo —admití, y puse mi mano sobre su hombro.

—Hacer lo que debemos, teniendo la certeza de que hemos obrado de manera correcta, es el mayor de los placeres que me otorgo a mí mismo a diario.

—¿Y el segundo? —bromeé.

—Dejarme llevar por la felicidad de los que me rodean. La dicha es contagiosa. Si te rodeas de gente feliz, la existencia se te hace mucho más agradable.

—¿Siempre eres tan profundo o es que te está afectando el olor de la pintura?

—Bajemos, que las botellas están en el almacén. Me han traído un nuevo ron que sé que te gustará.

Me ofreció paso, viniendo él detrás de mí hasta que llegamos al gran almacén en el que guardaban todo lo que antes había en la zona de la barra.

Encendió las luces, y los licores brillaron dentro de sus botellas. Cogió una, con un llamativo tapón azul de resina, y me la ofreció amablemente.

—Mmm, Cuba... Tiene buena pinta.

—Me lo traje hace unos días cuando estuve de visita por allí. Hay una pequeña destilería que tiene un especial encanto. Asistí a una cata que organizaban y... no me pude resistir. Necesitaba tenerlo aquí, es algo muy selecto, pero, sin duda, aquellos que disfrutan de un buen ron, sabrán apreciar sus cualidades.

Se la arrebaté de las manos y le guiñé el ojo.

—Me la llevo, la pruebo y ya te diré si es tan bueno como dices.

Él rio, aunque por un segundo vi algo raro que nublaba su expresión.

—¿Qué te sucede? —pregunté, ya que no podía marcharme con la duda de qué sería lo que le pasaba.

—Ya sabes que Afrodita lleva unos días sin aparecer, pero es que Eros... No sé por dónde andan. Los necesito por aquí. Además, tengo que ponerme a entrevistar candidatos para cubrir un par de puestos vacantes en este club.

—Me encargaré de enviar a Hermes en busca de Eros, no te preocupes por eso. Y ahora, me voy, que tengo algunos asuntos pendientes en el hotel y ya me chafaste la intención de correrme una buena juerga.

Me despedí y me transporté a mi despacho en Sídney. Descorché la botella y me serví un ron que, como Nissos dijo, era lo más delicado que había probado desde que... Desde que probé la boca de Selene.



Capítulo 10

AIRAM

El móvil vibraba en el bolsillo inferior de mi pantalón de faena. Lo saqué y leí el nombre de Susana. Otra vez ella, por segunda vez en esa mañana, y eso que la jornada acababa de empezar.

No sabía qué era lo que deseaba, ni me importaba. Seis meses después de nuestra ruptura, bueno, matizo: seis meses después de que ella me dejara por mi primo Daniel, perteneciente a la rama adinerada de la familia Caballero y tras tener que escuchar, atónito, que, según sus propias palabras, para vivir feliz, ella necesitaba esa tranquilidad que le proporcionaría una buena posición económica que mi sueldo, de “oficial de primera sin más aspiraciones”, jamás le podría brindar.

Me identificaba con aquella canción de Melendi, la de Barbie de extrarradio, en la que un tipo normal se enamora de una chica ambiciosa que vive de apariencias y para aparentar. Y la quise. Sí, a pesar de sus tonterías, sus complejos, sus lamentos por no poder salir cada fin de semana de fiesta ni a cenar, a pesar de sus lloriqueos por tener que ir de camping durante una semana el verano que pasamos juntos.

Fue el plan que se me ocurrió para compensarla, ya que el sueldo no me llegaba ese mes para pagar la parte que me tocaba de la residencia de mi abuelo, la hipoteca del piso, la avería del depósito del agua de mi Seat León y para invitarla a *posturear* por Malta, que era el viaje de sus sueños.

Susana era muy de cambiar de sueños cada mes. Nunca lograba cumplir ninguno en su

totalidad. De improviso, variaba alguna parte del mismo para dejar en mí esa sensación de que era un infeliz que debía estar agradecido porque ella entrase cogida de mi brazo en el local de moda de la temporada.

La conocí una tarde en la que salí a correr y, al doblar una esquina, chocamos, y ella se desahogó a voces llamándome energúmeno.

Me hizo reír su manera de soltar las cosas sin filtro, su descaro. Y sí, como cualquier tío de mi edad, me fijé en cómo se le ajustaban las mallas a las formas de su culo. Puedo sonar superficial, pero nunca he sido un mentiroso. Su físico explosivo me atrapó, junto con la dulzura que mostraba en nuestros primeros encuentros. Esa personalidad mimosa, que cambiaba radicalmente cuando estábamos en la cama, me hacía no ver otras cosas que son las importantes en una relación.

Susana y sus atenciones me conquistaron en menos de un mes. Luego, ya descubrí que lo que a ella la conquistó en aquel primer momento, fue el dinero que supuso que tenía, por la equipación de *running* que yo llevaba ese día. Su desencanto posterior vino a raíz de comprobar que no podría sacar de mí aquello que ella había imaginado que yo poseía.

Atendí la llamada, malhumorado. Pensé que así no me volvería a molestar de nuevo.

—Dime —exigí en mi tono más seco.

—En otros tiempos me atendías con más cariño.

—¿Para qué me llamas, Susana?

—Es que estaba pensando en hacerle una fiesta a Daniel por su cumpleaños, y como tú lo conoces mejor que yo, pues...

—¿En serio? ¿De verdad tienes la poca vergüenza de llamarme para eso? —grité, haciendo que Julián y su nueva dependienta me mirasen desde la entrada de la panadería, ya que acababan de llegar y aún estaban subiendo la reja.

La pelirroja clavó sus ojos celestes en los míos. Me vi de nuevo como un chavalín, que agacha la cabeza, intimidado por la intensidad con la que esa mujer me contemplaba.

Esa chica producía una inquietud rara en mí. Más que mirarme, parecía que me hiciese un análisis cada vez que la tenía delante, y no me gustaba el hecho de desconocer cuál era el resultado de la inspección visual que se traía conmigo.

—Afrodita, ¿qué pasa, preciosa? —voceó Pedrín desde la zona de la hormigonera.

Le colgué el teléfono a Susana sin decir ni media palabra, y me quedé atento a la confianza con la que veía que mi compañero se dirigía a ella.

Afrodita abrió la puerta del establecimiento sin responderle, y eso hizo que él echara una pequeña carrera para cruzar a la acera de enfrente.

—La gente educada da los buenos días —le reprochó él mientras ella recogía su melena, roja y larga, en una coleta, con unas gomas de colores que llevaba en su muñeca.

—Ahora sí estás siendo educado, así que... ¡buenos días!

—¿Por qué te caigo tan mal, cosita? —insistió intentando acercarla a él, atrayéndola por la cintura.

Un gruñido salió de mi garganta. La chica no parecía estar nada cómoda teniéndolo tan cerca.

—Porque eres un moscardón que tiene las manos muy largas. ¿Te pedí que te acercases a mí? —lo enfrentó con una frialdad que hasta a mí, en la distancia, me impuso respeto.

Él dio un par de pasos atrás, intentando que no se notara que le acababan de pisar su orgullo de macho ante el resto de compañeros que presenciábamos la escena.

—Disculpa, pensé que...

—No pienses. Si yo no te pido que me toques, no vuelvas a hacerlo, ¿comprendiste? Bueno, Pedrín, que pases un día fabuloso. Me voy, que Julián me necesitará dentro para preparar el reparto.

No pude contener la carcajada que solté al ver cómo ella le hacía morritos y se daba media vuelta tras bajarle los humos, dejándolo en la calle encogiéndose de hombros.

—Tú ríete, pero ya verás que, en una semana, esta pirada acaba en mi cama —me aseguró al llegar a mi lado en el andamio.

—Es mucha mujer para ti, Pedrín. Ya hemos visto todos lo que acaba de pasar.

—Será entonces que es la tía ideal para ti, ya que vas de sobrado —se burló.

—Para nada. Esa chica es demasiado intensa para cualquiera. No creo que se haya dado cuenta ni de que existo. Y ahora, venga, baja y súbeme un par de cubos de pasta.



Capítulo 11

AFRODITA

Llevaba varios días sobreviviendo a mi vida como mortal y, aunque a ratos me desesperaba, mi orgullo me impedía ir a rogarle a Zeus que me devolviese mis poderes. No iba a doblegarme tan fácilmente ante él. Estaba más que dispuesta a demostrarle que mi verdadero poder se basaba en la resistencia, en la perseverancia y en la lucha, aunque claro, entendida de distinta manera a los que se suponía que eran atributos de Ares. Lo mío no era la revolución, sino la evolución y la resiliencia. Porque esos sí que son aspectos básicos en el amor. Evolucionar y adaptarnos cada día a la persona que camina a nuestro lado por la vida. Crecer juntos; en eso se basa el amor verdadero.

Miré mi reflejo en el escaparate de un bazar. Mi aspecto sencillo, mi rostro sin maquillar, y una camiseta verde, que me parecía horrorosa, pero la humana había puesto a lavar las otras, y ya solo me quedaba esa en el armario... Estábamos a jueves y necesitaba el dinero que me daría Julián el sábado por la mañana, para concederme un fin de semana de fiesta que me quitase esta sensación deprimente de encima.

Llegué a la residencia y entré en la cocina a dejar el pan, sacando una bolsita de seis magdalenas que tenía intención de regalarle a Alfonso, el humano con el que había hablado en un par de ocasiones en esos días. Esa mañana, él se negaba a abrir la boca para tomarse la tostada que le ofrecía la auxiliar.

Sus manos temblaban más que de costumbre y parecía que el buen humor brillaba por su

ausencia en él.

—Buenos días, arquitecto Caballero.

Me miró, mudando su expresión por otra más relajada.

—Buenos días, Afrodita, Diosa de la Belleza y del Amor —bromeó con mi nombre, al igual que lo había hecho días antes, aunque no iba nada desencaminado al dirigirse a mí así.

—Mire lo que le traje. Las hizo Julián ayer, y aparté estas para usted. ¿Las compartimos? —pregunté guiñándole el ojo.

—Claro, siéntate.

Le hice un gesto a la chica para que se fuera a adelantar su trabajo y, entre tontería y tontería, le piqué una en trocitos en el vaso de leche.

—A ver, mortal. Afrodita le va a conceder un gran privilegio. —Seguía las bromas que él tenía conmigo.

—Ya me lo concediste cuando conocí a mi esposa. Candelaria era la mujer más increíble del mundo.

Su mirada reflejó una alegría triste que me caló en el corazón.

—Seguro que ella estaba orgullosa del amor que sentía por usted, señor Caballero. Y ahora, dejémonos de romanticismo y volvamos al tema del privilegio que le concedo, porque a este paso se deshace del todo la magdalena.

—¿Cuál será esa gracia que me otorgas, Diosa? —sonrió.

—Afrodita, Diosa del Olimpo, le dará hoy el desayuno. Tenga en cuenta que no hago esto con nadie más, ¿eh? Usted es la excepción. —Cabeceó soltando una carcajada y abrió la boca para que pudiera darle aquella mezcla a cucharadas.

—¿Me vas a contar hoy alguna de tus aventuras? —preguntó tras limpiarse la boca con la servilletita de cuadros blancos y amarillos, a juego con el mantel.

—Claro, hoy le hablaré de Cleopatra. Era toda una experta en ciencias, en lenguas y en las artes del amor. Era una mujer espectacular. Verá, pasé una temporada en Egipto y tuve la fortuna de compartir alguna que otra conversación con ella.

—Siempre me han fascinado las pirámides —confesó, sin dejar de tomar lo que yo le daba.

—Entonces, le contaré el secreto mejor guardado en su construcción, y es que...

Me prestaba atención con una sonrisa, disfrutando de aquellas historias que le contaba, y que él pensaba que eran cuentos, fruto de mi imaginación.

—A lo tonto a lo tonto, me embaucas y me he tomado todo ese tazón —refunfuñó haciéndose el enfadado.

—El amor es embaucador como su Diosa, señor Caballero.

Depositó un beso en el dorso de mi mano y me despedí hasta la mañana siguiente.

De regreso al local, observé de nuevo la imagen que se reflejaba en el escaparate del bazar oriental, y me sorprendió la sonrisa que mostraba mi cara.

Se acercaba la hora del descanso para comer. Julián calentaba el recipiente que Blanca nos había preparado, cuando la puerta de entrada se abrió y sonó la musiquita que avisaba de la entrada de un nuevo cliente.

—Pon la mesa, yo atiendo —hice un gesto a Julián para que se sentara tranquilo a comer, antes de que nos pusiéramos a preparar las masas para el día siguiente.

Salí a la tienda, y vi a Airam, sacando un par de latas de la nevera junto con unas bandejas de ensalada de pasta. Me adelanté y metí dos bollos de pan, como acostumbraba a llevarse, en una bolsa marrón de papel. Al mirarme en el espejo de la parte superior de la vitrina, me vi una cosa horrible en la barbilla. ¿Desde cuándo las Diosas teníamos acné o lo que fuera esto?

Traté de ocultarlo yendo a por una mascarilla, de un paquete que había en el aseo, y regresé a toda prisa mientras rodeaba mis orejas con los elásticos.

Los ojos negros del mortal por el que suspiraba, me miraron extrañados.

—¿Y eso? Una cosa es que te caiga mal y otra, que te vaya a contagiar algo. Vaya manera de ir por la vida —susurró sacando la cartera de su bolsillo.

—No es por ti, es por mí...

—Eso suena a cuando alguien está a punto de romper contigo. Creo que Susana fue la última que me dijo algo así —sonrió divertido.

—Esa humana es tonta. Yo jamás rompería contigo, al menos, no con una frase tan vulgar.

—Oh, ya veo. ¿Buscarías una excusa más elaborada? —Arqueó la ceja sin dejar de observarme.

—No, quiero decir que yo... —Solté una patada al suelo por la incapacidad tonta de expresarme al tener a ese hombre cerca, y decidí quitarme la mascarilla para mostrarle el motivo.

Mejor es que huyera de mí al ver aquel horror en mi rostro, en lugar de que se fuera pensando en que tenía algo contra él.

Separados por el mostrador, me quité la mascarilla y la tiré a la papelera, aunque mi dignidad me impedía levantar la cabeza.

—Mírame, Afrodita, por favor. ¿Me dices qué te pasa? —preguntó agachándose para encontrarse con mis ojos.

Alcé la cara, poco a poco, y él comenzó a reír.

—¿Te pusiste la mascarilla para cubrir una simple espinilla? Mujer, eso es lo más normal del mundo.

—No es normal. ¡Tengo el Vesubio en mi barbilla! —protesté, lo que provocó que él riese con más ganas.

De pronto, se puso serio y se acercó a mí, pasando su dedo pulgar por mi mentón.

—Es solo un granito, Afrodita. Y no por tener eso dejas de ser preciosa.

Mis piernas parecían de gelatina, el corazón me latía sin control y unas deliciosas cosquillas subían a mi garganta partiendo desde mi sexo.

—¿Tú me ves guapa? —balbuceé incrédula, ya que no me había dado ninguna señal de que se hubiera fijado en mí.

—Habría que estar ciego para no verlo. —Me soltó y dio un paso atrás, recogiendo las cosas tras dejar un billete en el mostrador.

—Gracias —dije, admirando las formas de su rostro, que eran lo más perfecto que había contemplado en siglos.

—¿Por? —se sorprendió.

—Por tu amabilidad.

—Eres una mujer encantadora, fuerte y, te repito, preciosa. Hasta luego, Afrodita.

Cogió la moneda que le devolví y se marchó, dejándome con la sensación de que necesitaba mucho más de aquel mortal.



. Capítulo 12

ZEUS

Hora de darle la segunda vuelta de tuerca a la aventura humana de Afrodita.

Uno de mis pasatiempos, últimamente, era el de observar su vida diaria, y he de reconocer que se adaptaba mejor de lo que pensé en un principio. Me enorgullecía ver su evolución en estos días, su cercanía con aquellos que consideraba más débiles, y cómo su orgullo de Diosa le facilitaba la adaptación frente a los cambios para no tener que pedirme que le devolviese sus dones.

Siempre he sabido que ella era una de las divinidades más fuertes, pues ya se sabe que el amor es el motor que mueve el mundo, ni hay fuerza que supere a lo que es capaz de conseguir la atracción, para bien o para mal.

Era el momento:

—¡Sea! —decreté.

Al anoecer, Celia entraba en casa de sus padres cargada con dos maletas, ya que su novio dejaba Madrid, y ella no sentía que lo amase lo suficiente para embarcarse en ninguna aventura viajera con él.

Me reía a carcajadas viendo la cara de Afrodita cuando Blanca y Celia sacaron un somier de debajo de la cama en la que ella dormía y le dijeron que, a partir de ese momento, Celia y ella serían compañeras de cuarto.

Esperé que montase la de San Quintín, pero una vez más aluciné bastante al ver cómo se ponía con ella a deshacer su equipaje.

—Espero que no te importe. Siento mucho tener que... —se intentaba disculpar la mortal.

—No tienes por qué disculparte. En unos días volveré a mis aposentos en el Olimpo. Además, tienes ropa bastante mona —respondió alzando una ceja mientras sostenía un vestido rojo con la parte del pecho cuajada de lentejuelas.

—Quédatelo si te gusta. Me lo regaló mi ex y no quiero tener recuerdos suyos, necesito olvidarlo —ofreció Celia sentándose al borde de la cama.

—¿Olvidar? No sería tu gran amor si pretendes olvidarlo en dos días.

—No, a ver, el chico me gustaba. Lo conocí en el crucero, ¿recuerdas? Pero su manera de vivir... No pasa mucho tiempo en el mismo lugar.

—Ya. Una cosa es sentirte atraída por alguien, y otra muy distinta, amarlo. Cuando amas, irías al infierno de la mano del otro, aun sabiendo que te abrasarás. Mira tú, que se lo digan a Candela, que se unió a Hades y...

—¿Perdona? —preguntó Celia sin saber a qué se refería.

—Nada, no me hagas caso. Me gusta bromear con los nombres de mis familiares —rio la Diosa, que había estado a punto de meter la pata.

—¿Tienes algún plan para el sábado? He oído que es la reapertura del Hedonistic. ¡Lo que daría yo por estar allí!

—¿Qué darías, Celia? —le preguntó embaucadora.

—No tengo ninguna posibilidad de ir allí. Mañana se entra con invitación.

—Yo no necesito nada de eso para acceder a los locales de Nissos, a mí me ponen la alfombra roja para que acuda.

—¿Tú conoces al dueño de los Hedonistic? ¿En serio? —Quiso saber la humana.

—Quiero cinco de tus vestidos a cambio llevarte allí. ¿Sellamos el trato? —ofreció con media sonrisa.

—¿Cinco? ¡Claro! —respondió Celia entusiasmada, abrazando a la Diosa, que torcía el gesto con desagrado.

No cabía la menor duda de que podía sobrevivir sin sus dones en esta dimensión. Lo que yo pretendía desde el inicio de todo esto, es que ella misma fuese consciente de su fortaleza, que no residía en lo que poseía, sino en lo que de verdad ella era.

La imagen se desvanecía, y me levanté para irme a mis habitaciones. Atenea se me acercó sonriendo por el pasillo.

—Te veo de buen humor, papá —saludó, dándome un abrazo.

—Las cosas marchan, incluso, mejor de lo que esperaba. ¿Vendrás al hotel mañana conmigo?

—Otro día. Mañana bajaré a presenciar la cumbre en París. Negociarán temas medioambientales. A ver si de una vez se deciden a poner límites a la contaminación. Los humanos son raros, papá. Están felices de vivir entre basura en su casa, porque eso es el mundo; su hogar, y lo están destruyendo a pasos agigantados.

—Ilumínalos, hija. Tal vez, si bajases a intervenir en las conferencias... ¿Has pensado hacerte activista o política? —dije, medio en broma medio en serio.

—¿La política? No es más que el arte de manejar la retórica, de decir a la gente lo que desean escuchar. Son expertos en mentir y en convencer. Hoy te dicen blanco, y mañana, negro. Utilizan los mismos argumentos que el día anterior criticaron. ¿Conoces a algún político que le diga la verdad al resto de los mortales? La mayoría son decoradores fantasiosos de la realidad, creadores de cortinas de humo tras las que se benefician personalmente.

—No generalices, hija —traté de calmar su espíritu que comenzaba a embravecerse.

—Papá, estoy en cada planificación de guerras, en cada estrategia de invasión, en cada delirio imperialista de los que dicen perseguir el desarrollo de sus países, y lo hacen a costa de la sangre de otros. No me pidas que no generalice. Ojalá, en este mundo, esas personas fueran las excepciones, y lo general fuese la bondad y la cooperación. Encima, tengo que aguantar que dioses como Hades, me echen en cara un belicismo gratuito que jamás he poseído... —suspiró con tristeza—. Y ahora, te dejo, porque me pone de mal humor hablar de según qué cosas.

Se desvaneció ante mí, dejando en mi pecho su sensación de angustia. Mi Atenea, mi valiente y sabia hija...



Capítulo 13

AFRODITA

Viernes por la mañana. ¡Estaba superando mi primera semana!, aunque los humanos me dijese que llevaba con ellos casi dos, por los recuerdos que Zeus les había creado.

Un día magnífico, soleado y tibio, en el que ya había dejado de acomplejarme el volcán que tenía en mi barbilla y que parecía a punto de entrar en erupción.

Julián subía la reja de la tienda, y yo abrí la puerta trasera de la furgoneta para sacar los paquetes de las bolsas y los productos que debíamos reponer.

—Diosa del Olimpo, mañana será *sabadete*, y ya sabes lo que dicen: sábado *sabadete*, ca...

—Sábado, *sabadete*; búscate a otra, porque conmigo no vas a echar ningún polvete —le completé a Pedrín la tontería de frase con la que me saludó desde el andamio.

—¡Joder! Qué dura eres, tía! —Él rio, y yo observé a Airam, que parecía estar a lo suyo colocando una hilera de ladrillos.

Le hice un gesto al peón con mi mano, y bajó de la estructura en la que trabajaba para acercarse hasta la puerta de la tienda.

—Te invito a salir yo a ti, pero con una condición...

—Tú dirás —respondió emocionado.

—Yo iré con una amiga. Tú debes procurar de traértelo a él. —Le señalé a Airam.

—Afrodita, yo... —intentó escabullirse de la situación.

—Si no puedes lograr algo tan fácil, no mereces entrar en la reinauguración del Hedonistic —solté dándome la vuelta para entrar.

—¡No jodas! —exclamó.

—Por desgracia, hace días que no lo hago. Os esperaremos en la puerta del club mañana a las once —respondí sin girarme a mirarlo, pero lo escuché cruzar la calle llamando a su compañero.

Aquel humano me estaba resultando hasta simpático después de todo. Su atrevimiento y el remolino que se le hacía en la parte de atrás de su pelo, provocaban que lo viese con la ternura con la que se observan las travesuras que realizan los niños pequeños.

A la hora acostumbrada, salí a llevar el pan para los desayunos a la residencia, con la novedad de que, al salir, me topé de frente con Airam, que parecía venir bastante airado.

—¿Qué interés tienes en que yo acuda con tu amiga y con Pedrín mañana a ese lugar? —preguntó sin dar mucho rodeo.

—El que siento por ti —respondí de la misma forma.

—¿Disculpa? —preguntó rascándose la sien con su índice.

—Me escuchaste perfectamente, mortal. No pienso volver a repetirte el halago.

Él soltó una carcajada y me susurró al oído.

—Que sepas que este “mortal” —hizo el gesto de las comillas con sus dedos—..., no puede permitirse pagarte las consumiciones en ciertos locales de moda.

—¿Quién te dijo que yo estoy esperando a que tú me invites a algo? Tu atrevimiento es sorprendente. Creo que me equivoqué al elegirte.

—¿Al elegirme para qué? Me confundes con las cosas que hablas —gruñó comenzando a cabrearse bastante.

Dejé la caja en el poyo del escaparate y lo agarré de la camiseta blanca que llevaba esa mañana, atrayéndolo hacia mí.

—Para esto —contesté antes de plantarle un beso en los labios que agitó cada célula de mi cuerpo.

Jamás había sentido algo así de manera tan intensa. Su olor, su sabor, sus dudas y cómo se rindió a mí en dos segundos, rodeándome por la cintura sin querer despegar su boca de la mía.

Me separé de él, que me costó lo mío, y abrí el paquete de las rosquillas que llevaba junto con los bollos.

—Toma. —Le metí una en la boca—. Las llevo para regalárselas a mi amigo Alfonso, que está en la residencia, pero seguro que a él no le importará que te haya dado una. Espero que tu día sea dulce. Te veo más tarde, si vienes a comprar el almuerzo.

Cogí la caja y me dispuse a marcharme.

—¡Joder! ¡Estás loca! ¿Qué hago contigo? —lo escuché decir entre risas.

—Volverte loco por mí, haríamos buena pareja —le aseguré mientras me alejaba.

La boca me sabía a besos, a esa dulzura intensa de su cara de sorpresa cuando lo atraje hacia mí. Sentir que él me correspondía, fue lo más hermoso que había experimentado últimamente.

Airam no era un experto besando, pero la ternura con la que lo había hecho, además del punto apasionado del agarre de su mano en mi cintura, compensó con creces cualquier tipo de carencia que pudiese apreciar en su técnica.

Pensando en él, y feliz con mi caja de reparto en los brazos, que ya comenzaban a sentir cansancio, llegué a mi destino. Al entrar en el salón, observé a Alfonso, que estaba acompañado por un chico joven, de cabello castaño y un aire que no me resultaba desconocido. Él insistía en ofrecerle una carpetita y un bolígrafo para que firmase algún tipo de documento, y Alfonso negaba con la cabeza mientras que el chico no parecía muy contento, ya que resoplaba fastidiado.

Dejé el pedido en la cocina y me acerqué a los dos hombres que aún no se habían percatado de mi llegada.

—Buenos días. ¿Le sucede algo, arquitecto? —saludé.

—No le ocurre nada. Vuelve a tu trabajo y no te entrometas en las visitas que reciben los internos —respondió el joven sin mirarme.

—Regresa en unas semanas y osas dirigirte a mí de esa manera, que vas a sentir lo que es terminar incrustado en una pared —advertí.

—Afrodita, hija, disculpa a mi nieto. A veces peca de impulsivo.

—Parece pecar de muchas más cosas. Cuando entré, no lo vi a usted muy contento... Ya podía usar esa impulsividad para “impulsarse” hasta la calle.

Al fin, el humano se dignó a levantar la vista de los papeles y a mirarme, aunque sus pupilas mostraban de todo menos calidez.

—¿Saben que eres una entrometida que solo se dedica a fastidiar a las visitas? —apretó los dientes tragando su enfado, aunque sin poder ocultarlo.

—¿Sabe la policía que tratas de que el señor Caballero firme algo que no desea firmar? —lo enfrenté, y se levantó de golpe chocando contra mí, porque no retrocedí.

—Nos vemos abuelo, ya hablaremos del asunto —se despidió y salió a toda prisa.

—Siéntate, Diosa —me pidió él cogiendo mi mano, que recibía el cariño que su gesto me transmitía.

—Lamento lo de antes con su nieto, pero...

—No tienes nada que lamentar, eres muy valiente. Supongo que esa es una de las cualidades del amor cuando es sincero; la valentía. El arrojo para enfrentar cualquier obstáculo que pueda encontrar en su camino.

—Gracias. —Bajé la cabeza ruborizada.

—Él es mi nieto mayor, le pierde la ambición. Intenta compensar con eso su holgazanería. En cambio, su primo... Es todo amor propio y afán de superación. Es incansable y no le importa sudar la camiseta para ganarse la vida.

—No tiene por qué contarme nada de lo que sucedía cuando llegué —sonreí sin soltar su mano de dedos largos como sarmientos de las vides de Samos.

—Dani y su padre descubrieron que tengo fondos ocultos de la constructora. Eso que traía, era un poder para manejar ese dinero, que ellos aseguran que irá para la tesorería de la empresa. No confío en ellos. Es mi otro nieto el que abona parte de lo que cuesta este lugar, al haber roto cualquier tipo de relación familiar con su tío y su primo.

—Pero usted podría...

—Bloquee esos fondos, que deseo que sean la herencia del que considero mi único nieto, al igual que la constructora, que no está en tan mala situación como creen.

—Es usted un hombre fascinante —abrí los ojos de par en par, sin poder evitar sonreír.

—Maquillé ciertas áreas para comprobar hasta dónde llegaba la ambición de cada uno.

—¿Se arrepiente? Está a tiempo de hablar con ellos y volver a retomar la relación que tuvieran.

—No me arrepiento de nada. Ahora veo con claridad la clase de personas que son. Estoy convencido de que deseo que el fruto de todo mi trabajo sea para el único que me cuida y se preocupa por mí.

—Me parece estupendo, si esa es su voluntad. ¿Ya desayunó, arquitecto? —me interesé cambiando de tema.

—Aún no. ¿Te quedas otro ratito? —preguntó sonriente.

—Voy a por las roscas y a por su café con leche. Ahora vengo y me espero a que termine. —Me levanté y fui a la cocina. Cuando salí, una de las auxiliares lo ayudaba a sentarse a la mesa.

En ese instante, pensé en que me habría encantado conocer a aquel hombre en su juventud. Tenía un porte orgulloso, pero a la vez amable, que me recordaba muchísimo a la forma en la que veía a Airam.



Capítulo 14

ZEUS

Si había un placer que era desconocido para nosotros, era el de dormir y disfrutar de un sueño reparador. Desde Sídney, observaba a Afrodita, que se levantaba ese sábado dispuesta a ponerle la guinda a su primera semana laboral como mortal.

Ni una queja, ni un momento en que hubiera flaqueado y me hubiese pedido ayuda para que me apiadase de ella y finalizase con sus días de castigo. Ni un “pero” a los alimentos que le ofrecían Blanca y Julián, ni a dormir con Celia en el mismo cuarto del pequeño piso de Madrid.

Bajaría esa noche al Hedonistic de la ciudad para verla más de cerca. Me despertaba curiosidad cómo haría para que nadie notara el cambio en su energía.

Preparaba una reunión que Coral había concertado con unos proveedores de alimentación del hotel, cuando los gritos de Afrodita atronaron en mi mente. Miré hacia el cristal de la ventana del despacho, y ahí estaba el reflejo de la Diosa, pidiendo histérica una ambulancia.

¡Joder! No había caído en ese asunto, y la había pillado desprevenida.

—Celia, me desangro, llama al hospital. ¡Me *muerooo*! —chillaba desde la bañera llamando a la mortal.

La rubia corrió hacia el aseo, apartó la cortina de lunares rojos que impedía que el agua salpicase fuera, y la miró con preocupación, echándose a reír a carcajadas al comprobar lo que le sucedía.

—Es la regla, tía. ¡Por favor! La que lías por algo que tienes cada mes. —Se tapaba la boca con la mano.

—¿La regla? ¿Quieres decir que esto es la porquería que tenéis que soportar las humanas hasta que...?

—Las humanas, dice. Eres igualita que los de tu familia. No entiendo por qué habláis de esa manera. ¡Ni que fueseis los Dioses del Olimpo! —se encogió de hombros y se dio la vuelta para salir.

—¿Se puede saber a dónde vas? ¿Qué se supone que hago ahora? —la llamó la Diosa a voces.

—En la puerta de la derecha del armario, tienes tampones, puedes usarlos. Eso sí, luego compras otra caja para reponerlos, que las demás también los necesitamos.

Enrolló su cuerpo en una toalla de baño de color rosado y salió en busca de los tampones que Celia le había dicho.

Miraba la caja, le daba vueltas y cogía uno de aquellos paquetitos amarillos, que miraba como si fueran lo más extraño que hubiera visto.

Eliminé la imagen, pero su voz, de nuevo, se escuchó pidiendo ayuda.

—El plástico duele... ¡Eh! ¿Me oyes?

Lo siguiente que escuché fue la voz de la mortal que, con toda la paciencia del mundo, le explicaba que debía retirar el aplicador y dejar el algodón dentro.

—No puedo creerme que, a tus años, no hayas usado uno de estos. ¿Cómo te bañas en verano entonces?

—Me baño desnuda en el mar. Da un gustito cuando las olas te rozan el...

—No necesito esos detalles —gruñó.

—Me lo acabas de preguntar. Si no deseas que te responda, no me preguntes; es fácil —refunfuñaba la Diosa, en lo que supuse que era el pleno proceso de introducción del producto de higiene femenina—. ¿Estás segura de que esta cosa es de mi talla? Lo veo gigantesco.

—Si eso te parece grande, a pocos tíos has conocido tú —le daba la risa floja.

—Será eso. Aquí, tú eres la experta, y seguro que has estado solo con cuatro —ironizaba Afrodita.

—¿Tú cómo sabes que yo...?

—Se te nota. Vas de pantera, pero te falta mucha selva por ver. Me voy, que el pan no se vende solo y tu padre estará impaciente.

—¡Eh, loca! Llévate algunos, tendrás que cambiarte.

—¡Por Zeus! Qué tormentos tenéis que sufrir las humanas.

—Tú, que eres una Diosa, a ver si consigues cambiar eso y eliminar la regla de nuestras vidas —bromeó.

—Tomaré en cuenta lo de votar a vuestro favor si se plantea el asunto en la asamblea.

—¡Madre mía! Qué golpe debió llevarse en la cabeza esta pobre para creerse la Diosa Afrodita —susurraba la rubia a solas.

AIRAM

La tienda estaba a rebosar de clientes esperando para comprar el pan recién hecho y los dulces para desayunar. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para acudir a esas horas y dificultarnos el poder salir de allí, con las cosas para los bocatas, en el menor tiempo posible.

Julián y Afrodita nos atendían con rapidez, pero aún había unas siete personas antes que yo en la cola de la caja para poder pagar.

Miraba a la pelirroja, con su bonita sonrisa y su mirada celeste, y mi mente se olvidaba del movimiento del minutero del reloj. Con gusto pasaría toda la mañana esperando el turno, solo para poder observarla sin parecer un perverso, por espiarla desde el andamio a través del escaparate del establecimiento.

—¡Airam! Podías hacerme un favor —me pidió Julián saliendo de detrás del mostrador.

—Si está en mis manos...

—Hoy tengo que llevar el pedido doble a la residencia. ¿Te dejo las llaves y acercas a la chica? Es que, como te conté, tuvo un pequeño percance y se le olvidó conducir —bajó la voz.

—Si es algo rápido...

—La dejas allí y que regrese caminando, porque ella usa su hora del desayuno para ayudar a los mayores. Luego echamos cuentas de lo que llevas.

Asentí con la cabeza. ¿Qué otra cosa podía responder a quien me daba la oportunidad de estar un rato a solas con la mujer que había llamado mi atención desde el primer momento en que la vi?

Afrodita entró, y salió trayendo dos cajas. Cogí una y las cargamos en la furgoneta. Ella, sin que la sonrisa se borrara ni un segundo de su rostro, me susurró mientras cerraba su puerta.

—Gracias, mortal. Eres muy amable.

Sonreí, girando la llave en el contacto, y nos pusimos en marcha sin perder el tiempo.

—Me ha comentado Julián que te quedarás allí. ¿Usas tu hora del almuerzo para pasarla en ese

lugar? —pregunté mirándola de reojo.

—Sí. Tengo un amigo, y ayer llegó Margarita, una mujer de lo más resuelta. Me quiso enseñar a hacer ganchillo, pero no tengo paciencia para esas labores.

—Me sorprendes —admití con sinceridad.

—¿Por qué? ¿Pensabas que la paciencia era uno de mis atributos? No creas. Bueno, en otros ámbitos sí lo es. El amor debe ser paciente. Lo hermoso del sentimiento se va cociendo a fuego lento y con la temperatura necesaria. Blanca, la esposa de mi jefe, sabe mucho de eso y hace unos guisos espectaculares. Desde que soy humana...

—¿Qué eras antes? —pregunté sin poder ocultar la sonrisa.

—Afrodita. Soy lo mismo, aparentemente. Aunque no conservo el poder de mi energía —respondió encogiéndose de hombros de manera despreocupada.

—¿Te falta energía? ¿Tienes anemia o algo así? Yo tomo un complejo vitamínico que me va bastante bien en la época en la que le doy más duro al deporte.

—¡Oh, no! Desde que como a las horas que Blanca me explicó, ya no me mareo. —Sin pensarlo, abarcó mi bíceps derecho con sus manos—. No necesitas hacer deporte. Creo que con el trabajo que haces, es más que suficiente.

—¿De veras? —me hice el interesante arqueando una ceja, que, por lo visto, es algo que les gusta a las protagonistas de las películas románticas.

—No suelo ser obsequiosa con mis amantes en ese aspecto, pero sí, se puede decir que eres bastante apetecible. —Se mordió el labio inferior, y yo, de haber podido, le hubiese mordido el corazón.

—Un momento... ¿Has dicho amantes? —reaccioné, tarde, eso sí, ya que estábamos en la puerta de la residencia.

—No te preocupes. Ahora, solo tú ocupas mi pensamiento.

¿En serio, esta mujer me suelta esas cosas y se baja de la furgoneta, en busca de las dichas cajas de reparto, como si lo que me hubiera dado fuese una indicación para llegar al bar más próximo? Me dejaba muy loco su actitud, pero loco por saber más de ella, deseoso de esa nueva dosis que calmase mis ganas de tenerla cerca.

Iba a arrancar para marcharme, pero decidí tomarme allí mismo el bocata que me hice con el panecillo y el jamón que había cogido en la tienda.

Abrí el bollo con mis manos y repartí en él las lonchas finas como hojas de papel.

—¡Joder! —grité solo en el interior del vehículo.

Salí, y entré en la residencia justo en el momento en el que Afrodita reía animada con una señora que pensé que sería Margarita, ya que tenía unas agujas de punto en las manos y hacía algo parecido a una bufanda.

Tras eso, se acercó a mi abuelo, que la recibió con un cariñoso beso en el dorso de su mano, y ella se sentó a su lado. Me aseguré de que no se percatase de que yo estaba en aquella esquina, a su espalda. Con delicadeza, ella le untaba la tostada y se la partía en pequeños trozos que mi abuelo iba saboreando como si fuesen la mayor delicia que había probado en su vida.

—Cuéntame, Diosa, háblame de tu rincón favorito del mundo, ese en el que eres feliz —le pedía él, hablándole como si de verdad ella fuera la Diosa del Olimpo.

—Tengo una vivienda preciosa en Chíos.

—Una isla griega —sonrió mi abuelo emocionado—. Hace muchos años estuve en Turquía, y creo recordar que había ferris hacia allí.

—Yo no viajo en ferris, arquitecto —explicaba ella, a modo de cuento, mientras le sujetaba la taza del café para que no la derramase con el movimiento de sus manos temblorosas.

—Háblame de tu casa. No omitas detalles, sabes que disfruto mucho cuando me describes grandes construcciones.

—Tiene la fachada recubierta de una bonita piedra marrón, es de dos plantas y está junto a una pequeña plazuela de suelo empedrado, en la que las mujeres se reúnen a limpiar la almáciga y a bordar.

—¿Tiene patio? Me encantan los jardines.

—Esta casa tiene una preciosa terraza, de paredes blancas y suelo verde oscuro. La frondosa buganvilla morada cubre unas vigas de madera, que nos procuran sombra de manera natural. Me gusta sentarme ahí y contemplar el mar... Mi residencia en La Toscana sí que tiene un espléndido jardín, un viñedo y una piscina, con una cascada preciosa que cae dibujando un precioso arcoíris sobre...

—¿Y qué haces aquí, dándole el desayuno a un viejo, cuando puedes estar contemplando esas maravillas?

—Es un placer conversar con usted, y ya sabe que eso de los placeres es algo a lo que no me puedo resistir —reía ella, haciendo que mi abuelo se mostrase orgulloso como un pavo real que presume de plumaje ante una conquista amorosa.

La ternura de esta mujer, que parecía alegrarlo con aquellas historias, me conquistó a mí un poco más, al ver el agrado con el que trataba a una de las personas que más me importaban en la vida.

Salí a toda prisa y me fui antes de que me viera. Me encantó conocer un poco más de esa chica que, bajo sus curvas sensuales, parecía poseer una fantasía sin límite y una dulzura igual de

inmensa.



Capítulo 15

AFRODITA

De vuelta al trabajo, caí en la cuenta de que no podía permitir que Nissos descubriese que no tenía mi poder, si es que lo veía esa noche en el club. Pasé por delante del bazar chino y entré a buscar el complemento perfecto que haría que mi actuación fuera aún más brillante.

—Quiero cuatro botecitos de purpurina. Uno dorado, para la atracción instantánea; uno rosa; para noches románticas, uno rojo; para momentos de calor y... dame otro celeste.

—¿Y para qué es la brillantina celeste? Digo, ya que me has explicado el significado de los otros colores, sin venir a cuento, qué menos que me digas el de este último tono —pidió el chico sin poder aguantar la risa.

—Esa la uso para mandar al demonio a los cotillas como tú. ¿Te parece explicación suficiente o necesitas que te haga una demostración?

El dependiente se puso serio, y fui yo la que sonrió al ver su boca abierta en forma de o, mirándome atónito.

—Disculpa... —susurró reaccionando para entrar los tubos en una bolsita rosa con corazones.

—Lo haré por el estampado tan chulo de la bolsa que me pusiste. —Le guiñé el ojo y dejé los tres euros sobre el cristal del mostrador.

Pedrín entró en la tienda, sonriente y fanfarrón; vamos, como creo que es él en toda ocasión, nada que me fuese a sorprender a estas alturas.

—Diosa, no se te olvide que nos vemos en el club. A ver si es cierto eso de que te ponen la alfombra roja para entrar, o tenemos que conformarnos con el refresco del menú del bar de los montaditos de enfrente.

—Eres muy gracioso, Pedrín. Me corrijo: te crees muy ingenioso, pero esta noche vas a saber lo que es ser recibido, con trato de celebridad, en lugares exclusivos.

—¿Quién es tu amiga? ¿Está buena? ¿Se parece a ti? —me preguntó echándome una mirada de arriba a abajo sin ningún disimulo.

—La conocerás esta noche. Si te has mirado a un espejo últimamente, humano, tú tampoco eres ningún Mister Mundo, por lo que no veo normal que vayas de exquisito por la vida.

—Tú me odias, ¿verdad? —preguntó con su sonrisa más canalla.

—No te emociones, no despiertas pasiones tan intensas en mí. Nos vemos esta noche, *Pedriiiiito* —lo despedí con mis mejores morritos.

Me puse a recoger, y Julián salió para avisarme de que era hora de irnos. Miré el reloj que había en la pared de la tienda y me di cuenta de que ya eran casi las tres y diez. El tiempo huía raudo cuando tenías ocupaciones en las que emplearte.

Me dio por pensar en la rutina de los humanos, en su vida diaria; todos los días iguales, moviéndose como autómatas apurados por el reloj, y solo con una vida que vivir. ¿Tendrían tiempo de hacer lo que soñaban? A mí nunca me había preocupado el ritmo de la vida, tengo todos los segundos del mundo y jamás se me terminan, es una continua cuenta hacia delante en la que no existe el temor de dejar de existir, porque el amor, el goce y la belleza auténtica nunca mueren.

—Mira a quién tienes ahí. —Señaló Julián hacia la calle.

Airam y su sonrisa, Airam y sus fuertes bíceps, Airam y su pelo negro perfecto. Ese hombre intenso me esperaba apoyado en el lateral de la furgoneta, con la cinturilla de su pantalón sobre la línea de la cadera y la camiseta pegada al cuerpo por el sudor del trabajo. Mi sexo cosquilleaba y mi garganta intentaba hacer acopio del oxígeno que debía meterle a mis pulmones para poder seguir viva. Sin embargo, toda la emoción se me vino abajo cuando recordé cierto artilugio de algodón que tenía en mi interior.

—Te esperaba, preciosa —me saludó sin acercarse cuando salí tras Julián.

—No sé qué responder a eso —admití buscando su mirada.

—«Me alegro de verte», estaría bien. —Una despampanante sonrisa se dibujó en su rostro.

—Supongo que sí, pero soy más de decir que eres un orgasmo total para mi vista. —No pudo reprimir una carcajada, y Julián me miró ruborizado.

—Voy a visitar a mi madre, que vive cerca de la casa de tu jefe. ¿Te vienes conmigo y te dejo allí de paso? —preguntó pasando su dedo por mi brazo.

—¿Me quieres decir que te gustaría pasar un rato a solas conmigo? —susurré acercándome a su oído.

Me ofreció su mano abierta, con la palma hacia arriba. Le di la mía sin pensármelo dos veces.

—Julián, yo acompañaré a Afrodita hasta tu casa.

—Muy bien, id con cuidado —respondió mi jefe, arrancando para marcharse.

Anduvimos unos metros hasta llegar al coche de Airam. Un Seat León negro, del que me abrió la puerta del copiloto para que subiera, al más puro estilo galán de cine.

Me sorprendió la limpieza del vehículo y el orden que mantenía. Todo estaba impecablemente limpio y olía de manera agradable a un suave ambientador floral.

Nos pusimos en marcha, en silencio. Extraño en mí, me conformaba con mirarlo.

—¿Cansada? —me preguntó al fin.

—Seguro que no tanto como tú.

—No te infravalores. Te he estado observando y no paras en todo el día. Es más, hasta sacrificas tu descanso para charlar con los abuelos cuando haces la entrega del pedido.

—¿Me has observado? ¿Eres algún mirón perverso? —bromeé poniendo mi mano sobre su pierna.

—¿Te parezco de esa clase de tíos, Afrodita?

—Me encantaría que lo fueras, pero solo conmigo. Si miras a otras no es divertido.

Se llevó su mano derecha a su cabello y lo revolvió nervioso mirándome de soslayo.

—No sé cómo puedes decir esas cosas sin sentir ningún tipo de pudor —me confesó cabeceando.

—¿Debo ruborizarme por admitir abiertamente que me gustas? Mis mejillas pueden no teñirse de rojo cuando te veo, pero mi cuerpo tiembla de ganas cuando te tengo cerca.

—Si sigues así, paro el coche en el primer desvío, y no deseo que las cosas entre nosotros sucedan así.

Fijó sus ojos en los míos durante un segundo, en el que esa amenaza se tornó la más dulce promesa.

—Me gustaría conocer más cosas de ti —sugerí a modo de invitación para continuar

escuchando su voz.

—Mi madre vive en un barrio de Madrid, yo tengo el piso en la otra punta...

—O sea, que tu casa está lejos de la de mi jefe. Es una lástima, me hubiera gustado hacerte alguna que otra visita inesperada.

—Si me hablas de esa forma no me concentro en la carretera —me advirtió divertido.

—De acuerdo, hablemos entonces de tus exparejas. —Él tosió como si se hubiera atragantado.

—Mejor cuéntame tú algo de las tuyas.

—Pues..., tuve algo con Hades, con Adonis, con Hefesto, con Ares...

—Eso no vale. Las relaciones mitológicas no cuentan, diosa.

—Ah, pues en lo referente a relaciones con humanos, no llevo un registro de encuentros.

—Una manera elegante de no responderme.

—Te acabo de contestar. No sé dónde ves que evadí hacerlo. Tú eres el que evita hablar de sus amores.

—Hasta hace unos meses, estuve con Susana —dijo su nombre sin quitar la vista del frente.

El corazón me ardió y me dieron ganas de llorar. ¿Por qué me hacía tanto daño pensar que él aún pudiera estar enamorado de aquella mujer?

Callé, no pregunté más. Preferí no saber nada para que disminuyera el dolor que sentía.

Por fin llegamos y aparcó el coche en el exterior del portal.

—Has venido muy callada desde que entramos en Madrid.

—No me siento bien, creo que necesito comer algo. De pronto sentí un hueco raro en mi estómago.

—Yo también noté eso cuando tú dejaste de hablarme —susurró tomando mi barbilla entre sus dedos.

—Lo siento —me disculpé con la voz entrecortada.

—¿Me regalas un beso? —me preguntó, en lugar de atreverse a robármelo.

Ese gesto de él me obnubiló aún más, pero las tres sílabas del nombre de aquella mortal fueron como tres balas que me hubieran disparado directamente al pecho.

—Gracias por traerme, nos vemos esta noche.

Abrí la puerta del vehículo y salí a toda prisa, con un nudo en la garganta y mi atracción por él marcada por unos punzantes puntos suspensivos.



Capítulo 16

ZEUS

Estaba en la oficina del hotel y me dio por pensar en cómo le estaría yendo a Afrodita. Pasé mi mano sobre una carpeta marrón que tenía encima de la mesa, y se me abrió la ventana que me permitía observarla.

Se quejaba de que la raya del ojo que le había hecho Celia, no era lo bastante simétrica.

—Esta está perfecta. En cambio, la otra te salió como si me la hubieras hecho después de tomarte media docena de combinados.

—¡Eres desesperante, tía! Son iguales, si te miras bien... Un momento, tú tienes los ojos como si hubieses llorado. ¿Te pasó algo? —preguntó preocupada la mortal.

—¿Yo? Las Diosas no lloramos, y menos por temas amorosos.

—Así que fue por eso... ¿Quién es el capullo que te hizo sentir así?

—¿Capullo? El que es capaz de conquistarme, es un afortunado y no eso que dijiste.

—¿En tu familia todos sois tan repulidos? Algunas veces habláis de una manera que parecéis sacados de alguna novela de varios siglos atrás.

—¿Repulidos? ¿Eso es alguna subespecie de criatura mitológica? Somos Dioses, por si aún no te diste cuenta.

—Sí, sí, el rollo de los nombres. Anda, ponte ante el espejo de nuevo, que voy a echarle un poco de agua micelar en este algodoncito y voy a intentar hacerte el delineado de nuevo.

—Al fin recobras la sensatez y admites que no es armónico...

—Si me sigues jodiendo, me voy y te pintas tú.

Afrodita cerró los ojos y Celia se esmeraba en la línea que trazaba en negro.

—¿Quién es el suertudo? Cambiaste el tema y no me respondiste.

—No te entiendo...

—Joder, el que dijiste antes que no era un capullo, que era afortunado porque tú te habías fijado en él.

—No creo que sea un asunto de tu incumbencia, humana.

No pude reprimir la carcajada que se me escapó con la impertinencia que soltó la Diosa. Celia la miraba incrédula, con el lápiz en la mano y cogiendo aire para no mandarla a la mierda, como merecía.

—Estábamos siendo amigas, ¿o era solo una sensación mía?

—Yo no soy dueña de tus sensaciones, tú sabrás lo que piensas. Termina de perfilar y guarda silencio; interfieres en mi proyección mental de lo que sucederá esta noche.

—¿Tú fumas algo raro? —le reprochó perdiendo la paciencia.

—Depende. ¿Qué me ofreces?

—¡Por Dios! Ya es suficiente. Termina de vestirte, que voy a prepararme y nos vamos.

Celia cogió su ropa y se marchó al aseo. La sonrisa que lucía Afrodita, enamoraba al espejo.

La imagen se desvaneció y me decidí a bajar para encontrarme con ella en el Hedonistic. Lo reconozco, me va la marcha, y el aburrimiento hace que lleve a cabo acciones estúpidas.

Sonaron un par de golpecitos en la puerta y Atenea abrió, asomándose sin atreverse a pasar.

—Hola, hija —la saludé con agrado.

—¿Ocupado? —Entró y se sentó en uno de los sillones que tenía frente a mi mesa.

—En un rato me voy a Madrid. Tengo un tema de interés que debo controlar allí.

—¿Ese asunto tan importante tiene nombre de mujer?

—¿Por qué me preguntas eso? Creo que no te hace bien la amistad que mantienes con Hera.

—Sé bien quién es Hera. No te preocupes por eso, porque no me va a engatusar con cuatro palabras.

—Me alegra que lo tengas tan claro. Aunque déjame decirte que ningún habitante del Olimpo es un ser impoluto. Todos tenemos lo nuestro.

Y esa última frase resonó en mi mente, haciéndome pensar en la humanidad. Como Hades solía decirme, eran el reflejo de la personalidad y del carácter de los distintos dioses. Existían seres humanos sabios, malvados, generosos, vanidosos, entregados, amorosos, apasionados... Aunque si me detenía a ahondar en lo filosófico del tema, cada mortal era una mezcla inaudita de nuestras mejores cualidades y nuestros peores defectos. No debía ser nada fácil convivir con esa carga explosiva dentro de unos cuerpos frágiles, que, además de soportar todo aquello, sufrían de múltiples dolencias. En ese instante, iluminado por la sabiduría que me aportaba la presencia de mi hija, admiré a Afrodita como nunca lo había hecho. Ella llevaba una semana experimentando todas esas sensaciones, cosa que yo no sabía si sería capaz de hacer ni un solo día.

El amor, al igual que Afrodita, es resiliencia, crecimiento y arrojo. Es el sentimiento en el que la Diosa nos entrega su fortaleza. El amor nos hace ser, a ojos de quien nos ama, unos perfectos y feroces gladiadores, capaces de enfrentar cualquier batalla que nos presente la vida.

AIRAM

Mi madre se empeñaba en que pasara por su casa los sábados. Así, después de almorzar juntos, me hacía irme cargado con recipientes de comida para el resto de la semana. Siempre le regañaba, hasta que entendí que ella disfrutaba con eso, porque lo consideraba un gusto, no una obligación. Era feliz entregándome aquello que podía darme y, a pesar de que yo mismo podía cocinarme mis propias lentejas estofadas, recibía encantado el cariño que ella cocinaba a fuego lento y me entregaba en sus fiambreras. Tras darme una ducha y cambiarme con la ropa que llevaba en mi bolsa de deporte, me senté a la mesa con un hambre voraz.

—¿Qué te pasa, tesoro? —preguntó al traerme el plato con los filetes con patatas que había preparado.

—Nada, solo es que le estoy dando vueltas a algo, y no le encuentro explicación.

—A saber qué es lo que te traes entre manos...

—Estoy pensando en el motivo de por qué me esperas para comer. A estas horas, la comida te sirve casi de cena. No tienes que hacer tiempo, come tú cuando te apetezca.

—Te espero porque me encanta tenerte sentado a mi mesa, Airam. Eres mi único hijo. No creerás que para un día a la semana que me visitas, voy a comer sola pudiendo compartirla contigo. Pero, además de eso, creo que tienes algo produciendo un evidente runrún por tu cabeza.

—Cosas del trabajo...

—¿Aún tienes en la mente a Susana? —me preguntó torciendo el gesto mientras tomaba un sorbo de consomé de su tazón blanco favorito.

—No, mami. Sabes que lo de esa mujer ya es agua pasada. Cuéntame tú qué tal te fue esta semana en la oficina, anda.

—De pequeño, me llamabas mami cuando estabas malito. ¿De verdad que tu exnovia no tiene nada que ver?

—No, de hecho, esta noche quedé en salir con Afrodita. Es una chica inteligente, trabajadora, ingeniosa...

—¿Tanto piropeo viene a resumir que te trae loco? —rio entusiasmada.

—Eso sí, porque no sé qué le pasa. Hay veces que parece que le gusto, pero otras... ¡Mierda! Fue tras nombrar a mi ex. Fue eso. No era por mí, ¡es que se puso celosa! —Alumbró esa idea mi mente, haciendo que me decidiera a hablar esa noche con ella para contarle lo sucedido con Susana.

No puedo estar más orgulloso de ser hijo de quien soy. Mi madre, Estela, es la mujer más valiente, luchadora y amorosa que conozco. Al fallecer mi padre, más bien, al rendirse, tras la crisis más fuerte por la que pasó la constructora, ella se hizo cargo de todo. Se empeñó en que finalizase la carrera, aguantó mis tonterías de adulto recién estrenado y mis fracasos amorosos, sin que en su gesto apareciese ningún rastro de cansancio o amargura. Mi madre continuó con su trabajo en las oficinas de la empresa, llevando el área de proveedores con mano firme, a la vez que me obsequiaba los más tiernos abrazos, que jamás me hizo falta pedirle, porque ella me los ofrecía generosamente.

—Coge el café y ve poniendo la novela esa que te gusta, que me tienes que contar qué pasó con aquella chica que decía que estaba embarazada del tío que heredaría la mansión —pedí con ganas de estar con ella un ratito.

Terminé de fregar los platos y de recoger la cocina mientras ella me esperaba para compartir nuestro momento de sofá ante la televisión.

Me tendí a su lado y coloqué la cabeza sobre mi cojín preferido, estampado de amapolas, que ella colocó sobre sus piernas para que estuviera más cómodo. Me acariciaba el pelo, a la vez que me iba hablando de la serie.

—Verás, Airam. Esa mujer dice que el niño es del abogado, pero creo que, en realidad, es del chico de la pizzería. El que hace de médico, es aquel actor que rodó la película mexicana que vimos en el cine el año pasado. ¿Recuerdas, amor? Fue cuando estuvimos en el centro comercial cuando te ibas a ir de vacaciones y...

Su voz sonaba cada vez más lejos, y en mi mente apareció la mirada azul de Afrodita antes de rendirme, exhausto, al sueño.

Desperté sobresaltado, ya que me pareció que todo estaba demasiado en silencio. Apenas entraba luz solar por el ventanal del salón y la televisión estaba apagada. Me levanté con la espalda adolorida por haber dormido en la misma posición y fui a la cocina.

—¿Mamá? —la llamé sin obtener más respuesta que una nota bajo el imán del Acueducto de Segovia que adornaba la puerta de la nevera, y que se había traído de su última escapada con su grupo de amigas.

Saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón del chándal y tecleé su número de carrerilla.

—¡Hola, dormilón! —respondió con vocecilla contenta.

—¿Te fuiste de cena y me dejaste aquí dormido?

—Hoy jugamos al bingo en el chalet de Trini. Si quieres pasarte por aquí...

—¿Me notas tan desesperado como para ir a la casa de tu amiga a echar una partida de bingo un sábado por la noche? —Cabeceé, sacando la botella de batido de yogur de coco y piña para servirme un poco en un vaso.

—Pues tú te lo pierdes. Ya canté tres líneas y un bingo. No se te olvide llevarte la comida que te preparé. La tienes en las dos rejillas de la parte baja y...

—¿Vas mañana a ver al abuelo? —la interrumpí con intención de marcharme cuanto antes para volverme a mi casa y arreglarme.

—Iré el martes. Saldré antes y pasaré la tarde con él.

—Nos vemos el sábado...

—¿Por qué no pasas por las oficinas una tarde de estas y tomamos algo?

—Sabes que no quiero tener nada que ver con esa parte del negocio —le recordé poniéndome de bastante mal humor por el rumbo de la conversación.

—Pues deberías, también es tuyo y es parte de lo que eres.

Cogí el bolso que dejé en el pasillo y la bolsa con los recipientes, y salí a toda prisa, al ver que apenas tenía un par de horas y aún debía sortear el tráfico para llegar a casa.

—Te dejo, voy a coger el coche, mamá.

—Airam, en cuanto a lo de la constructora...

—Te pido, por favor, que no me insistas. Sabes lo que hay y te pedí que lo respetaras.

—Lo respeto, pero no me rendiré y lo sabes, hijo.



Capítulo 17

AFRODITA

Llegamos unos minutos más tarde de las once, al local de Nissos. Los chicos estaban en la cola de la entrada, y Celia y yo nos acercamos a ellos. Hice las presentaciones pertinentes, no sin antes dejarle un recadito a la mortal con la que me había visto obligada a compartir habitación, pero con la que no estaba dispuesta a compartir a mi humano.

—Airam es mío, espero que no detengas tu vista sobre el mortal que no debes.

—¡Joder! Parece que no me conoces. No hace falta que me digas eso, ya me hablaste de él durante todo el trayecto...

—Por eso mismo, Celia, porque nos conocemos.

Si hay algo que no deseaba, era discutir con ella por un hombre, más en concreto, por este. Hace milenios que no reclamaba a un humano... Me sobresaltó escucharme a mí misma marcar mi posición de una manera tan evidente. El amor es amar, con independencia de ser correspondido. No es posesión, aunque, por una fracción de segundo, pareció faltarme el aliento al pensar en él cogido de la mano de otra.

Con todo el numerito, no me había parado a disfrutar de la imagen sexi del hombre que tenía delante. Vestía de forma elegante, con pantalón negro y camisa gris oscuro. Sus ojos recorrían mi cuerpo, provocando que se relamiera de deseo, y se me acercó a darme un par de besos, rodeándome la cintura, mientras su mano, sin disimulo, se posaba en la parte alta de mi culo.

—Eres preciosa —susurró al darme el segundo beso en la mejilla.

—¿Cumplido de humano para llevar a la mujer a la cama?

—No creo que tú seas el tipo de Diosa que se rinde ante un simple halago.

—Ante esa frase sí que podría caer rendida, y más, si la acompañas con un beso.

—Esta mañana te pedí que me regalaras uno, y no quisiste. No voy a insistir de nuevo. —Me soltó de su abrazo y se alejó un paso de mí, produciéndome un desagradable sentimiento de frío.

En un impulso, cogí su mano y la llevé de nuevo sobre mi cadera, pegándome a él.

—Ahora soy yo quien te lo pide. ¿Me regalas un beso, Airam? —rogué con un extraño nudo en el estómago.

Llevó sus dedos a mi barbilla, que acarició con su pulgar, y posó sus labios sobre los míos, de manera breve pero dulce.

—¡Eh!, ¡Romeo, Julieta! Por si no os habéis dado cuenta, estamos en mitad de una cola de más de cien personas. ¿No eras tú la enchufada que nos iba a colar? Ya me veo de cañas en lo de los montaditos...

Airam soltó una carcajada ante la interrupción de Pedrín.

—Aún estamos a tiempo de irnos tú y yo a cenar a donde sea y dejar a estos dos aquí —me dijo al oído, provocando que mi piel se erizase a causa de su voz grave y su cercanía.

—Entremos.

Caminé junto a Celia, por delante de ellos dos, y me dirigí directamente hacia los porteros.

—Ellos vienen conmigo. —Chasqueé los dedos sin mirarlos, y pasé por el medio de los dos, que se apartaron sin mediar palabra.

—¡No jodas! ¿Cómo has hecho eso? —preguntó Pedrín una vez que estuvimos en el interior y nos dirigíamos hacia la barra.

—Es cuestión de actitud...

—Ya ves. El lunes, cuando os pida que me subáis el material, os haré lo mismo, a ver si funciona —bromeaba Airam palmeando la espalda de su compañero.

AIRAM

Sin palabras, así me quedé cuando vi bajar a Afrodita del taxi. Con un vestido rojo, de pequeñas lantejuelas brillantes que se ajustaba a su cuerpo, realzándolo de una forma que

volvería loco al más sensato, y su cabello ondulado, largo hasta casi rozarle la cintura. Ahí llevé mi mano de manera instantánea, sin pensar. Necesitaba comprobar que la visión de aquella mujer era algo real. Que sus formas eran piel tibia y sangre, que se calentaba por mi cercanía, al igual que lo hacía la mía cuando pensaba en ella.

Celia bailaba con mi compañero de lo más animada, sin embargo, hacía más de una hora que habíamos llegado, me había tomado un par de copas, y Afrodita estaba desaparecida entre la gente. Fui al aseo de la planta superior, ya que había gente esperando en el general, y la escuché hablando con alguien a quien parecía conocer bien. Me quedé tras la esquina, necesitaba saber qué tipo de relación tenía con ese hombre.

—Me dijeron que llegaste acompañada... Llevo días sin verte por los clubes.

—¡Oh!, no me digas que me echaste de menos —respondía ella en un tono extraño de superioridad.

—Sabes que siempre agradezco que Eros y tú estéis por ahí. De eso se trata lo nuestro, ¿no?

—Ahora tengo otro asunto entre manos. Estos días, deberá bastarte con Eros.

—¿Es por la gente con la que llegaste?

De pronto, no sé de dónde, apareció otro hombre de altura similar al primero, aunque con pinta de macarra.

—¿Con qué humanos te codeas? Preséntamelos, Diosa —decía el nuevo de manera insinuante acercándose a ella más de lo que me gustaría.

—No creo que sea algo que te interese, Ares. Más bien, preocúpate por la mujer en la que pusiste tus ojos durante la boda del amigo de Coral. Pareció interesarte bastante, y presiento que hay otro que te está sacando ventaja.

—¿De quién hablas? —se le encaró sujetándola del brazo.

—De tu padre. Suéltame, o yo misma iré a hacerle una visita y usaré mi magia para que él tenga lo que tú deseas. ¡Que me sueltes, Ares...! —le exigía mirándolo sin inmutarse.

—¡Ahora dirás que te hago daño! —rio él de una manera que logró ponerme enfermo.

Salí de allí y me dirigí sin pensármelo hacia ellos.

—¡Te está diciendo que la sueltes, imbécil! —grité furioso.

—Airam, por favor, vuelve abajo. Esto no es asunto tuyo —respondió ella colocándose entre los dos.

—Claro que eres asunto mío. ¡Viniste conmigo! No voy a permitir que este...

Debieron ser los nervios por la situación, pero juraría que, aunque aquel tipo no llegó a

tocarme, mi cuerpo acabó chocando contra la pared del exterior de los aseos, de alguna forma que no entiendo aún.

Traté de levantarme del suelo, ya que lo tenía de nuevo delante, cuando otro tío, rubio y vestido completamente de blanco, apareció en la entrada del pasillo. La mirada de odio que le dirigió, me hizo temer que fuese a por él de la misma forma que había hecho él conmigo.

—¿Disfrutas jodiéndome la diversión? —preguntó apretando los dientes.

—Hablares después, no creas que voy a olvidar lo que acabo de ver. ¡Márchate! —ordenó, y vino a tenderme su mano para que pudiera ponerme en pie.

Me incorporé, y ya no sentía el dolor que me había provocado el choque. Afrodita corrió hacia mí, mirándome como si fuese la primera vez que me veía.

—Tú... has sido capaz de enfrentarte a Ares por defenderme.

—No sé qué te traes con todos estos, pero jamás consentiré que nadie te dañe.

Tomé su brazo y busqué donde ese tipo la había sujetado, hallando las marcas rojas que había dejado su agarre sobre su piel fina y clara.

—¡Hijo de puta! —grité furioso abrazándola.

—No te pongas así, él creía que no me hacía daño. De verdad, no pienses mal de él porque...

La solté como si quemase y la miré incrédulo mientras el corazón se me ponía a mil.

—¿De verdad vas a venir ahora a defenderlo? ¿En serio?

—No, no es eso, pero no quiero que pienses lo que no es —seguía ella, con un argumento que no hacía más que encenderme más a cada palabra que pronunciaba.

—Tú decides. Te vienes conmigo o te quedas aquí con estos. —Señalé a los dos que nos observaban en silencio.

—Lo siento, Airam. Yo... —No le di la oportunidad de terminar la frase.

Bajé la escalera a toda velocidad y atravesé las pistas de baile, marchándome de aquel lugar sin poder creer lo que acababa de suceder.



Capítulo 18

ZEUS

—Entra en la oficina, por favor, Afrodita —le pedí, con el mayor tacto que pude, al verla cabizbaja.

Nissos se dispuso a entrar delante de nosotros.

—Tú vete a controlar cómo marchan tus negocios. Esto será una conversación privada.

Al fin solos. Me senté en el sofá de cuero negro que tenía de rincón, y le ofrecí a la Diosa que ocupara un lugar a mi lado.

—Estoy bien así —respondió sin mirarme.

—Vi lo que sucedió con el mortal.

—Airam, se llama Airam —me enfrentó orgullosa.

—Sé cómo se llama. Lo conozco mejor que tú. Sé muchas cosas de él que tú ignoras. ¿Quieres que te hable de sus secretos? —la pinché divertido.

—No. Deseo irlos descubriendo por mí misma.

—Por si no te diste cuenta, se fue de aquí humillado, y no por Ares, sino por ti. Elegiste quedarte, en lugar de ir con él. Supongo que no te gusta tanto como dices.

—Me quedé para exigirte que borres de su mente lo sucedido. ¡Tú sabes cómo hacer esas

cosas!

—¿Me exiges? ¿Tú? —no pude evitar reírme viéndola cruzarse de brazos, furiosa.

—Me las pagarás. En cuanto recupere mi poder, me las pagarás, ya lo creo —me amenazó ofendida.

—Estas errando el objetivo de tu ira. Fue Ares el que te hizo daño. Por suerte, Airam estaba allí, de lo contrario, te hubiera roto el brazo. Hiciste mal en sacar la cara por él después de eso. Jamás, seas Diosa o humana, debes consentir que nadie te trate así. Sé que él no sabía que te estaba lastimando, y que, cuando se entere de tu situación, lo tendrás postrado a tus pies...

—Entre Ares y yo no hay nada desde hace mucho.

—Sin embargo, te lo repito: dejaste ir al mortal.

De los ojos de la diosa comenzaron a bajar lágrimas celestes. La vi tan frágil, que me molestó, porque prefería mil veces que estuviera planeando revanchas y desafiándome.

—¡Qué fugaz es la dicha cuando son tantas las ganas! —exclamó sentándose en la otra punta del sofá, alejada de mí.

Me transporté hacia un bar cercano, en el que estaba el “niño mimado” de la Diosa, con tres vasos vacíos frente a él en la barra.

—Airam, mírame —le pedí poniéndome a su lado.

—Tú eres... eres... —Intentó levantarse.

—Soy Zeus. Afrodita es de mi familia.

—¿Es tu novia? —preguntó ofuscado por los efectos del whisky.

—¡Ni Eros lo quiera! Es algo así como mi sobrina.

—Escucha. —Se llevó el dedo índice a su oreja— Lo que dice esta canción es lo que siento cuando estoy cerca de ella.

¡Mierda! Me estaban dando la noche estos dos, y eso que yo había bajado buscando un poco de meneo. Si llego a saber que iba a tenerlo de este tipo, me quedo en Sídney.

—¿Te gusta mi sobrina?

—Tengo que olvidarme de ella. Fui un gilipollas al intentar ayudarla para que luego pasara de mí.

—No fue así. A ella le gustas, se quedó para contármelo.

—Shhh, calla. Presta atención a la que está comenzando —guardó silencio durante más de un minuto en el que su mirada naufragó en el resto del licor de su copa.

—Una letra muy intensa —admití.

—Efectivamente. Una letra que yo no deseo protagonizar. Ya lo pasé mal amor, un par de veces, y no volverá a suceder.

Se levantó, pagó sus consumiciones y salió del lugar, dejándome más perdido de lo que estaba cuando entré por aquella puerta.

Me dirigí al baño y me transporté hasta el hotel. Al llegar, me encontré a Coral, que había entrado en mi oficina para dejar unas carpetas con documentación que debía firmar.

—¿Quién se murió? —soltó al verme.

—Yo. Estoy muerto de pereza, de cansancio y de aburrimiento por tener que aguantar a ciertos seres del Planeta Culebrón.

—Pues yo te veo vivo y coleando.

—Te haré un resumen de la situación y quiero una propuesta para solucionar el tema de manera rápida.

Le conté lo del supuesto castigo a Afrodita, que se encontraba sin sus dones, lo sucedido esa noche con Ares y lo que estaba pasando entre ella y Airam.

—¿Y tú esperas que yo te busque una solución a eso? El problema es tuyo, me piro. —Se levantó de la silla que ocupaba frente a mí.

—¿Tú eres la de las ideas brillantes? *Pufff*, me has decepcionado, Coral —respondí sin pensar.

—Yo creía que eras el Dios que puede jugar con los tiempos, el todopoderoso Zeus.

—¡Lo soy! —grité sin entender qué pretendía.

—Si tuvieras el poder que dices tener, harías que el tiempo regresara al momento de la cita, dejando a buen recaudo a Ares, eso sí. Les daría la oportunidad de pasar una noche inolvidable, y no la porquería que vivieron, pero... ¡*Bah!*, tú no eres capaz de hacer eso.

—¿Me estás retando? —Su juego me motivaba.

—¿Tienes lo que hay que tener? —preguntó desde la puerta, antes de salir.

—¿Qué se supone que debo tener?

—Un corazón justo, cuñado. —Me lanzó un beso envenenado y se marchó.

Sabía cómo picarme, y lo peor de todo es que yo me dejaba llevar.

Regresé de vuelta al Hedonistic y me encontré con la Diosa, que reía entusiasmada a causa de las copas que estaba compartiendo con Celia.

Las dos hablaban, y pasaban de la carcajada al llanto en apenas segundos. Esperé, procurando

que no me vieran, y las vi marcharse juntas y abrazadas. Esto sí que era divertido: la primera borrachera de Afrodita.

Estaban siendo tantas primeras veces para ella, que era normal que le costara gestionarlo.

Subieron a un taxi, y las esperé en la esquina del portal en el que vivían. Sonreí al verla, con el cabello alborotado y las sandalias en la mano, quejándose del dolor de pies.

Me di cuenta entonces de que no podía borrarle esa noche cómplice con Celia, ni su primera resaca, ni el dolor provocado por sus tacones de vértigo. A pesar de lo sucedido con el mortal, esa noche estaba siendo toda una experiencia para la Diosa.

—Buscaré a Airam, lo encontraré y lo haré subir al Olimpo —gritó Afrodita antes de entrar.

Celia reía ebria, y ambas se perdieron tras la puerta de cristales y rejas azules.

Regresé al hotel y me fui directo al despacho de Coral, que se preparaba para asistir a una junta.

—No te escuché llamar. —Alzó la vista de los papeles.

—Eso es porque no llamé. Sí, lo sé y lo siento. Es que tengo la solución para lo de Afrodita.

—¿Qué harás? —Se levantó curiosa.

—Nada. —Entré mis manos en los bolsillos de mi pantalón blanco, rebosando seguridad en mí mismo y en la decisión que tomé.

—¿Cómo?

—Nada de nada. Eso es lo que haré. La Diosa me demostrará de qué pasta está hecha. No pienso intervenir en esta ocasión.

—Me parece bien si crees que ella puede salir airosa de esto. Por cierto, ¿has vuelto a ver a la chica de la que me hablaste?

Me tapé los oídos y me di la vuelta para salir.

—No te escucho, Diosa, no te escucho. —Me fui canturreando para no tener que abordar el tema.

—¡Cobardica! —alzó la voz.

Yo procurando olvidarla, y los demás se empeñaban en hacérmelo imposible.

El sabor de la boca de Selene acudió a la mía, invocado por la pregunta de Coral.

Selene...



Capítulo 19

AFRODITA

Me desperté sobresaltada, convencida de que llegaba tarde a trabajar, y me levanté atropellando a Celia, que dormía en la otra cama junto a la mía.

—¡Por Dios! ¿Se puede saber a dónde coño vas corriendo un domingo por la mañana? —gruñó malhumorada abriendo un ojo.

—Oh, vaya. Es domingo. —Me senté a su lado masajeándome la sien.

—¿Es posible que las cabezas exploten? Porque siento algo muy parecido a eso.

—Es lo que tiene hartarte de cócteles. Ahora, te jodes —espetó dándose la vuelta hacia el otro costado.

—¿Qué me das para que esto se me pase? —pedí de malas maneras.

—Ve a desayunar y le pides a mi madre un ibuprofeno, a mí me funciona.

¿Así que esto es lo que sienten los humanos tras ingerir alcohol? Entonces son más estúpidos de lo que pensaba. La subida es agradable, pero la caída es espantosa. ¿Cómo pueden soportar esto?

Estaba conversando con Blanca en la cocina, que me contaba batallitas de los años ochenta como si yo no hubiera vivido aquella época, y recordé que le había dicho a Alfonso que pasaría a verlo para salir al jardín a pasear y compartir unos helados. ¡Casi me olvido!

Me vestí con un mono corto y fresco, que le había cogido a Celia, y unas sandalias simples sin tacón, y salí a toda prisa, aunque no tardé ni cinco segundos en volver a subir la escalera.

—¿Cómo llego al pueblo? —le pregunté a Julián, que salía del baño con el periódico en la mano.

—Venga, anda. Te acerco. Tengo que hacer cosas en la tienda y ya te explico cómo regresar, por si tardas y no estoy cuando termines.

—Pensé que eso de que los mortales soléis llevaros cosas para leer en el váter, era un mito. ¡No dejáis de sorprenderme! —confesé yendo hacia la puerta, emocionada porque fuese a llevarme hasta la residencia.

Al llegar, busqué a Alfonso en el comedor, pero me dijeron que se encontraba en su cuarto, que había amanecido un tanto desganado. No lo pensé dos veces y fui a su dormitorio para poder verlo.

AIRAM

Como cada domingo, me fui a pasar un rato con mi abuelo a la residencia. La mañana estaba templada, y podríamos pasear por los jardines y sentarnos fuera a leer y a charlar, hasta la hora de comer.

Le estaba ayudando a anudarse los zapatos, cuando una voz que conocía perfectamente lo llamó desde la puerta que permanecía entreabierta.

—¡Arquitecto! Me han dicho que no se siente bien.

Levanté la cabeza y miré hacia ella. Afrodita nos contempló confundida.

—Ahora sí que estoy mucho mejor. Pasa, Diosa —la saludó mi abuelo pareciendo haberse quitado veinte años de encima.

—Lo siento, no quiero molestar —se disculpó sin atreverse a poner un pie dentro del cuarto.

—Ven, que te voy a presentar a mi nieto Airam.

—¿Su nieto? —pareció sentirse incómoda.

—Abuelo, yo ya conozco a Afrodita. Es la chica que trabaja en la tienda que hay frente a la obra en la avenida —respondí dándole la espalda.

—¡Qué buen domingo me vais a regalar! ¿Salimos a dar un paseo al jardín? —preguntó mi abuelo cogiendo su bastón.

—Yo... —intentó Afrodita darle una excusa para marcharse.

—Dame tu mano, Diosa, permíteme presumir de tu compañía —sonrió él agarrándose a su brazo.

Esa mañana caminó más de lo habitual para presumir de resistencia ante Afrodita, a la que no paraba de hablarle como si fuese una divinidad. Me hacía gracia el orgullo que la expresión de ella reflejaba cada vez que lo escuchaba.

Nos tomamos un refresco en la terraza y, cuando me vine a dar cuenta, ya era la hora en la que debía entrar al comedor.

—Arquitecto, ¿me permite acompañarlo en la comida? —se ofreció ella pareciendo estar encantada.

—Puedes hacer algo mejor por mí: invita a mi nieto a tomar algo por ahí. Sé cuándo la gente tiene conversaciones pendientes y lo estoy notando a leguas entre vosotros. Eso sí, mañana te espero para desayunar como de costumbre. Sabes que estoy feliz de pasar tiempo a tu lado.

Tomó con delicadeza sus dedos finos y dejó un beso sobre sus nudillos.

La auxiliar lo acompañó hasta su mesa, y salí de allí con Afrodita siguiendo mis pasos, hasta que me detuve junto a la puerta de mi coche, que estaba aparcado en la entrada.

—Airam, no sabía que Alfonso era tu abuelo...

—No quiero que vuelvas a verlo —respondí indignado.

—¡Tú no decides eso! Él es el único que puede pedirme tal cosa. —Se acercó a mí respondiéndome con soberbia.

—¿Ves? Si tienes carácter... ¿Por qué no lo sacaste anoche para hacerle frente a aquel imbécil que te hablaba de esa manera? No lo entiendo, te lo digo de verdad.

—Lo siento. —Bajó la cabeza con una tristeza que sentía demasiado real.

—¿Qué sientes? —me acerqué a ella y acaricié su brazo, deseando borrar a caricias los dos pequeños morados que tenía.

—No quise que te sintieras mal, y no puedo hacer que el reloj retroceda hasta ese momento en el que lo que más deseaba era irme contigo.

—El tiempo no puede volver atrás, pero yo estoy aquí. —Me acerqué a ella buscando su

abrazo— ¿Vienes a comer conmigo? Aquí cerca hay un bar que tiene unos menús de pescado...

Sin darme tiempo a terminar la frase, Afrodita sonrió y me silenció con un largo y cálido beso.

—¿Y esto? —pregunté divertido.

—En otras circunstancias, pasaría del plato principal e iría directa al postre, pero es que estoy con esto de la regla y no sé lo que me durará.

Solté una carcajada por su manera de decir las cosas, sin filtro. Cogí su cara entre mis manos y le susurré al oído:

—Tú avísame cuando eso pase y te daré ración doble.

Le dejé un beso leve en los labios y fui a abrirle la puerta para que subiera al auto.

—Eres todo un caballero como tu abuelo, Airam. — Sonrió.

—Yo también soy el arquitecto Caballero. Nos parecemos en más cosas de las que se aprecian a simple vista.

—¿Qué dijiste?

—Tú guardas tus secretos, y yo los míos. Nos los iremos intercambiando, ¿te parece? —ofrecí saliendo hacía el bar.

—Quiero intercambiar más cosas contigo aparte de los secretos. —Me hizo un guiño de manera simpática.



Capítulo 20

AFRODITA

—¡Baja de la nube, que no eres Goku! —Chasqueó Celia sus dedos ante mi cara.

—¿Nube? *Ufff...* Para nubes bonitas, las del Olimpo. Deberías ver el color dorado intenso que adquiere todo cuando a Zeus le salen bien los planes.

—¿No notas ninguna mejoría en lo referente al accidente que tuviste? —preguntó mirándome como a un bicho raro que debería estar en un museo.

—Estoy perfectamente bien. Reconozco que me costó al principio, pero me quedan menos de tres semanas aquí y estoy decidida a no suplicar que me devuelvan antes mis dones.

La mortal puso su mano sobre mi frente.

—No, fiebre no tienes. No sé, me confundes. Estuve hablando con Coral esta mañana y le conté que estabas aquí.

—Coral y sus ínfulas olímpicas, cuando lleva ahí dos días. —Me levanté del borde de la cama para mirarme al espejo.

—Estás equivocada con ella, es la tía más sencilla que he conocido...

—Aparte de mí, ¿cierto?

—¿Tú, sencilla? Si tienes un halo de diva que no pierdes ni estando en pijama... O sí. Cuando

estás cerca de Airam, te transformas en una gominola blandita y dulce.

—Al menos están ricas. Tú, en cambio, pareces un colín de esos que hace tu padre para la gente que está a dieta: soso y seco.

El fuego de la batalla dialéctica se extinguió de las pupilas de la rubia, que se levantó para buscar su esmalte de uñas rojo cereza en el cajón del tocador.

—No siempre fui así —susurró.

Salió hacia la sala. En el piso solamente estábamos nosotras, ya que sus padres habían ido a un baile en un local cultural del barrio.

—¿Quieres contármelo? Te advierto de que no tengo paciencia para insistir, así que si no quieres hablar del tema, me levanto y ahí te quedas.

—¡Siéntate, joder! —Me tiró del brazo para que no me fuese.

—Te escucho...

—Esto se te da mal. No sueles hacerlo a menudo, ¿verdad?

—Estoy de prácticas contigo, tómalo así. No todos los días uno tiene a una Diosa dispuesta a brindarle consejo.

—¿Me arrodivillo y te adoro? —ofreció con un tonito que no me gustó.

—No hace falta, hay confianza. Así estamos bien. Anda, cuéntame eso tan importante que causó el supuesto gran cambio. —Puse mi mano en su rodilla para animarla a hablar.

—A veces, no sé lo que quiero, no sé lo que espero de la vida. Pensé que sentía algo por Jaime, sin embargo, no me importó que se quedase con Álex. Creo que no sé lo que es el amor. Sí la atracción, pero no ese amor de película. Adelante, ya puedes reírte.

—Lo que me estás contando no tiene nada que ver con una comedia —le aseguré.

—Siempre he sentido una gran inseguridad por mi físico. Mi primer amor del instituto llegó a insultarme por mi peso, delante de sus amigos, y lo más triste de todo, es que creo que es al único al que he querido. Después de aquello, me propuse que nadie más me dañaría. —Una lágrima escapó de sus ojos para caer en la tela de su pantalón del pijama rosa de corazones.

—Aquella adolescente ya no existe. Además, eres una mujer preciosa. ¿Crees que alguien como él merece que tú te cierres al amor solo por el dolor que te produjo la herida que te causó? Las historias no tienen por qué repetirse, y si lo hiciera, estoy segura de que sabrías cómo poner en su sitio al mortal que fuera. Te noté bastante receptiva con Pedrín la otra noche...

—Es simpático —admitió con media sonrisa.

—No entiendo el amor sin humor. No es mal chico, y te miraba deslumbrado. No te digo que derribes de pronto la muralla que te protege, pero atrévete a asomarte al exterior para descubrir

las sorpresas que puede depararte el destino. Vivir con miedo no es vivir, al igual que no lo es vivir sin amar, comenzando por amarte a ti misma, Celia.

—¡Gracias! —Se acercó a mí para regalarme un abrazo.

—Bueno, bueno, tampoco es para tanto. Pon la película esa que me dijiste, que, a este paso, llegará la madrugada y no habrá terminado.

Su móvil vibró sobre la mesa y descolgó intrigada:

—¿Sí? Hola... Claro, ahora te la paso. —Me ofreció el teléfono—. Tu Romeo.

Lo cogí y me fui a la cocina para poder atender la llamada con calma.

—¿Hola?

—¡Hola, Julieta! Le pedí a Pedrín el número de Celia para poder hablar contigo, ya que me dijiste que habías perdido tu móvil —saludó Airam de buen humor, y yo me derretí como la mantequilla sobre las palomitas que la humana entrometida vino a poner en el microondas.

—Aquí la tengo, cotilleando la conversación. Creo que desea escuchar el momento en el que te diga que yo también pensaba en ti.

—Aún no te dije que yo lo estuviese haciendo.

—Si me llamas es porque pensabas en mí, a ver si ahora vas a venir a dártelas de hombre duro. Escuché su risa al otro lado y sonreí boba, aunque no lo estuviera viendo.

—Pensaba en ti, Afrodita, y deseo que la noche pase rápidamente para verte llegar a la tienda mañana.

—¡Romeo está pillado! —bromeó Celia a voces para que él la oyera.

—Como ves, tengo a un molesto chinche picoteando por aquí.

—Pues dile al chinche, que cuando esté en pleno momento pasteloso con Pedrín, les haremos lo mismo.

—¿Tú también viste que hay cierta química ahí?

—No tienen tanta como la que desprendemos tú y yo, pero se nota que hay conexión.

—Tendremos que darles un empujoncito.

—¿Te gusta hacer de Celestina?

—No. Solo ejerzo de Afrodita. Cuidado humano, o caerás rendido a mis encantos —bromeé.

—¿Quién te dice que ya no lo esté? Tan solo me falta la ración doble de postre que me prometiste. Sueña bonito, Julieta.

—Hasta mañana, Romeo —me despedí con ganas de transportarme a su lado y poder

saborearlo hasta la salida del sol.



Capítulo 21

AIRAM

Nuevo día, nueva semana, y la misma cobardía de siempre, al dar un rodeo de más de diez minutos para no pasar bajo el viaducto.

Puse la radio y escuché a los locutores de un programa matinal, que gastaban las típicas bromas a aquellos a los que alguien les habían pedido que llamasen para declararle su más encendido amor, o con intención de pasar un rato divertido a costa del pardillo que picaba en el anzuelo del falso técnico, que les reclamaba facturas pendientes, y otras historias absurdas por el estilo. Eso, unido a las ganas de encontrarme con Afrodita, provocó que el viaje se me hiciera más corto de lo habitual.

Pedrín me cosía a preguntas que me disparaba a quemarropa, una tras otra, y sin darme tiempo a responderle a la primera, cuando ya estaba hablando de nuevo de manera atropellada.

—Te dije que me fui de aquel lugar porque las copas me sentaron mal. No tenía ganas de hacer el tonto en público y me fui a descansar, que era lo más sensato —le mentí descaradamente.

—Pues espero que no vuelva a pasarte, porque este viernes actúa allí el rapero que ganó en el concurso de la tele el mes pasado y no quiero perdérmelo.

—Tengo otros planes para el fin de semana. Me iré al pueblo de mi abuelo y...

—Sí, venga. ¡Anda ya! Vas a comparar tú una noche de fiesta en el Hedonistic con una visita

a...

Sin terminar la frase, salió al exterior de la obra y cruzó la calle al escuchar la furgoneta de Julián.

Tras un par de minutos hablando con Afrodita, fue a abrazarla con un efusivo gesto, algo que ella detuvo, poniéndole la mano en su pecho para mantener la distancia. Sonreí al ver el gesto torcido de él, que volvía contrariado.

—¡Madre mía! Tu Julieta parece un palo. Menos mal que la rubia es más parecida a mí, si no, sería capaz de renunciar a su invitación para ir a la actuación del viernes.

—¿Andas de lameculos con ella solo para que te cuele en el club? —resoplé de mal humor, aunque se largó a descargar el material que llegaba y me dejó con la palabra en la boca.

—Hola, Romeo —vi a Afrodita en la entrada, al girarme.

—Buenos días, diosa —respondí admirando cada centímetro de su cuerpo, realzado por el vestido blanco con rayas marineras de color azul que llevaba puesto.

—Esperaba un par de besos, al menos. —Se mordió el labio inferior encendiéndome las ganas de otro tipo de contacto.

—Vi cómo apartaste a Pedrín y no me arriesgaba a que me hicieses lo mismo.

—La diferencia es que no deseo que él me toque, pero, en cambio, contigo, soy yo la que vengo a buscarte.

La atraje contra mi cuerpo, rodeando su cintura, y aparté el cabello que caía a los lados de su rostro.

—Te cansarás de buscarme —susurré, anticipándome a algo que siempre me había sucedido con mis anteriores parejas.

—Cuando tú te canses de besarme —respondió con un beso corto que me supo a pequeño anticipo del paraíso que su mirada me prometía.

ZEUS

Disfrutaba observando a Afrodita en su vida como mortal. Su relación con el humano iba avanzando. A ella le brillaba la mirada y él parecía estar recibiendo lo bueno que se le había ido negando hasta ese momento.

Sus charlas inocentes y la contención que mantenían, era algo que me costaba entender. Llamadas, besos en los descansos, entre sorbo y sorbo de bebida isotónica, y ratos que parecían desembocar en algo más, pero que Airam detenía.

La segunda semana transcurrió veloz, y ese viernes por la mañana, ella fue a llevar el reparto como hacía a diario.

Mi atención se desvió hacia la puerta del salón del Olimpo, donde me senté a disfrutar un zumo de mango mientras me divertía vigilando a la Diosa, por la que Eros hizo una entrada nada triunfal.

—Parece que hubieras estado revolcándote por alguna cuneta. —Lo miré de arriba abajo observando su aspecto descuidado.

—Creo que no ha habido lugar en el mundo en el que no haya estado en estos días. Necesito cerrar los ojos y desaparecer —suspiró pareciendo cansado.

—Pídele ayuda a Hades. Él puede hacerte desaparecer con facilidad y de manera permanente.

—No me agrada tu humor.

—Ni a mí que aparezcas por aquí como si esto fuera un garito de mala muerte. Ve a tus aposentos y adecuenta tu imagen —ordené sin más contemplaciones.

—No siento a mi madre. ¿Dónde está? —preguntó mirándome intrigado.

—Tu madre está llevando a cabo una importante misión que le confié.

—¿Ahora es una agente secreta? No me quieras tomar el pelo. Dime dónde está o...

—¿O qué? —Me acerqué caminando hacia él.

—¡Detente ahí! ¡No te acerques a mí! —gritó haciéndome un gesto con la mano para que no me aproximara—. No son las purpurinas, no es eso. Esto es de verdad... —repetía, confundiéndome aún más. Sin decir ni media palabra más, desapareció de mi vista.

Y ahora... ¿Qué mosca le había picado para que actuase de esta manera? ¿A qué se refería con eso que había dicho? Regresé a mi sillón y volví a lo que hacía antes de que Eros me hubiese interrumpido.

Afrodita charlaba con el arquitecto mientras le daba el desayuno y, de pronto, sentí una energía que conocía de sobra. ¿Había llegado el momento en el que el humano debía marcharse? No podía ser. ¿Mis cálculos habían fallado?

Esto lo tenía que ver de cerca. Así que, sin pensarlo, me transporté al centro de mayores. Necesitaba estar allí para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.



Capítulo 22

AFRODITA

—¿Qué plantas tienes en el jardín? Mis favoritas en el exterior, sin duda, son la buganvilla y la parra. Hay parras que vienen estupendamente para crear sombra natural, y ahí, en La Toscana, seguro que te daba buen resultado —me comentaba Alfonso, hablando de una de mis propiedades.

—Allí solo tengo flores de lo más normalitas. No vaya a pensar que aquello es El Jardín de las Hespérides.

—¿Existió ese lugar, Diosa? —preguntó interesado.

—Le contaré cómo Hera, por medio de un obsequio de Gea...

Margarita llegó contenta, con su cestito de ovillos de hilo y las agujas de ganchillo, y apartó la silla que estaba a mi derecha para sentarse.

—Buenos días, maja —me saludó risueña.

—Buenos los tengas tú también. ¿Desayunaste? —Quise saber.

—Oh, claro. Lo que sucede, es que tienes demasiado mimado a don tardón, y hace tiempo para esperar a que tú llegues. —Miró a Alfonso con cara de disfrutar con el rifirrafe.

—Habló doña sabelotodo. Creo que sería mejor que te fueras con tus labores a otra parte. Nadie te invitó a la fiesta.

—Pues si esto para ti es una fiesta, es normal que vayas por la vida con esa cara —Le hizo una mueca arrugando la nariz.

Huy, huy... Ahí me olía a intenso amor-odio. Si tuviera mis purpurinas... Al menos las de “dulce compañía”, porque no creo que estuviesen en plenas condiciones físicas como para que pudiesen probar los beneficios de las de “noche de sexo apasionado”.

Me despedí de ambos y me dirigí hacia la salida, encontrándome de frente con Hades al doblar la esquina del pasillo.

—¿Tú? —me sobresalté al verlo allí.

—Es normal que yo visite estos lugares y no tú, Diosa. ¿Qué tramáis Eros y tú por aquí?

—Yo te pregunté primero. ¿A por quién vienes?

—A buscar a un hombre trabajador y honrado que tendrá su recompensa en el Inframundo.

—No te pedí que me hables de su currículum, sino que me digas su nombre. Tu humana te está haciendo perder facultades, Hades —ironicé.

—¿Estás tratando de entretenerme para que no me lleve al mortal? Porque me está pareciendo eso. Aunque, quizás, es que te volviste una kamikaze y te apetece provocarme —masculló apretando los dientes.

—Espérate aquí un momento. Voy a enseñarte algo. Tengo unas nuevas brillantinas. —Rebusqué en el bolsito rojo que llevaba cruzado— Ahora regreso.

Corrí de vuelta al comedor y llegué sofocada ante Alfonso y Margarita, que charlaban con una de las auxiliares.

—Creo que olvidé mi teléfono cuando estuvimos en su cuarto. Venga conmigo, por favor, y lo buscamos —le pedí cogiéndolo del brazo para que apurase el paso.

Se levantó despacio y caminó a mi lado hasta su habitación, donde busqué, incluso, debajo de la cama, intentando conseguir que a Hades se le pasara la hora y se fuese. No iba a permitir que se lo llevara. Este humano y su nieto eran míos.

—¿Estás segura de que lo trajiste? —preguntó mirándome extrañado.

—Lo mismo está en la cocina, de cuando hice la entrega del pan... —Vamos, acompáñeme, pero vayamos por el otro lado, porque estoy segura de que no se me cayó al entrar.

El arquitecto caminaba cogido de mi brazo, resoplando por el esfuerzo.

—A menos que puedas revivirme, Diosa, deberías moderar la velocidad, porque me acabará dando un patatús. —Sonrió.

¡Por Zeus! ¿Y si era por un infarto provocado por mí, de la manera en la que le tocaba morir?

Me detuve un instante y le rogué al destino que me ayudara a protegerlo. Abrí los ojos, que

había cerrado durante un par de segundos, al escuchar el llanto de una mujer y sentir al médico pasar corriendo a nuestro lado.

Llegamos al comedor, donde el personal sanitario intentaba reanimar a uno de los residentes, que murió mientras veía las noticias sentado en un cómodo sillón.

Mi respiración se normalizó y el corazón se me calmó, al saber que Alfonso estaba a salvo.

—No se lo va a creer, pero es que acabo de recordar que me lo dejé en la panadería —mentí sin ningún reparo—. ¡Qué despiste llevo!

ZEUS

—Afrodita debe estar pasando por alguna etapa extraña. Por cierto; aprecié que había rejuvenecido un tanto su imagen. Además, trató de ocultarme a un humano, en un lugar al que acudí hoy para llevarme a otro —se quejaba Hades con el ceño fruncido.

—¿Eso hizo? ¿No me digas? —disimulé echándome hacia atrás en el sillón de mi despacho en Sídney.

—Pues sí. Como si pudiera conseguir que yo no encontrase al alma que busco. Me pareció demasiado raro ese punto en ella, más de lo que ella ya lo es de por sí.

—¿Y si lograrse hacerlo? —pregunté intentando malmeter. ¡Qué malo es el aburrimiento!

—No puede, y tú tampoco debes hacer ninguna modificación en las fechas. Todo mortal tiene dos citas a las que debe acudir puntuales en su vida: su nacimiento y su muerte. ¡Tú haces que vengan al mundo y yo me los llevo! —Golpeó alterado con su puño sobre mi mesa.

—Relájate, estaba bromeando. Sabes que a la Diosa le encanta jugar. No le des mayor importancia al tema. Y ahora, cuéntame: ¿qué tal está Candela? Hace una semana que no nos vemos.

—¿Me tomas por estúpido al igual que lo hizo esta mañana Afrodita? Si quieres saber algo de mi mujer, te transportas a Los Ángeles y la visitas. Tardarías lo mismo que en preguntarme por ella.

—No estoy hoy para aguantar el humor que traes. Me voy. Acabo de acordarme que tengo programada una cita con una masajista que hace unas cosas impresionantes con las...

—¡Por favor! —me interrumpió de malos modos.

Me levanté y me aproximé a su lado rodeando la mesa.

—Con las cañas de bambú. Tienen múltiples beneficios para el cuerpo. Me cuesta resistirme cuando paso por Bangkok. Si para ti el tiempo es importante, para mí también lo es, y ya llego

tarde.

Me transporté al Olimpo. Lo del masaje solo fue un cuento para librarme de Hades y de su interrogatorio. Y no, no me sentía culpable por inventar algunas insignificantes verdades.

AIRAM

La puerta del bloque se abrió, y salieron Celia y Afrodita, preparadas para pasar una noche de viernes especial y disfrutar del concierto exclusivo del artista de moda que le gustaba a Pedrín. Quedamos en que yo pasaría a recoger a las chicas y él iría en taxi directamente desde su casa, que estaba próxima a la zona en la que se encontraba el local.

—Estáis preciosas —saludé a Celia y me acerqué a darle un abrazo a Afrodita.

—Me encanta tenerte tan cerca, porque puedo sentir que tu corazón se acelera como hace el mío cuando te veo —me susurró al oído.

No respondí. Siempre lograba dejarme sin palabras cuando no se cortaba en decir lo que sentía o pensaba, así, con total libertad y cero miedos.

Celia subió al asiento trasero y Afrodita se sentó a mi lado. La abertura de su falda negra me mostró una parte de sus piernas que aún no había podido ver antes, y sus labios rojos me provocaban mientras una de sus sonrisas inocentes me desarmaba, dificultándome la interpretación de lo que me decía en silencio.

Pulsó el botón de la radio y buscó una emisora de música urbana. Las chicas cantaban contentas y se movían con ritmo en los asientos, durante el trayecto, en lo que era el augurio de una noche de fiesta y buen rollo.

Aparcamos no muy lejos del club, y al minuto apareció Pedrín para unirse a nosotros.

—Rubia, esta noche me vas a poner complicado el prestarle atención al artista. —La cogía de la mano y le daba una vueltita graciosa, provocando que sonriera embobada.

Ella se agarró a su brazo y apresuraron el paso, sin comprobar siquiera que los estuviésemos siguiendo.

Afrodita observaba a la pareja con una expresión que no supe descifrar, y lo interpreté como alguna especie de reproche hacia mi forma de ser, opuesta totalmente a la de mi compañero.

—Lo siento, no soy de darle vueltitas a las chicas para deleitarme con la forma de sus culos —reconocí.

Ella se aproximó un par de pasos hacia mí, sujetándome por la botonadura de mi camisa

oscura.

—¡Qué chasco! Me hubiera encantado provocarte esas ganas —susurró embrujándome con el tono meloso de su voz.

En un impulso, la tomé por la cintura y la giré, llevándola de espaldas contra la ventanilla del coche.

—Me provocas hacer contigo mucho más que eso...

Le aseguré atrapándola contra mi cuerpo. Subí mis manos, una a cada lado de su cintura sobre el cristal de la ventanilla, y su mirada se encendió por la sorpresa.

Asalté su boca en un beso caliente y feroz, en el que mi lengua buscó acariciar la suya, cuando noté cómo, de manera sensual, movía su cadera buscando mi erección.

—Airam —gimió en voz baja con tono lastimero.

—Yo también lo estoy, diosa. Tengo algo que proponerte después. Ahora, vamos, que los chicos nos esperan.

Mi lengua deseó ser la barra de labios con la que se retocó ante el retrovisor. Soltó un suspiro antes de tomar mi mano, y la alzó, invitándome a ser yo el que diera una vuelta.

—Gira, que yo sí quiero recrearme en la visión de tu culo en ese pantalón —soltó una carcajada que me hizo reír con ella.



Capítulo 23

AFRODITA

No deseaba pasar por otra resaca, así que, con la lección aprendida de la semana anterior, me acerqué a la barra y pedí un cóctel sin alcohol, que me sirvió una atractiva mortal vestida con una minifalda plateada a juego con un top de lo más sexi. Su pelo recogido en una coleta baja, lisa y tirante, realzaba sus facciones.

Pero había algo más..., era como si esa chica me resultara familiar por algo. La energía que me transmitía era una mezcla de sensibilidad y fortaleza que me hizo pensar en que estaba recuperando mis dones. Intenté mover una de las botellas que estaban lejos, con un leve movimiento de mi mano, pero nada sucedió. Todo seguía igual.

—¿Quieres algo más? —preguntó con curiosidad.

—¿Por?

—Te quedaste ahí mirándome...

—Oh, para nada. Hace más o menos un mes que dejé la práctica del sexo en grupo. Aunque admito que antes no te hubiera dicho que no.

Cogí mi copa y me fui en busca de Airam, que disfrutaba de la actuación al lado de su compañero.

—Eres un placer para mis sentidos, Diosa —me saludó Ares, saliendo de detrás de una de las

columnas oscuras.

—Y tú eres un adulator...

—Pero no un falso.

—Ya. Yo tampoco lo soy, y hoy no me apetece verte.

—¿Tomando zumitos? —soltó una risotada al acercarse a oler el contenido de mi copa.

—Estoy probando nuevos usos de las fresas —sonreí dando media vuelta para marcharme.

—Apestas a humano —susurró en mi oído a mi espalda, cogiéndome por la cintura.

—Me estoy acostando con uno, es normal que huela a él —sonreí intentando que no se percatase de mi nueva situación. Lo único que me faltaba era sufrir las burlas del resto de los dioses.

—Veo que ese mortal es muy poca cosa para satisfacerte, te noto acelerada en mi presencia.

Se puso frente a mí, peligrosamente cerca.

—Y yo estoy viendo cómo aquella humana no te quita ojo de encima. —Señalé a una rubia con cara de aburrida que estaba en una de las esquinas—. Deberías aprovechar la ocasión.

—¿Tú crees? —Frunció el ceño.

—Mira, tengo unas nuevas purpurinas: “noches de pasión”, que harán que el sexo con ella sea increíble.

Saqué el tubo de brillantinas rojas que compré en el bazar, lo abrí y se lo eché por la cabeza, convirtiéndolo en un pasmarote brillante y nada fiero.

—¡Joder! Mira lo que me hiciste —alzó la voz malhumorado.

—¡Qué bobito eres! Si solo las ves tú, para los humanos, son invisibles. Anda, ve a conquistarla —sonreí en plan encantador y me fui al lado de Airam.

Durante el concierto, varias veces lo busqué por la sala con la mirada y pude ver las sonrisas que causaba a su paso, y él, creyéndose que despertaba admiración por su *sex-appeal*. ¡Ay, Ares, qué inocente eres!

ZEUS

Me transporté hasta la planta superior del Hedonistic en Madrid, y vi a Ares, subiendo la escalera con cara de pocos amigos.

—Que sepas que Afrodita es una bruja. Mírame —se quejó señalando su cabello y su ropa.

—Pues yo creo que te sientan bien. Vas ambientado para Navidad. Con bastante antelación, eso sí, pero...

—Ya veo que todo lo que hace la Diosa te resulta gracioso —gruñó caminando hacia la puerta del aseo.

—No me negarás que es divertida. Poco te ha hecho, para el golpe que le diste al hombre que venía con ella la semana pasada. Llego a ser yo, y hago que te chamusque un rayo.

—No me caes bien, padre. —Se acercó a mí achicando sus ojos por el enfado.

—Pues tú a mí, sí. A ratos, claro, porque hay momentos en los que te entregaba gustoso a Hades para que te encerrase en el Tártaro.

—¿Te marchas? —preguntó con interés.

—¿Me estás proponiendo algún plan padre e hijo?

—¡Vete al demonio!

—Me voy a Los Ángeles, quiero hacerle una visita a Candela.

—Tú y tus humanas... —refunfuñó.

—Tú y tus brillantinas. Te dan un toque tan deslumbrante, que deberías mantenerlas el resto de la noche —me burlé, y entré tras él en el baño para marcharme a pasar un rato con Candela. Hacía bastantes días que no nos veíamos y la extrañaba.

AFRODITA

—¿Te quedas conmigo esta noche? —me ofreció Airam a la salida del club.

No sabía qué responderle. Mi ropa estaba en el piso de los padres de Celia. A eso, se le sumaba que, en unas horas, tenía que irme con Julián a trabajar.

—Me encantaría, pero es que mañana tenemos trabajo y no tengo nada para cambiarme.

—Discúlpame. Es que mañana no podemos continuar en la obra, porque no nos sirven el hormigón hasta el lunes, y no tuve en cuenta que tú sí tenías obligaciones.

Obligación: esas cuantas sílabas que, en este caso componían una palabra horrenda, me produjeron un eco en la mente que provocó que me diera la risa floja.

—Si Hades o el koala presenciara cómo le doy prioridad a un trabajo de humanos, antes que a una noche de disfrute, harían chistes a mi costa hasta el fin de mi existencia.

—¿El koala? —enarcó una de sus cejas.

—Poseidón. Tiene cara de koala. Bueno, a decir verdad, la tenía. Desde que se enamoró de Coral, mejoró bastante. Se ha vuelto más enrollado, aunque tampoco te pienses que es para pasar con él más de media hora...

—¿Te encuentras bien? No te vi tomar alcohol, así que esas cosas deben ser a consecuencia del golpe que te diste.

¿Cómo le podía demostrar quién era si no tenía mis dones? Cambié el tema y subí a su coche cuando se empeñó en acompañarme a casa.

Celia se había marchado al piso de Pedrín. A los dos se les veía con ganas de seguir la fiesta en privado, así que llamaron a un taxi para que los llevase.

—¿Qué te sucede? Yo no soy como aquel poeta, a mí no me gusta que calles ni que estés como ausente, diosa.

—Nada, cariño, es que cuando creo que no me entiendes, me miras y me hago ilusiones de que puedes leerme.

—¿Cariño?

—Lo siento, discúlpame, Airam. No me di cuenta de...

—Mi nombre suena mejor con ese “cariño” detrás. —Acaricié mi rodilla y sentí el tacto de las durezas que tenía en la palma de su mano. La cogí entre las mías y deposité un beso en ella, con todo el respeto que merecía alguien que se dedica a construir sueños ajenos.

El automóvil se detuvo. Sin darme cuenta, ya estábamos en la puerta del bloque. Salí y él hizo lo mismo para despedirse.

—No deseo irme —susurró recorriendo mi cuello con sus labios.

—Y yo no deseo pasar la noche sin ti. Mira, el bar de la esquina está abierto. ¿Nos tomamos la última? —propuse, y accedió encantado.

La conversación dio paso a un bocata de calamares con mayonesa, ya de madrugada, y terminamos despidiéndonos a besos en el umbral.

—Cuando vea la luz en el salón, me voy. Anda, sube, cariño.

Él se quedaba allí para cerciorarse de que yo llegase bien. Mi mortal me protegía y se preocupaba por mí, y el caso es que no me importaba hacer más ñoñerías de las que ya había estado haciendo. Abrí el cierre para salir al balcón y le lancé un beso, al que me respondió con otro, sacando la mano por la ventanilla antes de arrancar.

Celia me despertó diez minutos antes de que fuera a sonarme el despertador. Entró en la habitación pareciendo gravitar en lugar de caminar.

—¡Te quiero, amiga! —Se me lanzó con entusiasmo a darme un par de besos que no pude esquivar, por no hallarme despierta del todo.

—¡Por Zeus! ¿Cómo se te ocurre aproximarte a mí de esa manera? ¡Suéltame! —ordené revolviéndome entre sus brazos que me apretaban como una tenaza.

—¡No quiero! Ay, Afrodita, vengo feliz. ¡He pasado una noche increíble y todo gracias a ti! Eres la mejor y...

—¡Qué iluminada! —ironicé, quedándome quieta para que terminase aquella tortura besucona cuanto antes.

—Pedrín me encanta. —Al fin, me dejó y se sentó a mi lado—. Tiene un sentido del humor brillante, muy parecido al mío. Pasamos la noche hablando de nuestras vidas, y esta mañana, antes de venirme... ¡Ay, Afrodita! ¡Pedro es una bestia en la cama! —Levantó los brazos pareciendo adorar al sol.

—Veo que pasaste del diminutivo; Pedrín pasó a la historia. ¿Será que en él no hay nada pequeño? Por otra parte, no me interesa saber cómo es tu humano en la intimidad —reí con ganas.

—Seguro que no tiene ni punto de comparación con Airam. Ese chico es demasiado serio, no me gusta. Jamás habría llamado mi atención. Es cierto que está que cruje, pero... —Cabeceó.

—No sabes lo afortunada que eres. Me llegas a decir que mi mortal te atrae, y te arranco esa bonita melena rubia teñida para hacerme una fregona con la que limpiar el Olimpo.

—¡Anda! Tú y tus historias. —Cogió el pijama y se marchó al aseo.

—Sí, sí, cuentos. Si eres feliz pensando que lo son... —susurré mientras me levantaba para alistarme y que Julián no tuviese que esperar por mí.



Capítulo 24

AIRAM

Me puse un café cuádruple, si no en nivel de concentración de cafeína, lo era por el tamaño del tazón en el que lo tomaba. Siempre era la misma: una taza verde, con el asa cuadrada, de la vajilla que mi abuela Candelaria hizo que le trajesen, con el resto de su ajuar, desde Los Realejos. Canaria de nacimiento, y madrileña de adopción, mi abuela paterna fue una mujer de armas tomar, que consiguió mantener unida a su familia hasta el último día de su vida. De ahí, mi nombre. Ella fue mi madrina y lo eligió para mí. Airam significa libertad. Mi abuela decía que era lo más valioso que poseemos y a lo que nunca debemos renunciar.

Abrí un panecillo con forma de corazón, que Afrodita empezó a hacer al llegar al negocio de Julián, y lo puse sobre la rejilla del tostador. Me apeteció tenerla a ella sentada a la mesa, compartiendo conmigo el desayuno. Afrodita, esa chica increíble, con ínfulas de Diosa, que despertaba en mí unos sentimientos que jamás había experimentado con tanta fuerza. Y es que ella es eso; un torbellino sentimental que te arrasa el alma.

Miré el día que comenzaba, a través de la ventana de la cocina, y pensé en aprovechar la mañana para visitar a mi abuelo.

Allí estaba cuando apareció Afrodita con una de las cajas del reparto. La dejó en la cocina y se acercó a la mesa para saludarnos.

—¿Viniste caminando y ahora tienes que ir a por la otra parte de la entrega?

—Oh, no. Matías está en la furgoneta. Hoy se quedó a echar una mano, porque Julián tenía varios encargos extra.

—¿Matías? —Me quedé intrigado porque no sabía quién era.

—Es el chico que trabaja de madrugada. Él hace la primera tanda, y mi jefe se encarga del segundo horneo.

—Siéntate. Yo voy a recoger la otra caja y le digo a Matías que se vaya, que yo te llevo.

Su mirada me regaló un destello, y regresó a la cocina en busca del desayuno para mi abuelo. Yo llevaba allí casi una hora, pero no había consentido en tomarlo conmigo, ya que prefería esperar a su diosa. Y vale que tuviera que compartir a Afrodita con él, pero lo del tal Matías..., tenía que comprobar quién era.

La cocinera se llevó los bollos. Yo cogí la bandejita que Afrodita había preparado, con un café y un par de rosas de limón sin azúcar que le había traído de la tienda.

—Lo mimas demasiado y eso me tiene celoso —bromeé.

—¿Tú, celoso? No tienes pinta de ser de esos...

—Fui a ver a Matías por ese motivo. Te lo confieso y te pido disculpas.

—Cada parte de mi cuerpo se muere de ganas por tenerte. ¿Crees que puedo tener ojos para alguien que no seas tú?

Me dio un pellizco en el culo, que hizo que la taza se tambalease en la bandeja, justo cuando salíamos por la puerta para pasar al comedor.

La vi acercarse a la salita de televisión y venir acompañada por una mujer que le hizo una mueca graciosa a mi abuelo.

—Siéntate, Margarita. Le traje unas rosquillas al arquitecto. ¿Sabes qué me ha dicho? ¡Me dijo que le encantaría compartirlas contigo!

—¿En serio? —se sorprendió ella pareciendo estar encantada.

—Debo estar sufriendo algún efecto secundario de las pastillas de la tensión, porque no recuerdo haber...

—Hablaremos de eso con la auxiliar después. Mire, arquitecto, ambos se parecen. Ella también diseña cosas bonitas. Me está haciendo un gorro y una bufanda de lana gordita para el invierno. —Nos mostró un trozo de una labor que la mujer tenía en un par de agujas de punto.

—¿Sabes que eres una lianta, Diosa? —bromeó él sonriendo.

—El amor es así, te lía cuando menos lo esperas. No me dirá que no le gusta, porque las

batallitas dialécticas que se traen, los mantiene en forma.

—¡Están muy buenas estas roscas! —exclamó él de pronto, dando pie a que la mujer le contase que su abuela hacía unas muy similares en la pastelería que regentaba en su pueblo cuando ella apenas era una niña de seis años.

En el camino de regreso, Afrodita me hablaba de que teníamos que ir a la boda de mi abuelo con Margarita.

—Ya veo al arquitecto enamorado hasta el tuétano por esta mujer tan risueña y guerrera.

—Pues entonces le pasará lo mismo que a mí contigo. Te recojo a la salida, como quedamos anoche, y nos vamos a pasear y a comer por ahí. ¿Te parece?

—Me encantará acompañarte dondequiera que esté ese “por ahí”. Gracias por traerme.

Me dejó un beso rápido y salió a toda prisa del coche.

—¡Qué prisas!

—Es que quiero que estas horas pasen rápido.

Volvió a abrir la puerta y entró de nuevo para regalarme un segundo beso, esta vez más intenso. Me dejó allí, en la puerta de “El Bocado”, con una sonrisa tonta instalada en la cara y con ganas de que el tiempo corriese veloz.

AFRODITA

A la hora de la salida, Airam me esperaba en el exterior de la tienda.

Unos vaqueros azules, que jamás había visto que le quedaran tan sexis a nadie, y una simple camiseta blanca de manga corta, que lograba acentuar su bronceado adquirido por las horas que pasaba trabajando al sol, vestían su cuerpo escultural. Perfecto, al menos, ante mis ojos.

—¿Qué hiciste en estas horas? —pregunté con auténtico interés por saber qué era de su vida cuando no estaba conmigo.

—Pensarte.

—Eso ya lo sé. Digo aparte de eso.

Airam conducía, y yo me perdía en el movimiento de los músculos de sus brazos y de sus breves miradas mientras hablábamos.

—Fui a visitar a mi madre y me pasé por casa. Tenía cosillas que hacer.

—¿A dónde vamos?

—Pensé que sería buena idea pasear por El Escorial. Aunque si prefieres ir a otro sitio, solo dímelo.

—Es perfecto. Es un lugar muy energético.

—¿Crees en eso de las energías? —preguntó fijo en la carretera.

—¿Cómo no voy a creer en ello! Yo soy energía. Vamos, quiero decir que todos somos pequeñas llamas energéticas. ¿No te ha pasado alguna vez que hay personas que parecen estar sintonizadas en tu misma onda de vibración, y, en cambio, a otras no las soportas? Hay gente que enriquece y expande tu poder, al unirlo con el suyo, aunque también hay otros que te apagan, porque piensan que su poder crecerá al extinguir tu luz.

—Eso sí, en ese punto estamos de acuerdo.

—Me alegro. A tu lado me siento más poderosa, Airam.

—Y tú haces que yo esté feliz como... nunca.

Tras más de una hora de paseo por las calles del pueblo y por los exteriores del Real Monasterio, terminamos en una pequeña plaza, sentados en un banco de piedra bajo la arboleda, muy cerca de donde había aparcado el coche.

Fue hasta el maletero y sacó unas latas de refresco frías y unos bocadillos de un bolso, de esos que hacen función de nevera, y comimos tranquilamente escuchando el cantar de los pájaros.

Frente a nosotros, la gente salía de un elegante restaurante con el paladar satisfecho. Era uno de esos locales a los que tantas veces acudía yo por el placer de rodearme de lujo y exclusividad.

Miré el pan, relleno con un par de trozos de pollo y pimientos verdes, que tenía en las manos y me pareció el mejor de los regalos que había recibido hasta ese día.

Los pajarillos que cantaban en las ramas, se juntaron con esas mariposas que dicen que se sienten cuando eres dichosa, al recordar que esa noche la pasaría en su casa.

Los nervios me provocaron una mala pasada, haciendo que la lata que dejé sobre un pico de la servilleta, se cayera sobre el banco y rodara hasta ir a parar a la pierna de Airam.

Nos reímos del manchurrón que le produjo en el pantalón, y que él trató de secar, no así de disimular, porque seguramente que le dejase la mancha.

—Se acabó el paseo por hoy, van a pensar que me pones demasiado bruto.

Me levanté y fui a ayudarle un poco con un pañuelo de papel, rozando la erección que no disimulaba su pantalón.

—Yo te limpio y podemos seguir...

—Diosa, será mejor que no pases tu mano por ahí —me advirtió sonriendo de medio lado.

—¿Si lo hago, me castigas? —Le puse morritos.

De un tirón, me vi sentada sobre sus piernas, con mi boca perdiéndose en el juego que me ofrecían sus labios y sin pizca de ganas de marcharme a ningún paraíso que estuviera apartado de su cuerpo.

Guardó el coche en el garaje del edificio en el que vivía y salimos a la plaza que hacía esquina en la misma calle. Las mesas de la terraza del bar ocupaban el reducido espacio con sus sombrillas blancas, que el camarero ya comenzaba a cerrar, ya que el atardecer sombreaba las calles de Madrid.

Nos dirigimos hacia la entrada, con los dedos entrelazados y con más nervios que antes. Si el resto de dioses estuvieran ahí y apreciaran mis emociones, me convertirían en la comidilla del Olimpo, al verme como una chica ingenua que está aprendiendo lo que es vivir, a pesar de la experiencia que yo ya poseía.

—Eh, Airam —le llamó la atención un chico que salía del bar.

Se acercó y se saludaron con un choque de puños con la mano que tenía libre.

—Te eché en falta en la fiesta de Juan...

—El próximo año será —Se encogió de hombros sin darle más explicación.

—¿No me presentas a tu chica?

—Ella es Afrodita. —Su pulgar acarició mis nudillos.

El mortal hizo un amago de acercarse a darme un par de besos, pero ya había tenido suficiente con Celia esa misma mañana. Asentí con una sonrisa, y ambos entablaron una conversación que Airam dio por finalizada en cuanto escuchó el nombre de su primo Daniel.

Recordé lo sucedido el día que llegué a la residencia y lo vi allí, intentando que Alfonso firmara aquellos documentos. No sabía si debía contárselo, o guardar silencio y no hacer más difícil la relación entre ellos. Por lo que pude comprobar, le incomodaba hasta que alguien se lo mencionara.

Conocía a mi humano en la superficie, pero me intrigaba lo que podría encontrarse en las profundidades de su vida, de su mente y de sus vivencias. Tenía que lograr que se abriese a mí, que confiara en que podía contar conmigo en todo momento.

Mis relaciones con los hombres siempre habían consistido en simples ratos de sexo. Ninguno me había dado motivos para permanecer a su lado tras un orgasmo. Al contrario que con Airam, del que sus misterios me atraían por encima del goce sexual, haciendo que el placer de su

cercanía fuese suficiente para sentirme feliz.

¿Sería eso el amor? Yo lo había propiciado en el resto, pero jamás lo había experimentado de esta manera. De cualquier forma, es un sentimiento incontrolable, y yo no tenía ni la más remota intención de ponerle ningún límite a lo que estaba creciendo en mí, alentado por su complicidad.

Entramos en su piso y encendió las luces. Un pequeño recibidor daba paso a la sala, decorada de forma sencilla pero agradable con muebles en tonos claros.

Caminó delante de mí por el estrecho pasillo que salía a la izquierda y me mostró la cocina, el baño y su dormitorio.

—Este es el otro cuarto que tiene el piso. Si necesitas estar más cómoda, o lo que sea, puedes quedarte ahí, no hay problema —me ofreció revolviéndose el pelo.

—¿Me invitas a tu casa y me ofreces dormir en habitaciones distintas? —pregunté confundida. Jamás me había encontrado con una propuesta de ese tipo.

—Quiero que sepas que, porque estés aquí, no tienes ninguna obligación de nada conmigo aparte de...

Asentí tratando de asimilar todo aquello, que me emocionaba y me contrariaba a la vez, y dejé mi bolso con la ropa en la entrada de su cuarto.

Rodeó mi cintura con sus fuertes brazos y buscó mi boca allí, en la mitad del pasillo. Ese día notaba sus besos más intensos, más apasionados, por lo que admiraba la resistencia que mostraba, y de la que yo desconocía la manera en la que tenía que derribarla.

—Ven, ayúdame. Vamos a preparar algo de cenar —me propuso, y tiró suavemente de mí hasta llegar a la cocina.

—Yo no cocino —reconocí asustada.

—Yo sí. No te preocupes, que lo haremos juntos. Anda, ponte el delantal ese que está colgado tras la puerta y vienes a cortar las lechugas para la ensalada.

Me ayudó a anudarme las cintas de aquella cosa simple y horrorosa, de publicidad de una marca de cervezas, y sus manos se detuvieron sobre mi cadera atrayéndome hacia él, hasta hacerme sentir su torso en mi espalda. Su perfume aún perduraba en su piel, y cerré los ojos al notar su boca paseándose por mi cuello.

—Airam, no puedo más —confesé en un susurro.

—Sí puedes, y será perfecto, diosa —su voz ronca en mi oído hizo que mi sexo se mojase de manera instantánea.

—Ve troceando esto y yo me ocupo de lo demás.

Sacó una tabla y un cuchillo, que dispuso sobre la isla, y me ofreció una bolsa con tres pequeñas lechugas diferentes y unos tomates.



Capítulo 25

AIRAM

—¿Te gusta el queso? Puedes hacer unos dados con este trozo y se lo añadimos.

Le puse la cuña al lado de la tabla, donde aún estaba tratando de que no le rodase un tomate sobre ella.

Me encantaba lo que veía. Se mordía el labio y murmuraba juramentos por Zeus y todos sus rayos. Aquello tan simple se le estaba convirtiendo en toda una odisea.

—Mira, creo que me rindo.

—¿Toda una Diosa del Olimpo se rinde ante unos tomates? —bromeé con sus cosas.

—Lanzar conjuros amorosos no supone la dificultad que tiene esto.

—En el esfuerzo está la recompensa, diosa. Por cierto, ¿a mí también me has hechizado?

—Eres tú el que me conquistó primero. Tus filtros de amor son mejores que los que yo uso.

—¿Acabas de apuñalar la cuña del queso? —Señalé el cuchillo clavado de pie en el centro del pedazo que le había dado.

—No me hacen gracia tus comentarios. —Se fingió molesta.

—¡Mira detrás de ti! —exclamé, y ella se giró buscando qué era lo que tenía que ver.

—No hay nada. Ahora me dices que ves almas como hace Hades, y no sé yo si me quedaría aquí contigo a cenar.

—Son los tomates, han salido huyendo por si les hacías lo mismo que al queso.

Me observó enarcando una de sus cejas rojizas y pasó de la seriedad a la carcajada en un segundo. Limpiándose las lágrimas de la risa, se acercó a abrazarme.

—¿Me ayudas, mortal?

—Claro, diosa —le dejé un beso en la frente y me puse a terminar lo que ella estaba haciendo.

—Eres muy altruista.

—Y tú eres muy mala en la cocina. Espero que eso de ser la Diosa de la Belleza y un montón de cosas más, se te dé mejor.

Aliñé la ensalada y me dispuse a cortar la tortilla en cuadraditos.

—Ve a ducharte, yo puedo hacer esto —se ofreció.

Necesitaba esa ducha, esa sensación de frescor y de relax después de estar todo el día fuera de casa. Me puse cómodo, con un pantalón de deporte y una camiseta azul de manga corta, y salí hacia la cocina para ver cómo, al partir una de las últimas rebanadas de pan, Afrodita se cortaba y se quedaba alucinada, como en estado de shock, mirando la gota de sangre que salía de su índice.

No sé por qué hice aquello, pero me acerqué a ella y le cogí la mano para llevarme su dedo a mi boca.

Una sensación indescriptible me recorrió de pies a cabeza, pero ella seguía sin reaccionar, así que la hice ir al baño para lavarle la herida bajo el chorro del agua.

Tras desinfectársela y colocarle una tirita, Afrodita se alejó un par de pasos de mí con una expresión extraña.

—Cariño, ¿estás bien?

—Has brillado —susurró.

—No, no he estado demasiado brillante yéndome a la ducha sabiendo que eres un peligro con los cuchillos...

—Airam, cielo, digo que tú has brillado.

—No te preocupes, solo te hiciste un pequeño corte. Aunque entiendo que si tienes fobia a la sangre, estés un poco nerviosa.

A continuación, se lanzó a mis brazos como si no me hubiera visto en años, y me regaló un beso que me hizo quedar gustosamente atrapado contra la puerta.

AFRODITA

Fue algo que no esperaba. Airam probó mi sangre y su cuerpo resplandeció. Temí que eso le hubiera producido algún tipo de daño, pero parecía estar bien. Su erección potente contra mi vientre, y las caricias de sus dedos, que treparon por mi espalda bajo mi camiseta, me calentaron por dentro con una intensidad que el agua de la ducha no conseguía enfriar.

Me dejó sola para que me relajase, y cuando salí a buscarlo, el piso estaba en silencio y él no respondía.

La cerradura de la puerta giró, y Airam entró, con una sonrisa radiante y una botella de vino en las manos.

—Bajé al bar un momento. —Sus ojos se pasearon por mi cuerpo.

Me había puesto un vestidito fresco de algodón de color rojo de tirantes, que Celia me prestó, y me sentía más guapa que nunca.

—Ven, diosa, cierra los ojos.

Hice lo que me pidió, y caminamos por la casa hasta que sentí el aire fresco de la noche en mi rostro.

—¿Ya?

—Ya. Esta es nuestra noche, cariño.

Los abrí lentamente, a la misma velocidad a la que la boca se me abría.

En una pequeña azotea a la que se accedía a través del cierre del dormitorio, Airam había colocado una bonita manta beis en el suelo, sobre la que había dispuesto los platos de la cena, los cubiertos y un par de copas, junto con algunos cojines de color rojo.

En el alambre que seguramente usaba para tender la ropa, había enrollado un cable con pequeñas luces que parecían ser estrellas de color ámbar, y una música suave sonaba de fondo desde un pequeño dispositivo. La brisa invitaba a bailar a las llamas de unas velas con aroma a canela que decoraban uno de los rincones, y todo ello constituía el decorado más hermoso que habían contemplado mis ojos.

—No sé qué decirte, Airam.

—Me alegro, porque es hora de cenar, no de hablar —bromeó sentándose de espaldas al muro que daba a la calle.

Cenamos, brindamos, compartimos un rico helado de vainilla con nueces de Macadamia, y me levanté para asomarme al muro trasero y disfrutar de la panorámica que ponía ante nuestros ojos.

—¡Qué vistas al viaducto! Está precioso iluminado. Ven, mira. La ciudad está preciosa.

A mi lado, en ningún momento mostró entusiasmo por lo que yo le iba señalando.

—Procuro no salir más de lo preciso aquí.

—Pues yo no me cansaría de admirar Madrid. ¡Qué bonito!

—Mi padre se lanzó desde ese viaducto.

Una bomba explotó en el centro de mi pecho, cogí su mano y lo hice sentarse de nuevo, junto a mí, sobre los cojines.

—Lo siento, Airam, yo no sabía nada de eso...

—No tienes que sentir nada, diosa. Hace años, él adquirió este piso y lo reformamos juntos. Antes de finalizar las obras, la constructora de mi familia pasó por graves problemas económicos. Perdimos el chalet, los ahorros, y por último, el banco nos iba a quitar este piso que él quería que fuese mi herencia. Se pasó media vida trabajando en la oficina, invirtiendo tiempo, esfuerzo e ilusiones que se volatilizaron de un día a otro. Una mañana, la desesperación ganó y él se lanzó desde allí —me confesó bajando sus ojos a las baldosas.

—¿Por qué sigues viviendo aquí?

—Aún estoy pagando la hipoteca de este sitio que mi padre deseaba que fuese mío. Cada vez que contemplo el viaducto, es para convencerme de que no deseo tener su final. Soy arquitecto como él y como mi abuelo, pero no voy a invertir mi vida en un proyecto que no considero mío. Por eso, tampoco trabajo en las oficinas, por mucho que mi madre y mi abuelo se empeñen.

Cogí sus manos y las besé con veneración.

—¿Me mostrarás alguno de tus diseños?

—El último que hice fue el de la casa que algún día me gustaría tener. Ahora que lo pienso, no recuerdo siquiera si lo finalicé. No he vuelto a diseñar nada.

—Admiro muchísimo tu decisión de estar en las obras, pero si naciste con un don que Zeus escogió para ti, haces mal en renunciar a él.

—Afrodita, por favor, cambiemos de tema —intentó levantarse, pero se lo impedí, sentándome sobre sus piernas.

—Tus manos fueron hechas para trazar, para dibujar sueños que otros deben construir. No

entiendo que hagas lo que haces ahora mismo porque te dé miedo llegar a ser el que debes. Airam, no puedes huir de lo que eres. Entendería tu trabajo en la obra si ese fuera tu sueño y tu destino, pero no lo es. No puedes consentir que ese sentimiento oscuro se interponga en el camino de lo que debes ser.

—¿Y si no lo consigo?

—Yo estaré a tu lado. Confía en ti, en mí. Yo no soltaré tu mano, amor.

—Levántate, por favor —gruñó.

Pensé que mi insistencia le había dolido. Me miró con un fuego que no había visto antes en él y me levantó en sus brazos.

—Airam, amor, yo...

Me calló con un beso y entró conmigo en su habitación.

Mis pies tocaron el suelo, mi piel se sentía en el cielo con el roce de las caricias que sus manos imprimían en cada rincón de mi cuerpo.

Frente a él, levanté los brazos y me quitó el vestido, contemplando con auténtica adoración las formas de mis senos.

—Diosa...

—Dime.

—Acabo de descubrir que tú eres el amor. No sé qué clase de criatura eres, si divina o mortal, pero te quiero, Afrodita.

Lo fui desnudando entre besos, y lo empujé levemente para que cayera en la cama y así poder apresar su cuerpo.

Besos, caricias, su lengua en el centro de mi sexo y el sabor de su semen en mi paladar. Una madrugada larga, en la que cada una de sus embestidas eran la más valiosa de las ofrendas que había recibido, y un orgasmo de comunión total, del que daban fe unas lágrimas que mojaron su almohada.

Aún con la respiración agitada, salió de mí y se colocó a mi espalda, pasando su brazo por mi cintura, en una posición de protección, calidez y ternura que me estaba encantando descubrir con él.

—Descansa, diosa. Te quiero —susurró cansado.

Y, de nuevo, ese resplandor emanó de él, poniendo luz a la oscuridad durante una fracción de segundo.



Capítulo 26

AIRAM

Me levanté en mitad de la madrugada. Había sentido el impulso de ir hacia el dormitorio que tiempo atrás usaba como despacho, en busca de aquel proyecto, que resultó estar inacabado, y me puse a finalizar el diseño con los planos extendidos sobre la mesa de trabajo.

—¿Cielo? —Afrodita me llamaba desde la puerta. Solo llevaba puestas unas braguitas blancas, y su cabello caía cubriéndole los pechos.

—Espera, te doy una camiseta y...

—¿Deseas que me tape?

—No, así estás perfecta, solo es que quiero mostrarte algo y deseo poder mirarte a los ojos mientras te hablo.

—¿Te atraen mis tetas? —bromeó acercándose a mí.

—Ven aquí, pequeña provocadora. —Tiré de ella y la senté en mis piernas, cogiendo uno de sus pezones entre mis dedos, al que le di un bocado suave que la hizo gritar de la sorpresa.

Señalé el plano y le fui explicando cómo sería la construcción. En todos aquellos años, mi idea no había variado un ápice.

—Así que esta será tu casa, arquitecto.

—Llámame loco, pero sentí que esta podría ser nuestra casa. Nuestro hogar, diosa.

Ella se levantó y se colocó a horcajadas sobre mí, impidiéndome que me levantase de la silla. Sus manos delicadas acariciaron mis pezones mientras su cadera se movía encima de mi miembro, con unas intenciones que me estaban volviendo loco.

Aparté su pelo y lamí sus tetas, sin prisas, disfrutando de la suavidad de su piel en mi lengua y de sus gemidos que embriagaban mis sentidos.

Se levantó y bajó mi pantalón, dejando mi polla erecta a la vista. Sin detenerse a nada más, apartó sus bragas a un lado y se la introdujo, comenzando a moverse hasta llevarnos al éxtasis de nuevo.

Un fin de semana de conversaciones, confesiones y momentos apasionados que no queríamos que finalizasen, hasta que el domingo, después de comer, fuimos conscientes de que era el momento de despedirnos, ya que ella tenía que regresar a casa de Julián.

Durante el trayecto, fuimos en silencio, hasta que intenté que me hablase de su familia, pero no había forma de conseguir que me contara algo con sentido. Se limitaba a contarme pequeños datos que no me permitían conocer quién era en realidad.

—Afrodita...

—Soy quien soy. ¿Me estás pidiendo que te mienta?

No pude responder a eso. ¿Cómo podía hacerlo? Siempre he sido un hombre poco dado a la fantasía y ese mundo del que me hablaba, era algo que se escapaba a mi entendimiento, más acostumbrado a cálculos y proporciones.

A lo largo de la semana siguiente nos seguimos viendo en los descansos del trabajo, y alguna que otra tarde quedamos para tomar algo en compañía de Celia y Pedrín. La ilusión con la que se miraban, me hacía pensar que algo duradero estaba surgiendo, a la par que mi relación con Afrodita.

El sábado quedamos con ellos en el Hedonistic, y me llamó la atención ver a numerosos conocidos por allí. Afrodita bailaba con Celia en una de las pistas y, al girarme para pedir en la barra, me encontré cara a cara con Susana.

—Estás muy guapo —saludó dándome un par de besos que yo no le había pedido.

—Hola, Susana —me limité a decir sin la más mínima emoción.

—Pensé que no frecuentabas este tipo de lugares... ¿Al fin te decidiste a aprovechar tus conocimientos y dejar la estupidez del trabajo en las obras?

—No te importa lo que yo haga o deje de hacer con mi vida. Tú ya elegiste.

—¡Mira! Si hasta tienes carácter. ¿Sabes que me estoy arrepintiendo de haber terminado con lo nuestro? Veo que estás increíble...

—Es el efecto del amor, Susana. Tú, en cambio, se ve que no estás enamorada. Lo grita tu cara de amargada —interrumpió Afrodita haciendo que me levantase—. Vamos a bailar, amor.

—Afrodita, cariño...

—Te oí llamarla Susana y supe que era tu ex, la que me contaste que se fue con tu primo. No voy a permitir que ahora venga a endulzarte porque...

—¿Celosa? —le pregunté al oído.

—¿Yo? En absoluto. De hecho, le haré un regalito. Ya verás, ya.

Las luces se apagaron y un foco se encendió, iluminando a Daniel. Todos aplaudían celebrando su cumpleaños. Él se acercó a saludarme, pero lo dejé con la palabra en la boca y me marché al aseo para intentar serenarme.

Minutos después, mi móvil vibraba con la entrada de un mensaje con la imagen lo que parecía ser un beso entre Afrodita y él.

Salí furioso a buscarla, con el teléfono en la mano, y me fijé en la mirada burlona de Susana.

—Airam, cariño, te estaba buscando —se me acercó sofocada Afrodita, la mujer en la que había confiado y que me acababa de destrozar.

—¡No me toques, no deseo volver a verte!

—Necesito contarte lo que me pasó, verás...

Salí del local cegado por la rabia y subí al coche para desaparecer de allí cuanto antes, aunque no tuve más remedio que pisar el freno al ver a Afrodita delante, que insistía en no moverse del sitio.

—Déjame ir contigo —gritó.

Salí, con la imagen de aquel beso en la pantalla del móvil, y se la puse delante de la cara.

—Por favor, convénceme de que esto no es lo que parece —supliqué con mi entereza en ruinas.

—No sé por qué hizo eso, pero si entras y ves las imágenes de las cámaras, comprobarás que mi reacción fue apartarlo y darle la bofetada que merecía. Airam, si vienes conmigo y ves los vídeos. Le pediré a Nissos que te los muestre, por favor... —Sus manos temblaban, y la atraje contra mi pecho, arrepentido por ser yo el causante de que ella sufriera. No podía dañarla, no a ella.

—Vámonos a casa, diosa. No me hace falta ver nada. Perdóname y discúlpalo a él, está

enfermo de envidia. Siempre busca tener lo que es mío.

AFRODITA

—Entiendo que desees irte a dormir a casa de Julián después de lo sucedido. —Bajó la cabeza con pesar.

—No necesito a Julián en mi vida, te necesito a ti, Airam —afirmé sin dudar.

Acarició mi rodilla con su mano mientras conducía, y guardamos silencio hasta que llegamos al piso.

Sacó un par de cervezas a la azotea y nos sentamos a charlar bajo las estrellas; ellas nos obsequiaban la calma necesaria para abordar ciertas conversaciones.

—¿Me contarás qué te sucedió con tu primo para que estéis así?

—Es un gilipollas como su padre.

—Los humanos sois complicados de descifrar. ¿Me puedes aclarar qué tipo de gilipollez es la que sufre?

—La soberbia y el afán de tener lo que era de mi padre. En cuanto él falleció, mi tío compró por un precio irrisorio la parte de la empresa que le pertenecía, aprovechándose de que mi madre necesitaba ese dinero. Ellos no tienen nada que ver con la construcción, pero ahí se metieron como aves carroñeras. Supongo que, ahora que la empresa vuelve a pasar dificultades, ya no tienen interés en la parte que posee mi abuelo.

—¿Y si yo te dijese que no debes confiarte?

—No me extrañaría, amor. Me tuve que llevar a mi abuelo de la pocilga en la que lo habían metido, esperando a que se muriese para heredar. Por suerte, ahora está bien en esta residencia...

—Airam, prométeme mantener la calma y que vamos a buscar juntos una solución. Necesito que me lo asegures antes de contarte algo que pasó.

Me miró intrigado y asintió, dándole un sorbo a su tercio de cerveza negra.

—Habla, por favor.

—Hace unos días me enfrenté a Daniel en la residencia. Creo que por eso, esta noche se comportó así, para que tú lo vieras y me dejases. Solo pretendía vengarse de mí. Yo no sabía que erais familia, hasta que te vi a ti en la visita al arquitecto...

—¿Te hizo algo? —Se giró hacia mí preocupado.

—No. Estaba intentando que tu abuelo firmase unos documentos. Le dije que iba a llamar a la

policía.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Lo mato! —Se levantó furioso y lo detuve agarrándome a su cintura.

—No, no harás nada. Buscaremos alguna solución. El arquitecto me dijo que su parte era para ti, y que la empresa no iba tan mal como parecía. No lo entendí bien, pero sería bueno que hablastes con él y que pasaras por las oficinas, a ver qué se mueve por allí.

—No me interesa la empresa...

—Tienes dos opciones: luchar por ella, porque es el trabajo de toda la vida de tu abuelo, o dejarla en manos de tu tío, pero que sea de manera legal y justa, no porque ellos se la lleven a base de engaños.

—Mañana iremos a visitarlo a la residencia y hablaré con él. ¿Cuento con tu apoyo sea cual sea la decisión que tome?

—Iré contigo y os dejaré conversar a solas. Pero estaré cerca de ti, siempre, amor —le ofrecí mi promesa más firme en forma de beso.

AIRAM

Me sentí libre tras hablar con mi abuelo el domingo. Entendió que mis sueños no son los suyos y que yo deseo comenzar de cero con mi proyecto personal. Los consejos de Afrodita me hicieron ver que puedo abrir mi estudio de arquitectura, con la ventaja de que ya conozco lo que es el proceso de trabajo real, ese traspasa los trazos en los planos, para convertirse en algo tangible que sé perfectamente cómo puedo hacer con mis manos.

Paso a paso, lograría vivir de mi trabajo, y mi madre podría hacerlo cómodamente con lo que mi tío le pagaría por la parte que iba a ser mía.

A ellos, yo ya no los consideraba familia, pero tampoco deseaba más enfrentamientos ni más estupideces que supusieran trabas en mi avance profesional ni personal.

Mi chica me hablaba con tristeza acerca de que eran sus últimos días en la panadería, y me parecía sentir que guardaba algo en su interior que no sabía de qué forma tratar conmigo.

La noche del miércoles, cuando la acompañaba hasta la casa de Julián, vi al tipo de cabello blanco, que dijo ser de su familia, apoyado en un flamante Porsche negro en el exterior del bloque.

—¡Sobrina! ¡Qué bien te veo!

—Pues no será por la ayuda que me has brindado —respondió ella sin inmutarse.

—Vine a recordarte que mañana regresamos a casa. Ya arreglé todo lo que tenía pendiente y

hablé con Julián y Blanca para agradecerles que te hayan cuidado con tanto afecto.



Capítulo 27

ZEUS

Afrodita, apesadumbrada, se despidió de su mortal hasta el día siguiente y subió conmigo al Porsche.

—¿Y si no me quiero ir?

—Eres libre de quedarte. Pero volverás a ser la Diosa del Olimpo en unas horas.

—¿Percibes en mí alguna debilidad? —Alzó la barbilla con orgullo.

—Tengo que darte la enhorabuena. Has cumplido con éxito en todos los frentes la misión para la que te envié.

—Explícate —me exigió.

—Curaste los corazones de Celia y Airam. Has hecho que surjan ilusiones en su abuelo, al enamorarse de Margarita, y le diste paz a esa familia.

—¡Tú podrías haber hecho todo eso sin necesidad de enviarme a sus vidas!

—Yo puedo hacer que olviden, pero no puedo curar las heridas del corazón. Debo admitir que lo hiciste tan bien con Airam, que está preparado para disfrutar del amor. Encontrará tarde o temprano a una mortal que lo haga feliz y...

—¡Repíte eso! No, mejor no lo digas, porque te aseguro que hago que Hades se ciegue de

celos, por tu relación con su humana, y acabe con tu existencia y la de todos nosotros —me amenazó llevada por la ira.

—¡No seas infantil, Diosa!

En un arrebato, me dio un pellizco en el brazo, como si aquello me fuese a provocar algún dolor.

—¡Castígame de nuevo por lo que acabo de hacer y me dejas aquí para siempre!

—¿Me acabas de pellizcar para que te deje sin tus dones? *Uff...* lo de ese mortal es más serio de lo que parece.

—Airam es mío. Igual que a tus hermanos les concediste la inmortalidad de sus amores, te pido que se la des a mi humano.

—Diosa, él probó tu sangre. Es tuyo desde esa noche. Yo sí puedo sentir lo que habéis vivido, porque os he estado observando, y por eso me anticipé a tu petición y a tu pellizco. Ahora, solo dile la verdad. Si él acepta estar a tu lado, ni yo ni nadie en el Olimpo se interpondrá en vuestro amor y, a diferencia de Candela y Coral, Airam podrá transportarse, siempre que lo haga contigo. Es tu recompensa por la inmensa labor que has llevado a cabo, sin necesidad de conjuros ni dones. Tus verdaderos poderes son confiar en ti misma y haber sabido acercarte a los mortales que te rodearon estos días. Tu fortaleza es tu humanidad, Afrodita. El amor verdadero no consiste en reclamar al otro como posesión, sino en que el otro te elija para compartir el trayecto de la vida, dure lo que dure esta.

—¿Y la trampa? —cuestionó sin confiar en mis intenciones.

—¡Joder, qué mal concepto tenéis de mí! Ya te hice la trampa al traerte para que mis planes se realizasen, pero es que, aquella noche tú me estabas pidiendo un cambio a gritos. Créeme, no fue un castigo, Diosa, fue un regalo. Y hablando de regalos..., ve pensando en un nombre acorde para el semidiós que viene en camino, porque la pasión os cegó de tal manera, que no usaste protección durante los...

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño sin saber qué sentir.

—Tu organismo ha funcionado como el de cualquier humana estos días, y los espermatozoides de cierto mortal han estado echando carreritas en tu interior.

Instintivamente, ella se llevó las manos a su vientre, sonriendo de la manera más dulce que le he visto.

—¿Cómo nacerá? Quiero decir que... yo dejaré de ser humana en unas horas —preguntó asustada.

—Él lo decidirá. Veremos de qué manera nos sorprende. Yo, por si acaso, voy a ir protegiendo el Olimpo.

—Te pido una cosa más. —Brilló en sus pupilas el destello de maldad que se le prendía

cuando tramaba hacer alguna travesura.

—Haz que Susana vaya mañana a la panadería, que estaré por allí despidiéndome del mortal que trabajó conmigo.

No me costaba nada, así que, asentí. La vi entrar en el edificio, sin darse la vuelta para mirar atrás.

AFRODITA

Desperté en mitad de la noche. Había vuelto a recuperar mis dones.

Dediqué las horas a darle vueltas a la forma en la que decirle a Airam lo que sucedería entre nosotros con la llegada de ese nuevo ser especial. ¿Y si su mente se negaba a asimilar quién era yo y la magnitud que podría alcanzar nuestra relación? No sabía si irme al Olimpo y encerrarme en mis aposentos. Desaparecer de su vida era lo que me parecía más sencillo y menos doloroso, porque no podría soportar el daño que me produciría una negativa por su parte.

Pero, si ya había aguantado allí casi un mes, no podría echarme ahora atrás por la cobardía. Afrodita no se esconde... ¿O sí?

Amaneció y Celia se despidió de mí, ya que se iba a trabajar. Nunca me han gustado los dramas, así que me negué a cualquier otro tipo de despedida lacrimógena con ella. Mi intuición me decía que no la iba a perder de vista tan fácilmente.

Sobre las nueve, me alisté con una pasada de mi mano y subí al Ferrari rojo que me aguardaba en la puerta del bloque. Pisé a fondo el acelerador al entrar en la autovía y me dejé invadir por la sensación de velocidad y libertad que siempre sentía en mis potentes juguetes de cuatro ruedas.

Al llegar al pueblo, dejé aparcado el coche a unas calles de la tienda y me transporté hasta el interior, en el que Matías ejercía de dependiente hasta que Julián encontrase a una nueva empleada.

Estaba en plena despedida de ambos, cuando Susana, que salía de la obra de Airam, entró a comprar una botella de agua.

Me miró de arriba abajo con cierta envidia. Volvía a leer los sentimientos humanos, y era algo que me encantaba. Lo que no me gustaban tanto eran las intenciones que parecía llevar en mente. Vi que había ido buscando una segunda oportunidad con mi humano y, al parecer, no salía muy contenta.

—Si esa ropa es la que usas para venir a trabajar, no sé qué te pondrás el próximo sábado para salir de fiesta...—masculló mientras sacaba el agua de la cámara.

—Ya no trabajo aquí, es más, vine a proponerle a Julián que fuésemos socios y que nos traslademos a otro local más grande para ampliar el negocio también hacia la restauración. Las masas de Julián merecen una medalla de oro a la exquisitez, y nos irá fantásticamente bien.

Mi exjefe me miraba confundido, aunque me devolvió una sonrisa de conformidad.

—Vaya, vaya... ¿De dónde sacaste de pronto tanto dinero? —preguntó incrédula.

—¿Te estás planteando tener una relación conmigo como hiciste con Daniel? Porque sé que lo buscaste por el saldo de su cuenta corriente, por la posición de su familia. Y él..., bueno, básicamente te eligió porque eras la novia de su primo.

—¿Qué insinúas? —Se me acercó apretando el puño.

—Nunca insinúo nada. Siempre digo las cosas claras y sin rodeos innecesarios.

Llamé a Matías, que rondaba los cuarenta años y no había tenido suerte en el amor. Ya merecía disfrutar de su recompensa. Él salió sonriente, limpiándose las manos en un trapo blanco de algodón.

—Cobradme la botella, tengo prisa.

—Prisas por enamorarte, Susana. Él para ti y tú rendida a él. ¡Sea!

Su sonrisa boba la delató al escaparse de sus labios de forma instantánea.

Me despedí de Julián, dejando allí a Matías y a Susana, prendados el uno del otro, y salí sin volverme.

—Te busco y hablamos del tema del negocio. ¡Que viva el amor!

Mis tacones de aguja rojos resonaron en la acera. El coche de Airam ya no estaba aparcado allí, así que supuse que habría salido por algún tema de la obra.

AIRAM

Serían mis últimas jornadas de trabajo en la obra. Habían pasado un par de días desde que Afrodita no estaba. Julián llegó solo, y lo vi entrar en la tienda y poner un cartel en la puerta buscando dependienta.

Aproveché mi rato del desayuno para llevar el pan a la residencia, haciéndole el favor para que no tuviesen que detener la actividad en la tienda. Aparqué y entré con los bollos.

Al salir, me encontré con Afrodita, que acompañaba a mi abuelo hasta el comedor.

—Cariño, te extrañé —me acerqué a recibir el abrazo que me ofrecía.

—Siempre estaré con vosotros, Airam. Pero... tengo que hablar contigo.

Tomé su mano y salimos, dando un breve paseo hasta llegar a mi coche. La notaba nerviosa y me temía lo peor: que me dijese que hasta ahí llegaba nuestra relación.

Me contaba una de sus historias mitológicas, hablándome del Olimpo y de su familia de Dioses.

—Te quiero, pero no sé cómo mostrarte lo que soy sin que salgas corriendo y me dejes —terminó la explicación que intentaba darme.

—Vale, vamos a suponer que te creo y que tú eres la Diosa del Amor, y que el tipo que apareció en el bar y te esperaba anoche, era Zeus, aquel del rayo, pero...

—¿Pero? —susurró.

—¿En qué me afectaría eso? Quiero decir, que si tú eres tú, no me importa quien seas. Que te amo por lo que eres y por lo que produces en mí cuando te pienso. Porque a tu lado soy inmensamente feliz y me haces sentirme invencible.

De mi cuerpo salió un extraño resplandor dorado. Afrodita se lanzó a abrazarme de una forma que casi me ahoga.

—¿Desde cuándo tienes esa fuerza?

—Aprenderé a controlarla. ¿Ahora ves que Ares no tenía intención de dañarme? No somos conscientes de...

—Diosa, tengo que asimilar esto. Poco a poco, ¿vale?

—Quiero pedirte algo muy importante para mí. Deseo llevar al arquitecto y a Margarita a mi casa en La Toscana. Voy a remodelar el exterior y quiero que él se encargue del proyecto.

—Pero, Afrodita...

—Ya busqué personal para que los cuide, y nosotros nos podemos transportar en segundos allí. Además...

—Estoy a punto de colapsar, así que ten cuidado con lo que me dices —bromeé.

—Tú y yo somos energía, que se han unido para crear un nuevo ser.

—¿Me estás queriendo decir que vamos a ser padres? —El corazón me iba a mil. No podía creer que ella y yo..., que yo...

—Algo así. Pero lo hablaremos tranquilamente. Digo, si me aceptas y crees que esto no son locuras más y...

La miré desconcertado. Acaricié su rostro con mis manos, y de mis labios solo salió una frase, que ni me detuve a meditar, porque el amor no entiende de razones.

—A tu lado siempre, Diosa. La eternidad se nos quedará corta.

EPÍLOGO

ZEUS

Unos meses después de aquella misión, nos encontrábamos en la boda de Celia y Pedrín.

Coral brindaba feliz con su amiga y con Afrodita, mientras Airam parecía tener una buena conexión con Hades, Poseidón, e incluso con Eros. Él les hablaba de los avances en las obras de la casa que estaban construyendo en la sierra de Madrid, y yo, sin hallar aquello que buscaba, porque ni sabía qué era ese anhelo por el que mi ser vibraba, me marché al Hedonistic.

Cientos de humanos bailaban pegados y sudorosos en una noche de puro éxtasis musical y alcohólico.

Me senté en un taburete de la barra y la camarera me preguntó:

—¿Qué desea?

La contemplé como el que presencia una aparición. No podía ser, pero era. Era ella, sin duda.

—A ti, Selene —respondí hipnotizado por la seguridad que desprendía.

Fin

La historia que tienes en tus manos, es el libro número 4 de la Serie Dioses.

Serie compuesta por:

HADES. Azufre y rosas.

POSEIDÓN. Cabalgando olas.

ZEUS. El crucero del amor.

AFRODITA. Amor en construcción.

Que los designios de los dioses siempre te sean favorables.

